

HOUSSA

LAS
GRANDES
DAMAS

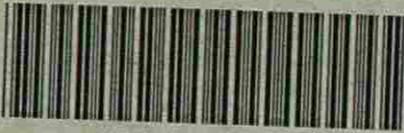
1

PC2276

.H7

G78

v.1



1020026568



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



N
Núm. Clas. 48425
Núm. Autor 30310
Núm. Adq. -8-
Procedencia _____
Precio _____
Fecha _____
Clasificación 69
Catalogo _____

LAS GRANDES DAMAS.

TOMO I.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

30310

BIBLIOTECA HISPANO-AMERICANA.

OBRAS COMPLETAS DE ARSENIO HOUSSAYE.

LAS
GRANDES DAMAS.

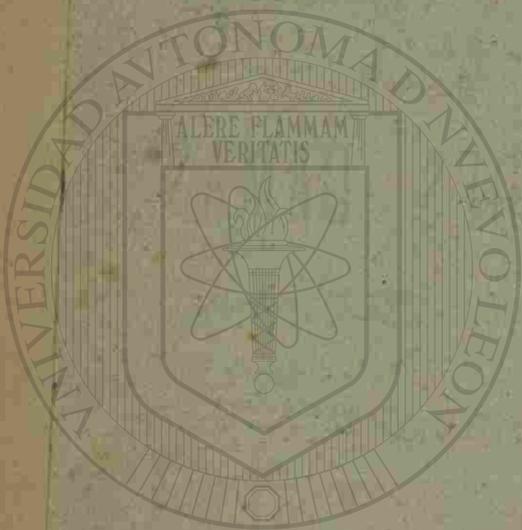
VERSION CASTELLANA

DE

JOSÉ COMAS

I.

UN DON J.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

BARCELONA.

85737

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO-EDITORIAL DE J. PONS.

CALLE DEL OLMO N.º 13.

1876.

30310

P. 208

843

H.

PA 2276



ES PROPIEDAD.



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

LAS GRANDES DAMAS.

LIBRO I.

UN DON JUAN.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"
I. Año. 1625 MONTORNEY, MÉXICO

LO QUE SE HALLABA ESCRITO EN LAS HOJAS
DEL BOSQUE DE BOLONIA.

Cierto día todo el mundo se preguntaba con inquietud, á orillas del lago, porque el señor de Parisis no habia en él parecido.

Juan Octavio de Parisis, conocido por D. Juan de Parisis, era un hombre que pertenecía al gran mundo parisien; era un *dilettanti* en todas partes, en los Italianos, en la Comedia Francesa, en el taller de los artistas; un calavera cuando guiaba su *breach* victorioso, cuando jugaba al *baccarat*, cuando tomaba parte en las carreras, cuando predicaba el ateismo y cuando hacía el D. Juan con las mugeres.

Era un cuasi-embajador. Así, según la perspecti-

va que ofrecía, decíase: «Es un hombre formal, ó bien: es un hombre ligero.»

No se encontraba á orillas del lago porque se paseaba, gínete en su caballo, en la avenida de la Muette. Probablemente allí se hubiera dirigido si no hubiese visto bajar de una carretela á una jóven doncella que jamás había visto, lo cual era tanto mas extraño cuanto conocía todas las mugeres y todas las jóvenes del gran mundo de París, á la manera que Teófilo Gautier conocía todos los cuadros del Louvre.

Esta jóven iba acompañada de una señora de cabellos blancos y de aire distinguido.

La señora anciana se apoyó en el brazo de la jóven, que, pensativa y silenciosa; arrojaba alguna que otra hoja seca de las encinas del bosque.

Era hermosa como la belleza:—alta flexible, de tez blanca, de perfil de virgen griega, con cierta casta desenvoltura y con un no sé qué de cimbrable y mustio como la rosa despues de la tempestad;—se distinguía por una cabellera rubia, por sus ojos negros y dulces, por las miradas llenas de dulzura y de orgullo á un mismo tiempo; por una sonrisa aun cándida y que revelaba ya en ella á la muger completa, que nada sabe de Dios, pero que busca ya al diablo;—era, en fin, una verdadera muger que dejaba transparentar á la doncella.

El señor de Parisis que acababa de ver en los campos Elíseos algunas mugeres á la moda, se conmovió ante este encuentro y murmuró entre dientes:

—Cuán feliz sería yo si pudiese amar á semejante criatura!

Mas el señor de Parisis no ignoraba que la dicha de ser amado está separada con un abismo por la dicha de amar. Ser amado!... qué tiene que ver con la dicha de amar? Ser amado está al alcance de todo el mundo; pero amar!... es encontrar el paraíso.

Octavio tenía bastante fé en sí mismo para no dudar que si una vez se enamorase de una muger—cualquiera que esta fuese—no lograria ser amado.

En aquel dia, pues, todo el mundo se preguntaba á orillas del lago porque Octavio de Parisis no habia aun parecido.

A orillas de qué lago?

Teneis razon. Hay aun algunos lectores románticos que sueñan en el lago de Lamantine y que ignoran que solo existe un lago en el mundo: el lago del bosque de Bolonia, esta cubeta de esmeralda, esta fuente loca, donde las amazonas no encontrarían agua para bañarse.

Qué podía hacer en un dia de febrero, entre cuatro y cinco de la tarde, el duque de Parisis, el hombre mas hermoso de la capital de Francia, á pié, á caballo ó en faeton?

Y quién se hacia tal pregunta?

Algunas cómicas de teatrillos, algunas jóvenes perdidas ó encontradas, algunas Phrynés fuera de servicio? No, por cierto.

Eran mugeres de gran tono; eran igualmente ac-

trices ilustres, y damas irreprochables que nunca faltan á la moda porque ellas son sus inventoras.

Existe siempre en Paris un hombre que reina despoticamente sobre las mugeres; puede decirse que reina casi siempre en ellas por derecho de conquista y por derecho de nacimiento. El origen de la muger se pierde en las mil y una noches; su belleza es su blason; tiene escudos parlantes; no se la pregunta jamás el origen de sus cuarteles; no sucede así en el hombre, á menos, sin embargo, que la fortuna, el heroismo ó el génio no les hayan puesto de relieve. Y así y todo se quiere saber de donde viene y se le tiene en cuenta el ser hijo de los dioses, como César, ó si descende de los mismos por la línea de Vénus.

Octavio habia adquirido todos los títulos á esta clase de despotismo.

Habiendo nacido duque y hermoso, se le habia acostumbrado desde la cuna, á ejercer cierta especie de monarquía. En el colegio habia reinado sobre sus compañeros; á los diez y siete años disponia de un escuadron de caballos, de perros y de lacayos; á los veinte poseía una legion de mugeres; soldado y aventurero habia sido un héroe en Pekin, al frente de sus spahis; diplomático de la escuela de Mr. Morny, habia triunfado de los hombres como habia triunfado de las mugeres jugando al azar, pero demostrando al propio tiempo, que la fortuna estaba de su parte.

Octavio queria seguir la jóven con vestido de co-

lor de lila, por mas que sintiera que todo un infinito le separaba de ella.

La virtud tendrá siempre una ventaja: los mas escépticos se detendrán ante ella como el viagero se detiene ante las montañas cubiertas de rayos y de nieve.

—Nó, se dijo con tristeza, no la seguiré: no tengo derecho á lanzar rosas á su jardin.

Era la primera vez que el señor de Parisis violentaba el curso de sus pasiones.

—Bien es verdad, añadió mirando la jóven en traje color de lila, bien es verdad que hago mal en no seguir mi camino; pues si está escrito que la debo amar, tendré que ceder á mi suerte. Y en vez de dirigirse á las orillas del lago, segun su costumbre, se extravió con incierta voluptuosidad en aquellas solitarias avenidas, siguiendo con soñadora mirada los copos de nieve que rehacian la virginidad de la tierra mancillada.

—Cae, cae, hermosa nieve, se decia melancólicamente el jóven: esto hace un gran bien á mi alma!

res ya secas, de cabelleras postizas y de polvos de arroz.

Aquello parecía una orgía.

—Qué ocurre de nuevo? preguntó Montbrun.

—Khalil-Bey ha comprado Brunequilla, respondió el príncipe.

—Es una muger? preguntó la señorita Ofelia.

—Nó, es una reina.

—Ocurre, que se han cometido algunos crímenes y se cuentan algunos nacimientos ilustres. Vermout hace de las suyas; le han nacido cuatro hijos: Java-nais, D.^a Sol, Buenos días, Buenas noches, Como vamos, Revolver y Vera-Cruz.

Parisis estaba inquieto; durante las otras noches no pasaba mas que una hora en aquella hermosa academia formada por hombres que conocían el arte del buen vivir; pero durante aquella hora estaba deslumbrador. Criticaba los hombres, se burlaba de las mujeres y estimulaba la chispa de todo el mundo con una verbosidad de buen género; el mismo Monjoyeux, escultor y cómico de afición, hombre de una gracia sin límites, era, con frecuencia, derrotado en aquel duelo donde se echaban al rostro, las frases mas vivas y alegres.

Miravault, que contaba los minutos con cierta avaricia, consultó su reloj.

—Van ya diez y siete minutos que Parisis no ha dicho una palabra; le doy otros tres minutos para que se vindique ó de lo contrario le quito el cetro.

II.

LA LEYENDA DE LOS PARISIS.

Por la noche, Parisis, fué á ver sus amigos al café Inglés, en el núm. 16, que sería la lógia infernal de esta época si una lógia infernal fuera posible que existiese.

En él encontró á Monjoyeux, que abría sus manos llenas de paradojas; Miravault, borracho con los millones que soñaba y con el vino de Champagne que aritméticamente bebía el príncipe Azul que mareaba á la señorita de Tournesol; á Guillermo de Montbrun que enseñaba la Historia morganática desde Fredegunda hasta la señora de Pompadour, á cuatro jóvenes, las cuales no dudaban de que luego de haberlas hablado les regalaría á cada una un dige por haberle escuchado.

Se había cenado dando tormento á algunas perdices y despachando algunos manjares esquisitos.

Aquellas jóvenes llegaban del baile; sus ramilletes estaban mústios y ajados, como su virtud aunque no tanto.

Se respiraba un olor de vino derramado, de flo-

—Abdico.

—Qué tienes?

—Nada.

—Es extraño.

—Explicate.

—No quiero explicarme.

—Veamos; has jugado.

—Has perdido en el juego ó en el amor?

—En el amor! quien pierde gana; en el juego!
qué es un puñado de oro?

—Tienes razon, cuando está uno dispuesto á comerse los fondos con la renta. Pero en fin, qué tienes?

—Lo qué tengo?...

Octavio no queria hablar; esto sin embargo dijo á media voz:

—Temo que estoy enamorado.

La señorita Tournesol, se volvió naturalmente hácia el jóven.

—De mi? preguntó.

—Si fuera de tí no estaria cuidadoso.

—Ah! entonces te imaginas, dijo el príncipe Azul, que un hombre está irremisiblemente perdido cuando se encuentra enamorado.

—Acaso hasta hoy, dijo la señorita Treinta y seis Virtudes, no os habeis enamorado nunca?

—Nó.

—Cómo puede ser esto, vos que habeis sido amado de todas las mujeres parisienses?

Octavio no respondió. El príncipe Azul se encargó de responder por él.

—Si él ha sido amado, ha consistido en que él no ha amado nunca. Esta es la cancion de siempre.

—Ah! si, dijo la señorita Ofelia que tenia sus ribetes de literata.

Y empezó á cantar:

Quien huye el amor, amor le sigue.
Quien sigue el amor, amor le huye.

El príncipe apoyó su mano sobre el mármol de la señorita Ofelia.

—Caballero! dijo esta irguiendo su cabeza con noble indignacion; caballero atentais á mi honor que es lo que tengo de mas caro.

—Lo mas caro!...

—Si, puesto que le vendo.

—He aquí una frase afortunada, interrumpió Monjoyeux Es de Larocheffoucault.

—Sí, Ofelia debe ser la hija de aquel mendigo de Savarni que recibe una limosna de un hombre de mundo y que le dice para darle las gracias:

—Dios os guarde de mis hijas.

Octavio estaba mas silencioso que nunca. Su hermoso rostro mas bien alegre que pensativo habia tomado, en aquella noche, un carácter de amarga melancolía. Su mirada parecia perdida en no se qué lejano y triste horizonte.

—Veamos, Octavio! estamos en carnaval y de otro

lado para filósofos como nosotros la vida es un carnaval perpétuo. Acaso le dispensarás la honra de tomarlo en serio?

—Tal vez...

—Qué será de nosotros, dijo Monjoyeux; porque este muchacho habrá encontrado en la noche de ayer en un salón ó esta tarde á orillas del lago alguna figura de romance ó de Keepsake, este jóven ya no es un hombre!

—Quién sabe? dijo Octavio. Quizá por la misma razón que me he convertido en hombre es porque estoy triste.

Al oír esta frase chispeante, se observó un profundo silencio.

—Ah! ya lo adivino, dijo de repente el príncipe; conozco tu secreto. Estás enamorado y sientes miedo. El último de los Parisis ha temido siempre el amor. Señores: acerca los Parisis existe una terrible leyenda.

—Príncipe, habeis dicho esto como si estuviésemos en la torre de Nesle: debierais habernos llamado Monseñores.

—Veamos la leyenda, dijo la señorita Tournesol.

—Ni una palabra más, dijo Octavio con cierto enojo.

—Verdad es, replicó el príncipe Azul que yo conozco esa leyenda solo por haberla oído contar; mas ahora no la recuerdo.

—Pues bien, dijo Octavio, la leerás en *Nostrada-*

mus. Allí está. No recuerdas que habla del último de los Parisis?

La señorita Tournesol, quiso tranquilizar á Octavio diciéndole que si él lo deseaba y ella también, no sería el último de los Parisis.

El jóven no se dignó contestarla.

Media hora después dos mujeres se habían dormido en el diván; otras dos habían tentado á dos hombres para contraer un matrimonio de conveniencia, de forma que en el célebre gabinete no quedaron mas que Parisis, Monjoyeux y el príncipe Azul, que desde hacia mas de una hora se había convertido en príncipe Gris.

—En qué consiste esa leyenda? preguntó Monjoyeux á Parisis.

—Es una bestialidad de los tiempos de antaño. Ya sabeis que no creo en nada, ni siquiera en el diablo; pues bien, desde que he éntrado en la edad de la razón ó sea de la locura, esta leyenda siempre me ha inquietado. Creéis vos en el diablo?

—Sí, por la noche cuando no he cenado. Por lo demás sentiría mucho no creer en él porque Satanás prueba la existencia de Dios. Contadme vuestra leyenda.

—Os advierto, dijo el príncipe Azul, que si él no la cuenta la contaré yo.

Monjoyeux insistió: el príncipe iba á hablar.

Octavio prefirió contarla él mismo.

—«Era el siglo quince, en la época de las grandes

guerras. Juan de Parisís iba á casarse con la niña mas bella de la comarca. Pero hete ahí que á la hora de los desposorios el rey Cárlos VII se le atravesó en el camino bajo el pretexto de la guerra. Hizo prodigios de heroísmo en frente de Orleans. Quiso volver por su matrimonio, pues llevaba ya el anillo de los prometidos esposos. Sufria la nostalgia. Pero como era uno de los mejores capitanes de aquel ejército, Dunois le obligó á que continuara siendo un héroe. Juan recibia las cartas mas tiernas y mas llenas de desesperacion. Blanca de Champauvert se moria viendo que no estaba de regreso. Por fin, aprovechando el intermedio de dos batallas corrió apresuradamente á echarse á los piés de su querida novia.

»Cuando entró en el castillo todo el mundo lloraba. Blanca se muere! Blanca ha muerto! se le dijo. Y la madre, las hermanas y los niños lloraban á lágrima viva.

»Cuando el jóven cojió la mano de su novia esta aun respiraba: parecia que habia tratado de aguardarle para morirse.

—»Eres tú, dijo ella. Bendito sea Dios, puesto que te he vuelto á ver sobre la tierra.

»El jóven la habló, pero ella no contestó mas.

»Su corazón estalló de dolor. Se echó sobre Blanca y besó tristemente sus mudos lábios como si quisiese recoger la muerte en un beso.

»Oh Señor! vos á quién he adorado en Roma, á quién he amado en todas partes, á quién mis abuelos

glorificaron en las Cruzadas, oh señor! tomad mi alma y devolvedme á Blanca!

»Habia caído de rodillas, lloraba con fervor con el rostro bañado en lágrimas. Su novia, que era ya una novia de mármol, no le veia llorar. La familia habia huido ante tal espectáculo. De pronto sonó media noche en el campanario.

»Al muy piadoso Juan de Parisís se le apareció una figura: era la Muerte cubierta de un sudario, con sus ojos vacios y su boca sin lábios. Sintió miedo, y se arrojó entre la Muerte y su novia.

»La Muerte, mas fuerte que él, le apartó del lecho y se inclinó para coger la jóven.

»Juan suplicó á la Muerte. Y como ella le miraba con su sonrisa horrible, él cogió su espada y le dirigió terribles golpes.

»La espada se rompió en sus manos.

—»Oh Señor! Señor! exclamó, apiadaos de mí!

»Apareció un angel que se inclinó á su vez sobre la jóven y la dió un beso celeste. Pero este beso, como el de Juan, no despertó la niña.

»El ángel se evaporó y la muerte quedó sola frente al lecho de Blanca.

—»Ya que Dios no me oye, gritó Juan de Parisís, que me socorra el infierno.

»Apareció otro ángel: era el de las tinieblas. La muerte se enderezó como si debiese obedecerle.

—»Qué me quieres? dijo el ángel de las tinieblas á Juan de Parisís.

—»Te pido la vida de mi novia.

—»Vivirá; mas, costará caro á tu corazón y tu alma. Cada hora de su vida será pagado por tí por un siglo de condenacion. El hijo que nacerá de sus entrañas será condenado al ver la luz del mundo.

—»No, mi hijo no! Acepto siglos de condenacion pero que la muerte no coja á mi hijo.

—»Quieres que coja tu nieto?

—»No, Soy el último de los Parisis y quiero que el árbol dé aun por mucho tiempo algunas ramas.

—»Pues bien, dijo Satanás que se ocultaba bajo la figura de un ángel de las tinieblas: no serás el último de los Parisis. Tu raza vivirá aun cuatro siglos despues de la muerte de tu primer hijo; pero todos los Parisis nacerán marcados con el sello fatal, todos perecerán trágicamente. Grava estas frases en tu corazón para que sean legadas de padre á hijo, de siglo á siglo, hasta el último de los Parisis.

»Y Juan de Parisis vió estas palabras impresas en caracteres de fuego sobre el sudario de la muerte:

»EL AMOR DARÁ LA MUERTE Á LOS PARISIS.

»EL AMOR DE LOS PARISIS DARÁ LA MUERTE.

»Todo se desvaneció; la novia abrió los ojos y movió los labios para decir:

—»Vuelvo del Paraiso: Oh! amigo mio, amémonos en Dios.

»Se casaron y fueron felices; pero diez años despues Juan de Parisis murió de muerte violenta.

»Desde hace cuatro siglos todos los Parisis han alcanzado un fin trágico. De generacion en generacion su dicha ha disminuido en un año.»

Octavio contó todo esto de un modo muy sencillo, sin cargar el acento á una frase, no queriendo dar á esta historia un color melodramático, pero estaba sério como si el recuerdo de sus abuelos hubiese templado su alma.

El príncipe Azul quiso reir al principio de la leyenda, pero luego se aficionó á esta como si se tratase de alguna novela de Balzac ó de Jorge Sand. Ya no estaba Gris. Monjoyeux, que amaba el drama con pasión, se hallaba conmovido bien como si asistiese á una representacion de teatro.

Las mugeres seguían durmiendo. No se las despertó. El príncipe quiso abrir los labios para preguntar á Octavio si los cuatro siglos habian ya transcurrido; pero no se atrevió. Se contentó en decir:

—Entónces no tendrás deseos de casarte.

—No, replicó el último de los Parisis.

—Ahora empiezo á comprender, observó Monjoyeux, porqué cruzais con tanta rapidez á través de las pasiones: temeis quedar preso en su red.

—No, dijo Octavio, temo mas aun el que yo prenda á alguien, toda vez que debo llevar la desgracia. En cuanto á mí, estoy bien seguro de no amar sino cuando yo quiera. *Ver Nápoles y morir!* dice el proverbio: *Amar y morir!* pero yo no diré esto sino cuando esté disgustado de la vida. No vayais á creer aho-

ra que la leyenda de los Parisis me preocupe mucho. Todas las familias tienen otra parecida: el diablo ha dejado ya de dominar el mundo y yo no debo pagarle mi parte.

—Sí, dijo el príncipe, es cierto: hay también una leyenda en mi familia. No se cree ya en tales cuentos; pero cuando el dedo de Dios se muestra en la vida se piensa un poco en ellos.

—Adios señores, dijo Parisis levantándose.

—No vienes al club?

—No, por la primera vez de mi vida, hoy he contado mi fortuna; no me queda más que un millón y no quiero jugar.

Se levantó y salió. Luego volvió a entrar y como para burlarse de su leyenda exclamó: —Señores: Juan de Parisis, hijo del hombre de la leyenda, murió en 1468: si no me queda más que un millon no me queda tampoco más que un año de vida. Soy rico.

—Pobre Parisis! murmuró el príncipe Azul.

Cuando Octavio hubo cerrado la puerta, Monjoyeux dijo al príncipe:

—Todos los que son bien nacidos tienen bienes y familia. Pero yo que soy hijo de una mujer del pueblo cual será la leyenda de mis abuelos?

—Ah! es cierto, dijo, yo también tengo mi leyenda. No he tenido otra cuna que la primitiva; el seno y los brazos de mi madre: pues bien, una hermosa hada vino a mi cuna y me dijo: *tu serás rey!* sin duda quiso decir que yo sería un rey de comedia, puesto

que he representado el Macbeth y Carlos VII. Ah! si solamente mi madre me hubiese visto representar estos papeles de monarca!...

Monjoyeux inclinó la cabeza sobre su vaso y de sus ojos cayó una lágrima que fué a parar en el vino de Champagne.

separan constituyen una gran distancia como la que media desde París al castillo de Champauvert. No os digo nuestro número porque lo ignoro. Buscad.

»No vengais esta mañana, porque vuestra prima Geneveva á ido á orar sobre la tumba de su patrona en San Estéban del Monte.

»Os envío un abrazo.

»REGINA DE PARISIS.»

Hacia ya mucho tiempo que Octavio no había visto su tia. A la muerte de su madre la señorita Regina, que era ya quintañona, le había cogido en sus brazos y le había dicho que encontraría en ella toda una familia.

Octavio tenía, no sé porque, cierto horror á las viejas solteras y sin embargo, su tia no era muy ridícula por mas que vistiese al estilo de Luis XV, adulterado por el usado en la Restauración. El jóven no había ido á ver su tia, porque no había ido jamás á París, entregada por completo á la educación de la señorita Geneveva de Chastaigneraye.

La señorita Geneveva de la Chaistaigneraye había quedado huérfana al mismo tiempo en que Octavio había perdido su madre. Recordaba vagamente haber visto esta niña ocultando su muñeca bajo su traje de luto. No tenía mas que estos recuerdos de su prima. El conde de la Chastaigneraye había muerto con el grado de coronel en Solferino, sobreviviendo apenas de un año á su esposa. Geneveva había venido á

EN QUE OCTAVIO DE PARISIS EVITA SU DICHA.

Al siguiente día á las diez de la mañana, Octavio de Parisis montaba á caballo para dar una vuelta en el Bosque, cuando se le entregó este billetito que le sorprendió aun despues de haberlo leído porque reconoció en él, el timbre de los Parisis.

«Mi querido sobrino:

»Si yo os dijese que vuestra anciana tia, Regina de Parisis, es casi vuestra vecina en París, donde vá á pasar dos meses de esta primavera, con vuestra hermosa prima la señorita Chastaigneraye, no os quedarais muy sorprendido?

»Pues bien, nuestra habitacion está en la avenida del Sena, á esta habitacion se le dá el título de Palacio cuando en mi Salon de Champauvert cabrían diez habitaciones cual ella!

»Porqué he venido á París? grave pregunta. No os contestaré porque lo adivinareis. Quizá sea para verros, Sr. Invisible. Verdad es, que quizá nos direis, que las cuatro casas y los cincuenta árboles que nos

habitar Champauvert con su tia que hasta entonces no era muy amante de los niños, pero que en cambio se dejaba acariciar por su sobrina.

Así es, que para ella fué una verdadera alegría el verla correr y cantar, en aquel silencioso castillo en aquel parque solitario. Cierta mañana la tia se quedó sorprendida al ver que la niña se transfiguraba en una señorita digna de los Chastaigneraye y de los Parisis por su belleza grave y su gracia heráldica.

Genoveva hubo de revelar de pronto todas las virtudes: el orgullo y la dulzura, frente pensativa, boca sonriente, alma divina y corazón entusiasta. Era también aficionada á la música. El domingo, para que la perdonaran sus pecados, ella que pertenecía á Dios en cuerpo y alma, tocaba el órgano en la Iglesia de Champauvert con cierto sentimiento evangélico.

Después aquel mismo día en el castillo entonaba aires de ópera con el brío de la Patti. Era algún tanto romántica, y según decían las mugeres del país, original como su tia.

El fuego de la inteligencia quemaba su alma. Interrogaba el horizonte lleno de promesas. En su actitud tan púdica se revelaban ya los impulsos de la pasión.

Desde hacía más de diez años, Octavio no había puesto los pies en el castillo de Parisis por un sentimiento más filial que familiar: sus amigos le hablaban de las hermosas cacerías que en otoño se emprendían en él; mas el jóven no quería divertirse cerca la

sepultura donde dormían las dos figuras siempre amadas de su padre y de su madre.

En Paris, en su palacio, cuando se detenía un instante ante sus retratos juraba que iría á visitar su tumba; pero la corriente de la vida, que para él era un torrente, le quitaba la fuerza de seguir tan buena idea.

En aquella mañana Octavio se dirigió á casa de su tia. El camino no era muy largo: conocía la fisonomía de todas las casas y no se equivocó más que una vez. A la segunda vez que llamó, apareció una criada peinada á la borgoñona, y poco faltó para que esta se echara en sus brazos. Jamás había visto al jóven; pero adivinó que era hijo del castillo.

Octavio encontró á su tia muy envejecida, mucho más ridícula que ántes con sus extrañas modas y mucho menos imponente con su aire de castellana del tiempo en que había castillos con puente levadizo.

Se abrazaron sin que la efusión sobrara. La tia empleó en esta ocasión bastante dignidad y el sobrino tuvo miedo de ensuciarse de rojo y de blanco, lo cual le sucedía con alguna frecuencia con sus queridas.

—Y bien, señor duque Octavio de Parisis por la gracia de Dios y sin que la Constitución entre en ello para nada: habeis adivinado porqué he venido á Paris?

—No, tia.

—Pues bien, voy á decíroslo. Pero no digais de esto una palabra á Genoveva.

—Ya comprendo! dijo Octavio asustado.

—Veamos.

—Vos, mi querida tia, habeis soñado en un matrimonio entre el primo y la prima.

—Sí, caballero: he pensado en enlazar dos grandes aquembres: Parisis y La Chastaigneraye. He aquí el oro ^{sona}liga: son dos títulos envidiables. Se cuentan caballeros de Malta en ambas líneas.

La solterona había estado á punto de casarse con un caballero de Malta: para ella era el bello ideal del antiguo régimen.

—Pues bien, tia mia, tengo un sentimiento en contrariaros; pero existe un abismo entre vuestra sobrina y vuestro sobrino.

—Un abismo! qué quereis decir?

—Quiero decir que el primo no se casará jamás con la prima. Tengo sobre esto mis preocupaciones; es necesario variar las rayas. Esto sin contar que yo no quiero casarme.

—Ah! no quereis casaros, caballero! no quereis enlazaros con una La Chastaigneraye! Pues bien! el día que se celebren mis funerales tendreis que arrepentiros!

La señorita de Parisis, llena de cólera y con agitada mano, cogió una fotografía, sacada el día anterior por un artista muy conocido, el cual había querido acentuarla haciendo irradiar con fuerza en ella algunos rayos de sol.

—Mirad, caballero!

Octavio miró con calma bajo aquella tempestad; era el retrato de Genoveva de La Chastaigneraye.

El Señor de Parisis no conoció al pronto en aquella mezcla de nitrato de plata, la hermosa criatura que había visto, dos días antes, en la avenida de la Muette, imprimiendo en la nieve un pié ideal y dibujándose por el ramage con la gracia de una cazadora antigua.

Tampoco había conocido á su tia en la anciana que la acompañaba. Verdad es que las había mirado muy poco.

—No es cierto que es hermosa? dijo la señorita de Parisis.

—Sí, contestó Octavio sin entusiasmo; pero quizás es demasiado morena.

—Demasiado morena! Oh! caballero! Mi sobrina tiene los ojos negros; pero es rubia, lo cual constituye una belleza incomparable.

—Entonces tia mia, por qué me mostrais este retrato de una africana?

—Veo, caballero, que sois indigno de contemplarla. Id! id! Corred trás las cómicas y las cortesanas; yo guardaré mi Genoveva para algun duque ó par que sea mas amable.

—Duque y par! dijo Octavio riendo; esto es lo mismo que buscar un mirlo blanco; pero en fin, quizá el mirlo blanco irá á cantar bajo los árboles de Champauvert.

La tia se acercó á Octavio y le besó en la frente.

—Calavera! le dije, libertino gastado, ateo entregado al diablo! es decir, qué prefieres amar á todas las mujeres?

—Sí, tia.

—Te desheredaré!

—Está bien, tia. Quiero abrazaros por tan buena idea.

Y Octavio abrazó lleno de heroicidad á la solterona.

—Pues bien, no hablemos de matrimonio: no quiero la muerte del pecador.

—Tanto mas mi querida tia, cuanto el pecador no moriria tampoco con el matrimonio.

—Tu me asustas! Yo que queria salvar á Genoveva é iba á perderla dándotela por esposa. No hablemos mas de ello.

La conversacion siguió por espacio de media hora. Octavio tomó en compañía de su tia,—una taza de chocolate con un bizcochillo al estilo de los que se comian en Champáuvet y enseguida se levantó para marcharse.

—Visítame con frecuencia: no te hablaré mas de esponsales.

Ambos se abrazaron.

—Mi querida tia, venidme á ver con la señorita de La Chastaigneraye. No tendreis mas que anunciar vuestro nombre, para que las puertas de mi casa se abran de par en par.

—Pues bien: te daremos alguna sorpresa. Ah dia-

blo! supongo que no me robareis á mi Genoveva. Me consta que se os llama el Irresistible.

—Oh! querida tia: mi prima será para mi muy sagrada.

Cuando Parisis cruzaba el dintel de la puerta, su tia le cogió la mano:

—A propósito, dame nuevas de tu fortuna. Ya sabes que tu castillo de Parisis está hecho una ruina.

—Lo reedificaré en mármol.

—La mina de las Cordilleras continua siendo buena?

Octavio se habia puesto pensativo, mas luego respondió:

—Si no es una mina de plata, sino de oro.

El jóven montó á caballo y dió un paseo matinal por el bosque murmurando:

—De buena me he escapado!

El hombre nunca es mas feliz que el dia en que huye de su dicha.

Yo podria autorizar esta sentencia con la firma de Confucio, de Saadí ó de Voltaire, para darle mas importancia; pero la verdad jamás firma sus aforismos.

Cuando la señorita de la Chastaigneraye volvió de San Estéban del Monte, su tia la abrazó y le dijo con tristeza:

—Y bien, mi querida Genoveva, tu primo es un renegado. Creerás que rechaza tu mano, tu mano llena de oro, esta mano tan blanca y orgullosa?

La señorita de Parisis habia cogido la mano de su sobrina.

—Ya que no quiere casarse conmigo, dijo sencillamente Genoveva, yo os prometo que aceptará mi mano.

—Está bien, deja que te abrace por tan buena ocurrencia. Pero como realizarás tal milagro?

—No creís en el destino?

—Creo que el destino no trabaja para nosotras mas de lo que nosotras trabajamos por él.

—Entonces, tía trabajaremos por nuestro destino.

—Eres muy singular?

—No mas que vos, querida tía.

—Pero por qué le amas?

—Lo ignoro.

—Nunca se sabe porque amamos: desde el momento en que se razona sin pasion, el amor ya no existe.

—Comprendo, dijo la señora de Parisis: tu amas á Octavio porque te se ha dicho tanto mal de él, porque en Champauvert, tu contemplabas siempre su retrato, porque le viste el mártes riendo entre un círculo de mujeres, porque ayer le viste en el bosque en la avenida de la Muette pensativo, porque te habia mirado....

—Le amo porque le amo, replicó Genoveva ya enojada con los *porque* de su tía. Si vos me abandonáis en mis tentativas románticas, yo os prometo que seré la mujer de mi primo.

Y la hermosa jóven, que no desconfiaba de nada, se colocó en el piano frente á un magnífico ramillete que habia comprado en su camino. Todos los corazones enamorados necesitan de flores, de perfumes y de canciones. He aquí porque los amantes hacen tan alegre su casa.

Existen para las mujeres dos auroras: la primera llega despues de la noche de la infancia y esparce sobre su frente la aureola de la jóven; la segunda, mas luminosa, quema los cabellos con un rayo muy vivo: es la aurora del amor. Existe todo un mundo entre la doncella que no ama sino su juventud y la que es víctima del amor. Le transfiguran. Antes andaba con sencilla gracia aunque con cierta rudeza; ahora parece que anda con el ritmo de las bellas armonías. Su talle es mas gentil, sus brazos tienen el hermoso abandono del sueño. Baja su cabeza ó la levanta con la desenvoltura que dá la alegría del corazón ó la melancolía del alma. Ayer no se respiraba en su casa mas que el perfume de los diez y siete abriles; hoy se siente no se que sabroso olor de cabellera tendida y de flores esparcidas. Ayer era una discípula en su piano; porque hoy la inspiracion canta por ella? en una palabra: ayer se desprendia de ella un discreto y templado encanto, hoy se desprende de ella toda una fiesta. La mujer se transparenta á través de la doncella. Es la bendita hora en que los latidos del corazón son contados en el cielo, porque desde la primera hora del amor, la jóven toma las alas del ángel

para volar hácia su ideal. Pero cuántas hay que caen sobre la tierra para no volver á emprender jamás su vuelo? Genoveva se encontraba en su segunda aurora.



IV.

LA CURIOSIDAD DE UNA HIJA DE EVA.

Algunos días después se daba un concierto musical en la embajada de Austria.

Todo París se había dado cita en este punto. Fué por esto que la señorita Regina de Parisis y la señorita Genoveva de la Chastaigneraye que podían hacerse abrir las puertas del palacio de Octavio de par en par, según las órdenes del jóven, fué por esto que nuestras dos mujeres se atrevieron á entrar en sus habitaciones, por una escalera secreta llamada de las artistas, porque las cómicas pasaban por ella, ya fuesen cómicas de teatro ó bien cómicas del mundo.

Como sabía Genoveva que todos los días, entre dos y cuatro de la tarde se podía seguir este peligroso camino sin ser reconocida? Cómo Genoveva se atrevía á entrar en el laberinto de D. Juan de Parisis?

Cómo Genoveva era dueña de una pequeña llave de plata que abría la puertecita del jardín?

Esto no debe ser el secreto de la comedia toda vez que lo ignoro.

Lo que me consta es, que la jóven abrió esta puerta

para volar hácia su ideal. Pero cuántas hay que caen sobre la tierra para no volver á emprender jamás su vuelo? Genoveva se encontraba en su segunda aurora.



IV.

LA CURIOSIDAD DE UNA HIJA DE EVA.

Algunos días después se daba un concierto musical en la embajada de Austria.

Todo París se había dado cita en este punto. Fue por esto que la señorita Regina de Parisis y la señorita Genoveva de la Chastaigneraye que podían hacerse abrir las puertas del palacio de Octavio de par en par, según las órdenes del joven, fué por esto que nuestras dos mujeres se atrevieron á entrar en sus habitaciones, por una escalera secreta llamada de las artistas, porque las cómicas pasaban por ella, ya fuesen cómicas de teatro ó bien cómicas del mundo.

Como sabía Genoveva que todos los días, entre dos y cuatro de la tarde se podía seguir este peligroso camino sin ser reconocida? Cómo Genoveva se atrevía á entrar en el laberinto de D. Juan de Parisis?

Cómo Genoveva era dueña de una pequeña llave de plata que abría la puertecita del jardín?

Esto no debe ser el secreto de la comedia toda vez que lo ignoro.

Lo que me consta es, que la joven abrió esta puerta

y que ella arrastró su tía hácia el invernadero guiándola por la escalera secreta hácia el cuarto de Octavio.

La señorita Regina de Parisis era en sus acciones tan extraña como Genoveva de la Chastaigneraye. Esto consistía en que en su inocencia, no tenían miedo de nada. Los corazones puros son los mas valientes.

No pintaré la curiosidad con que escudriñaron la vida familiar de Octavio. Ante aquellos retratos de mujeres, la solterona hizo la señal de la cruz, no sin espanto.

En la biblioteca, donde el joven no entraba nunca, la señorita Regina saludó con cierto sentimiento de orgullo el padre y la madre de Octavio; observó algunos buenos libros entre otros libros malos de Octavio, que, entregado por entero al libro de su vida no leía ninguno.

Genoveva estudiaba aquellos muebles severos y femeniles á un tiempo, aquellos cuadros de célebres maestros, aquellas hermosas armas, aquellas futilidades de la vida parisiense, aquellas mesas de ébano que guardaban su gravedad ante la sonrisa de otros diges contruidos en palo de rosa.

La tía deseaba pasar una hora en el salon donde esperaba encontrar el esplendor de los Parisis; mas Genoveva sabiendo que al descender por la escalera principal encontrarían gentes de la casa, detuvo á su tía diciéndola que les sobraria harto tiempo para visitar la buhardilla en las demás visitas que harían.

En cuanto á ella, curiosa cual Eva, hubiese querido pasar todo un dia examinando á su primo por la historia de su vida que estaba sumariamente escrita en su dormitorio, en su saloncito, en su tocador, en su sala de armas y hasta en su fumadero.

Todo era de lujo y de gran gusto. Octavio era sobre todo aficionado á los muebles maqueteados de marfil sobre el ébano, representando las fachadas de los mas hermosos palacios y de las mas hermosas Iglesias del Renacimiento; amaba los diges trabajados por las mágicas manos de los cartujos del siglo décimo quinto, los cuales son obras maestras de arte y de buen gusto.

Genoveva, que era inteligente, se detuvo ante aquellas estatuitas, ante aquellas diosas del Olimpo en bronce dorado atribuidas al Verocchio. Adornaban las puertas de un mueble de ébano formado por tres cuerpos graciosamente redondeados; estaban colocadas á guisa de centinelas sobre las puertas y metidas en pequeños nichos colocados entre columnas de capiteles corintios que sostenian vasos de plata los cuales eran una imitación de los vasos de Castiglione.

Genoveva admiró también la escultura de los frontones; sus ojos siguieron los dibujos del maqueado donde reconoció arabescos de Rafael. Todo atraía sus miradas. Los frisos parecían que tenían vida con las esculturas representando cacerías, combates de leones, hojas de árboles y escenas mitológicas.

Mientras que Genoveva admiraba aquellas escul-

turas, la señorita de Parisis, admiraba sobre la puerta del centro el escudo de plata de su familia. Frente á este último había una mesa de ébano y en ella se admiraban tres cuadros con marcos adornados de arabescos. Representaban á Diana en la caza, á Diana en la fuente y á Diana dormida. Esta mesa se hallaba sostenida por tres cariátides y algunas sirenas de plata se enredaban á un pié monumental, representando cabezas de furias.

Las sillas eran por el mismo estilo con incrustaciones de marfil, esculturas finas, adornos, arabescos, amores y rosas. Los grabados representaban las escenas de la Iliada.

En admirables tiestos, con piés de bronce dorado y de un trabajo esquisito, se ostentaban con libertad las mas raras flores.

Genoveva cogió una de los trópicos que Parisis había ofrecido ya á otra muger por la mañana; la jóven la acercó á sus lábios con un sentimiento indefinible de vaga esperanza.

El reloj dió las cuatro.

—Las cuatro ya! exclamó Genoveva contemplando una obra maestra de Boulé, colgada en el techo y que caía entre dos puertas.

La jóven no perdió mas tiempo contemplando las bellas estatuillas, los finos grabados del cuadrante ni las acantas de los capiteles.

Era ya tiempo de salir, toda vez que Octavio podía entrar y sorprenderlas.

Esto no obstante se detuvo cerca de un minuto frente á un secreter de ébano con cerraduras de plata.

Era la novela de Octavio, segun sus propias frases.

Todas las cartas y retratos de sus queridas estaban allí mezclados y revueltos.

Uno de los cajones estaba abierto. Genoveva notó en él un guante, tres ó cuatro cartas y un retrato. Era el retrato de una actriz célebre.

De quién era el guante?

Sin duda era un guante que él había arrancado á una manita rebelde.

Y las cartas?

Ah! si Genoveva se hubiese encontrado sola!

Tiró de otro cajon: cartas, retratos y flores secas.

—Esto no es un mueble, se dijo, sino un campo-santo. Perché deja entreabiertas sus tumbas? Parisis no había cerrado mas que el cajon de en medio.

Allí se guardaba el secreto del dia; aquel era el lugar del corazon.

—Oh! no se lo que daría para que este cajon estuviere abierto!

Mas si este cajon se hubiese abierto como por magia, la jóven hubiese quedado sorprendida.

En él no había nada.

Y entonces hubiera deseado que aquel cajon fuese por Octavio para colocar en él algun dia sus cartas; su retrato, las flores cogidas con ella y su guante arrancado por su mano.

—Veamos, dijo su tia; Octavio puede entrar y sorprendernos. Nos conducirá á la prevencion como aventureras.

—No temais nada, mi querida tia: cuando se viene aquí por la escalera secreta, se es siempre bien recibido. Pero no quiero que mi primo me vea ántes de amarme.

—Que niña eres! tanto te amará de un modo como de otro.

Genoveva siguió á su tia respirando la flor de los trópicos.

V.

LA VISION DE UN ESCÉPTICO.

Nevaba. Paris, encapuchado como un benedictino en su hábito blanco se disponia á correr sus aventuras.

Era la noche del mártres de carnaval: los últimos romanos, los parisienses de la decadencia, querian una vez mas y antes que llegasen los días sombríos de la cuaresma coronarse de rosas y lanzar sus gorros de dormir por encima del último molino de Montmartre.

Todo se vál hasta los molinos, los carnavales y Paris mismo!

Un verdadero parisien de la verdadera decadencia, Octavio de Parisis, queria disfrutar de la última noche de carnaval. Se habia disfrazado de doctor Fausto en busca del amor, como un gentilhombre vestido de púrpura y oro, con la capilla de seda en el hombro, la pluma de gallo en el sombrero y ciñendo una larga espada en el costado.

Iba como el verdadero Fausto á hacer la esperiencia de la vida? Debia decirse tambien como Fausto:

—Veamos, dijo su tia; Octavio puede entrar y sorprendernos. Nos conducirá á la prevencion como aventureras.

—No temais nada, mi querida tia: cuando se viene aquí por la escalera secreta, se es siempre bien recibido. Pero no quiero que mi primo me vea ántes de amarme.

—Que niña eres! tanto te amará de un modo como de otro.

Genoveva siguió á su tia respirando la flor de los trópicos.

V.

LA VISION DE UN ESCÉPTICO.

Nevaba. Paris, encapuchado como un beneditino en su hábito blanco se disponia á correr sus aventuras.

Era la noche del mártres de carnaval: los últimos romanos, los parisienses de la decadencia, querian una vez mas y antes que llegasen los días sombríos de la cuaresma coronarse de rosas y lanzar sus gorros de dormir por encima del último molino de Montmartre.

Todo se vál hasta los molinos, los carnavales y Paris mismo!

Un verdadero parisien de la verdadera decadencia, Octavio de Parisis, queria disfrutar de la última noche de carnaval. Se habia disfrazado de doctor Fausto en busca del amor, como un gentilhombre vestido de púrpura y oro, con la capilla de seda en el hombro, la pluma de gallo en el sombrero y ciñendo una larga espada en el costado.

Iba como el verdadero Fausto á hacer la esperiencia de la vida? Debia decirse tambien como Fausto:

«Cualquiera que sea el traje que yo vista sentiré menos los dolores y angustias del corazón?»

Octavio cogió un candelabro de dos brazos para mirarse en un espejo; quería ver si se parecía á Fausto.

—Nó, dijo, prefiero el gorro y la hopalanda del doctor.

Y se vistió el otro traje.

En aquel instante fué cuando Leon Ramée, á quien sus amigos llamaban La Ramée, un pintor que creía en la existencia del Olimpo, gracias á su pasión por todo lo antiguo, entonces fué cuando este amigo le sorprendió en su ensayo, ó, mejor dicho, en el instante en que se estudiaba á sí propio ante el espejo.

—Bravo! dijo Leon Ramée entrando, hé aquí el doctor de la ciencia. Espero que esta noche dirás grandes verdades á todos esos paganos que no creen en Júpiter, el dios de los dioses, el dios de Homero, de Fidas y de Apeles.

—Yo! dijo Octavio estrechando la mano de su amigo; no tengo una pretension semejante.

—Entonces por qué te vistes de Fausto?

—Para deshojar algunas margaritas, si la ocasión se ofrece.

—Palabras! palabras! palabras! creí que leías á Laroche foucauld y no á Rivarol.

—Desde que sé de memoria á Laroche foucauld no leo.

—Tal vez obras bien. Laroche foucauld se apodera

de nuestro espíritu luego de haber cogido el corazón. Créeme: téplate en Homero, en Teócrito y en todos los ingenios de la antigüedad.

—Quieres fumar?

—No fumo.

—Por qué?

—Porque esto de fumar es muy de moda. No quiero pertenecer á mi época.

—Antigualla!

—Venía á suplicarte que mañana vinieses á ver mi Juno. Te rejuvenecerá en dos mil años. Querido mio: la antigüedad es el eterno país de los veinte años, es el paraíso encontrado, es...

—Chist! vas á predicar en el momento en que voy á encarnalizarme. La hora es mal escogida; hablemos de las Junos que hemos pintado y esculpido en Wiesbaden.

—Entonces no hablemos de ello. Me voy al teatro donde se representa *El Enfermo imaginario*; hé aquí mi carnaval; á las doce estaré acostado, pues mañana me levantaré temprano. Adios. Quieres ver un hermoso día? pues levántate de mañana. Esto lo ha dicho un autor antiguo.

—Adios: ya conoces mi opinion sobre los siete sabios de Grecia.

—Sí, porque tú no les conoces. Si los hubieses leído no dirias esta noche tantas bestialidades á la última moda.

Y Leon Ramée levantó la cortina para salir.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO"
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

30310

—Una palabra mas: si te queda un momento lee Goethe para que no cometas anacronismos.

—Tienes razon, habia pensado en ello. Para representar á Fausto seria necesario conocer su ciencia. Pero es la ciencia del diablo, y yo no le he dado mi alma.

—No has dado tu alma al diablo! pero la has dado con tanta frecuencia que el diablo no la quisiera. Adios.

—Hasta mañana, mi querido La Ramée.

Octavio se dirigió á su biblioteca y cogió el libro de Goethe. Le hojeó al principio y luego empezó á meditarlo, no con la vana curiosidad de un desocupado que va á gozar del carnaval, sino con la curiosidad de un hombre que busca la palabra de la vida.

Llamó á su groom que era un negro de color su-
bido.

—Igualdad, enciende la chimenea y avisa al cochero que no saldré hasta las once.

A las doce Octavio habia penetrado en las profundidades del genio de Goethe.

No emplearé mucho tiempo en hablar de este autor célebre; seria indispensable que yo tuviese el necesario para dar la vuelta al mundo. Es un gran genio muy estudiado, pero guarda la sonrisa de bronce de la esfinge: nadie le arrancará su última palabra. De sus poderosas manos ha brotado todo un mundo: el paraiso del amor, el Olimpo de lo bello y el infierno de las pasiones. Mas, digan lo que quieran sus

iniciados, la luz de Goethe no es el sol: ha querido demasiado las horas de la noche.

Que milagroso es el genio! Dios no creó sino una mujer; Goethe creó dos. Acaso Eva está mas viva en nuestro espíritu que Margarita y Mignon, estos dos radiantes simbolos que viajan constantemente en el cielo del ideal, pero que continuan siendo mujeres? pues el panteista Goethe las ha vaciado en la pasta humana.

Este es el carácter de su genio. Recorriendo los mundos en sus poesías legendarias, nunca pierde el pié; los personajes y su comedia rozan las nubes sin que por un momento dejen de ser hombres. Hé aquí porque es grande y humano en el sentido del arte. Hé aquí porque su reputacion ensancha sus fronteras, porque es el hombre de la Alemania, porque la Francia le traduce en verso y en prosa, en pintura y en música.

El reloj dió media noche; pero no eran mas que las once.

—Es extraño, dijo Parisis, hé ahí la tercera vez que oigo dar las doce.

Miró el cuadrante. Le pareció que la aguja mas pequeña daba la vuelta con la rapidez de la grande.

—Qué es esto? murmuró.

Soñaba? Se habia convertido en juguete de estas somnolencias que lanzan el alma en las penumbres radiantes de la doble vista?

Recordó que cierta noche Lamartine habia inquie-

tado su ateísmo hablándole del alma de las cosas, de esa vida impalpable que se agita en el reloj, en la lámpara, en el aire, en el fuego, en la pared; que habla la voz de las campanas, del viento, de la lluvia, de los ecos, de las llamas, del silencio!

—Qué locura! dijo, echando de sí la hopalanda que caía sobre él como un sudario; el alma solo existe en el cuerpo y aun quizá no existe.

Luego volvió á abrir su libro.

Tomó una afición estraña á su lectura: por la primera vez de su vida su espíritu se vió iluminado con todas las luces fantásticas de la obra maestra alemana.

—Que esto dure un poco mas, dijo entre dientes paseándose y mirándose en un espejo colgado sobre una consola, y me creeré el mismo Fausto! Pero donde está Margarita?

Y pensó en todas las mujeres que se habian cruzado en la carrera de su vida. Un cortejo de imágenes ya llorosas, ya alegres, hubo de atravesar en su memoria.

De pronto oyó un rumor sordo.

Una mujer que no esperaba se dirigió hácia él, pálida, triste y pensativa.

Vestia un traje negro cuya cola cubria parte de la alfombra. Llevaba un gran velo pero sus ojos parecían quemarlo, con su vivacidad y su luz.

Octavio se levantó entre respetuoso y sorprendido.

—Señora, dijo inclinándose.

La dama dejó caer la mano, una hermosa y blanca mano en que se veía una piedra antigua representando una sibila, sobre la página abierta del Fausto.

—ESTA ALLÍ! dijo la dama.

Octavio contempló el rostro de aquella aparición nocturna. Le pareció que habia hablado sin mover los labios.

—ESTA ALLÍ? preguntó.

La mujer hizo un signo afirmativo.

El jóven se hallaba tan conmovido y turbado, que no podia recobrar su voz.

Pensaba en la leyenda de los Parisis.

—Quién se oculta bajo de esta mujer? se preguntó á sí mismo.

Era una de sus queridas? El jóven no la reconocía. Quién habia podido llegar así, en silencio, hasta su cámara? Quiso soltar la carcajada, pero sintió que su rostro era de mármol.

Entretanto la enlutada se habia inclinado y se alejaba lentamente andando hácia atrás y sin pisar la cola de su traje.

Miraba siempre á Parisis.

—Señora!.... dijo éste.

La enlutada pareció que no oía.

El jóven se quiso dirigir hácia ella, pero sintió que sus piernas eran las de una estatua.

Logró, sin embargo, dar un paso, el paso de los

dioses del Olimpo; mas en el instante en que creia coger aquella mano sibilfica para atraerla hácia la chimenea, las bujías se apagaron.

—Señora! señora! dijo por última vez.

No oyó mas que el silencio, el silencio nocturno, cierto zumbido en los oídos, mil veces mas terrible que el del trueno.

Como habia entrado la enlutada.

Todo el mundo dormia en su casa, desde el groom que esperaba á Octavio en la ante-cámara, hasta el cochero que le aguardaba en el pátio. Unicamente sus caballos permanecian despiertos y con su piafar interrumpian los monótonos rumores de la noche.

Octavio habitaba, al estilo inglés, una casa sin conserje. Los conserjes se van.... Octavio habia comprendido que los que poseen una casa y un conserje, no tienen mas que una casa para los pequeños placeres del conserje. Era muy amante de ocultar su existencia para dar así á un extraño y á un subalterno, el mejor papel en la comedia de sus acciones.

El jóven no podia interrogar mas que á su cochero, sobre aquella visita nocturna.

Luego se preguntó si la enlutada habia llegado hasta allí por la escalera secreta. Sin duda habia entrado por la puerta de la biblioteca, pues la biblioteca consistente en una estensa galeria, se abria sobre la escalera secreta y sobre la antecámara de la escalera principal.

Octavio quiso llamar; pero no encontró la campa-

nilla; quiso encender las bujías, pero no encontró cerillas y la chimenea estaba apagada.

Se dirigió á la antecámara y llamó á su groom, que despertó sobresaltado.

—No has visto á nadie? le preguntó colérico.

—Ah! si el señor duque lo supiere! soñaba que estaba viendo al diablo.

—Eres un bestia! despierta.

—He visto al diablo como ahora veo al señor duque. Ha entrado y me ha tocado en la frente con un carbon encendido.

—Y despues?

—Despues ha entrado en las habitaciones del señor duque. Quise anunciarle pero me dejó clavado en este banco.

—Le viste salir?

—No: sin duda tomó otro camino.

Octavio encendió una bujía en la lámpara de la antecámara y registró toda la casa, bien como si debiese encontrar la enlutada.

Estaba muy despierto y no habia soñado como su groom. Oía aun resonar las dos frases de aquella voz orgullosa:—ESTA ALLÍ!—Oía aun el ruido sordo de la cola de su trage rozando sobre la alfombra.

No encontró un alma viviente. Cuando volvió á su biblioteca, se detuvo con emocion frente al retrato de su madre que parecia mirarle con ojos llenos de luz. Cuando un alma ha partido hácia el país de los muertos, no vuelve, como por milagro, á animar los ojos

de su retrato, cuando este es un retrato bello y cuando es un hijo quien lo mira?

Esta era la opinion de Parisis.

—Madre mia! dijo con efusion, bien como si debiera sentir que el corazon de su hijo subia hasta ella.

Y la contempló mas de cerca.

Era una jóven pintada por Ary Scheffer en las palideces de aquel pincel inquieto que buscaba siempre el alma. Era mas bien un alma que una figura. Sentia la muerte próxima, y el pintor, habia, como por milagro, espresado el adios de una madre.

—Son sus ojos, dijo tristemente el jóven, pero no tienen vida. Ahora mismo, en mi gabinete, he sufrido una alucinacion: pero aquello era una mujer, una mujer viva, como yo soy ahora un hombre vivo.

Bajó al pátio y despertó á su cochero que hacia ya una hora que estaba durmiendo en el pescante del coche, que debia guiarle al baile de máscaras.

—No habeis visto pasar una mujer?

—No, señor duque: como podia pasar si la puerta no estaba abierta?

Y el cochero se dijo.

—Habrá visto á la cocinera cuando me trajo la bebida?

Octavio examinó la nieve y en ella, ni siquiera vió la huella de un pájaro.

Volvió á subir á su cámara y se quedó sorprendido al ver en ella tres bujías encendidas.

Se volvió hácia su groom que le habia seguido.

—Has encendido tu estas bujías?

—Yo, señor! pero si desde que he despertado no he dejado al señor como si fuera su sombra.

Octavio iba á apagar una de las tres bujías cuando recordó que, segun las leyes de la cábala, era necesario empezar á extinguir la que hacia el número tres.

—Apaga la tercera bujía, dijo al groom.

—Pero cual, señor?

Octavio no pudo menos que sonreir.

—Qué empiece por cualquiera que importa! acaso no tengo en mi interior encendida la cuarta?

Pero el groom habia apagado una bujía, y Octavio observó que se encontraba aun frente á frente de tres luces brillantes.

Los espíritus fuertes—y aun existen algunos—aquellos que se hacen enterrar como perros, con objeto de ser libres en la muerte, bien como si la cruz fuese un signo de esclavitud; los espíritus fuertes, lo mismo que los débiles, me dirán: «Nosotros no somos de los que creen en hechicerías propias de otra época. No creemos en milagros: la razon es matemática y sabemos que dos locos y dos supersticiosos hacen cuatro locos. Así, pues, no es á nosotros á quienes se deben contar tales historias.»

Y con esta sonrisa byroniana, que es el patrimonio del escéptico, se añade sarcásticamente: «Que locura el contarnos semejantes fábulas! un jóven que va al

»baile disfrazado de Fausto y que consulta á Goethe!
 »un reloj que da la media noche como en los melo-
 »dramas! Una mujer enlutada que se presenta en es-
 »cena solo para decir estas frases: ESTA ALLÍ.»

Nada tengo que contestar á estos sarcasmos: soy un simple historiador. No he franqueado el muro chino de las ciencias ocultas: yo cuento lo que he visto, ó lo que me consta que ha sucedido. Nunca he trabajado en la gran obra como Fausto; nunca he visto al diablo y nunca tuve relaciones con espíritus.

Me contentaré en decir que creo firmemente, como el regente Felipe de Orleans, que era un libre pensador y un volteriano, creo firmemente que los espíritus, es decir, los bestias como vos y yo, son sin saberlo, guiados por espíritus invisibles.

Entretanto Octavio encendió la cuarta bujía y cogió el libro que continuaba abierto en la misma página.

—ESTA ALLÍ!

Qué habia en la página indicada?

El jóven leyó en alta voz.

FAUSTO: Cuando la noche llega me tiendo sobre mi cama lleno de la mas triste inquietud. Las visiones del sueño me asustan. El dios que habita en mi seno puede levantar las tempestades de mi alma; él que truena sobre todas mis fuerzas es impotente á conmover lo exterior; y es así como yo busco el amor en los horrores de la vida.

MEVISTÓFELES: Sin embargo, la muerte no es jamás un huésped bien recibido.

FAUSTO: Oh! feliz aquel que ciñe las sienes con sangrientos laureles en el esplendor de la victoria: aquel que al salir de un baile desenfrenado, ella sorprende en brazos de una jóven!

—Fausto tiene razon, dijo Octavio, bastante me he agitado sobre el lecho de rosas de la vida; pido á la muerte que me lleve al salir de este baile, si en él encuentro el amor.

El señor de Parisis dijo á su groom que le diera su gabán de pieles.

Estaba decidido á ir al baile.

—Llegaré tarde, dijo; pero mi entrada será brillante. Fausto no debe jamás aparecer sino despues de la media noche.

Igualdad, pálido bajo su máscara de ébano, entró con una linterna en la mano y trayendo un dige chino.

—Donde vas?

—Se han visto mujeres en el jardin.

—Mujeres?

Octavio bajó al jardin. Las mujeres ya no estaban; pero encontró sobre la nieve las huellas de un pié algo grande y de otro pié pequeño, mas pequeño que su mano.

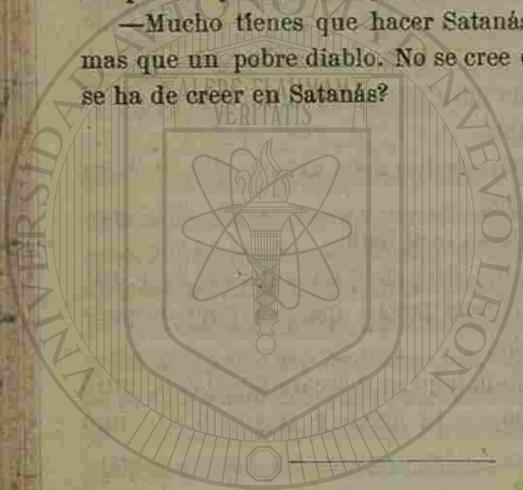
Siguió estas huellas hasta la puertecita de salida que encontró cerrada.

—Cierto que todo ello es bien romántico, dijo el mancebo riéndose de su emocion. Pero porqué dos mujeres, siendo así que no he visto mas que una?

Volvió á subir y echó sobre sus hombros su gaban de pieles.

Al salir se miró en un espejo de Venecia. Le pareció que reflejaba dos imágenes.

—Mucho tienes que hacer Satanás, dijo: no eres mas que un pobre diablo. No se cree en Dios: porque se ha de creer en Satanás?



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Agte. 1625 MONTERREY, MEXICO

VI.

LA MARGARITA DE LAS MARGARITAS.

No bien el Sr. de Parisis hubo cruzado el primer salon de la embajada, cuando vió enfrente de él, pero huyendo con discrecion á una Margarita que era, no la de Ary Scheffer, sino la del mismo Goethe.

Octavio alcanzó muy pronto á esa Margarita entre un nudo de máscaras ocasionado por una reunion de mugeres que picaban á todo el mundo.

—Dime, interrumpió el jóven dirigiéndose á Margarita: sabias, pues, que yo me disfrazaria de Fausto?

—Quien sabe, dijo ella.

Y Octavio que no queria jamás dudar de nada, añadió:

—Tu no vienes aquí para ir á la iglesia. Quieres confesarte conmigo?

—No traigo pecados.

—Los cometerás mas tarde.

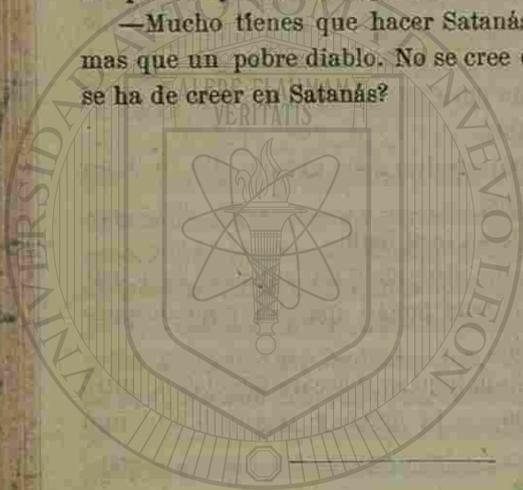
—Eres el diablo, Fausto.

—No fué el diablo quién llevó á Jesús sobre la montaña. La virtud no triunfa sino cuando está en peligro?

Volvió á subir y echó sobre sus hombros su gaban de pieles.

Al salir se miró en un espejo de Venecia. Le pareció que reflejaba dos imágenes.

—Mucho tienes que hacer Satanás, dijo: no eres mas que un pobre diablo. No se cree en Dios: porque se ha de creer en Satanás?



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Agte. 1625 MONTERREY, MEXICO

VI.

LA MARGARITA DE LAS MARGARITAS.

No bien el Sr. de Parisis hubo cruzado el primer salon de la embajada, cuando vió enfrente de él, pero huyendo con discrecion á una Margarita que era, no la de Ary Scheffer, sino la del mismo Goethe.

Octavio alcanzó muy pronto á esa Margarita entre un nudo de máscaras ocasionado por una reunion de mugeres que picaban á todo el mundo.

—Dime, interrumpió el jóven dirigiéndose á Margarita: sabias, pues, que yo me disfrazaria de Fausto?

—Quien sabe, dijo ella.

Y Octavio que no queria jamás dudar de nada, añadió:

—Tu no vienes aquí para ir á la iglesia. Quieres confesarte conmigo?

—No traigo pecados.

—Los cometerás mas tarde.

—Eres el diablo, Fausto.

—No fué el diablo quién llevó á Jesús sobre la montaña. La virtud no triunfa sino cuando está en peligro?

—Y sobre que montaña quieres llevarme, Satanás?

—Ah! sobre este divan, á la sombra de esas mujeres que bailan.

Margarita no se hizo de rogar y se sentó en el divan.

—Pues bien, habla tentador.

Octavio habló.

Y segun su costumbre habló bien. Pero aquella Margarita no era la hija de Goetlie; solo llevaba su máscara. Era un corazon valiente que no temia el diablo por mas que temiese el amor.

Fué una batalla de palabras llenas de chispa, alguna vez apasionadas, pero con mucha frecuencia burlonas.

—Decid, exclamó de pronto Octavio. Hasta ahora no habeis hablado mas que para enmascarar vuestro corazon y vuestra alma. Sed franca una sola vez; porqué os habeis disfrazado de Margarita?

—Y vos porqué os disfrazasteis de Fausto?

—Lo ignpro. Es una bestialidad. Un hombre bien nacido cual yo, no debia disfrazarse mas que de Pierrot.

—Y bien, yo que tampoco soy peor nacida que vos, debia disfrazarme de Colombina.

—Querida Colombina!

—Mas bajo, que os oyen; tendríais que batiros como Pierrot. Adios, ya volveremos á encontrarnos. Quereis saber mi secreto?

—Escucho con toda mi alma.

—Me he disfrazado de Margarita porque os habeis disfrazado de Fausto. Poned esto en vuestro corazon, en vuestra petaca, toda vez que el amor no es mas que humo.

—Oh! Margarita! Margarita! No tengo mas que un cigarro, pero lo fumaré toda mi vida!

Y reportándose, como si sintiera el haber soltado este sarcasmo atrevido añadió:

—Margarita, yo os amo.

—Quizá un poco, dijo ella riendo.

—Mucho.

—Ni una palabra mas, pues vos diriais: que bromazo!

Margarita desapareció como por encanto.

El jóven se levantó de puntillas y no le fué posible ver en que turbion de máscaras se habia enredado.

—Lo siento, dijo. Es un poco delgada, lo que prueba que es jóven, pero es hermosa y estoy embriagado con el fresco aroma de veinte años que esparce en torno suyo. Mas, despues de todo, no hay que aturdirse en un baile de máscaras donde un hombre de buena intencion debe estar preparado á correr una aventura cada cinco minutos.

VII.

EL ORO, EL PODER, LA GLORIA Y EL AMOR.

En aquel instante encontró á dos de sus amigos que no habían tomado para aquella carnavalesca locura mas que el pequeño manto veneciano.

Era Gaston de Villeroy, que aguardaba hacia tiempo, como él, su diploma de ministro plenipotenciario y el vizconde Miravault, que se burlaba de cierta ambicion para llegar á rico el cual era un hombre de su época que deificaba el oro porque el oro lo deifica todo.

—Ah! buenos días mi querido Fausto: buscas la ciencia?

Fausto buscando la ciencia, encontró á Margarita.

—Busco á Margarita. Sabes donde se encuentra?

—Pasa su tiempo diciendo que ama mucho como todas las Margaritas.

—No, la mia dice que no ama extraordinariamente.

Octavio volvió á apoderarse del divan con sus amigos.

—Sentémonos: este es un punto magnífico. Las mujeres os pisan; pero son tan ligeras!...

—Observaste, dijo el Sr. de Villeroy al vizconde de Miravault, que Parisis nunca hace traicion á su destino? Nació para hacer la desgracia de todas las mujeres.

—Menos la de la suya cuando se case.

—No temais, dijo Octavio, la red no está tendida.

—Vé con tiento que aquí se tienden muchas.

—Y tu Gaston, dijo Parisis, tu no haces tampoco traicion á tu destino. Eres tan diplomático que ni siquiera lo pareces.

—La diplomacia es solo un camino, no una carrera: su verdadero objeto consiste en el poder. Ya verás cuando llegue á ministro; pero no ministro de Rio-Janeiro ó de Toukin, sino ministro de Estado. Ya verás entonces si hago traicion á mi destino. Oh! oh! gobernar los hombres!

—Oh! oh! gobernar las mujeres! dijo Parisis como si tuviese conciencia de su mision.

—Sois dos niños, dijo el vizconde de Miravault, enseñando un napoleon: he aquí el verdadero poder. Cuando yo tenga siete ú ochocientos mil de estos soldados alineados en forma de batalla, seré dueño de todo el mundo, dueño de vuestras conciencias y dueño de vuestras mujeres. Yo no caeré del ministerio y no veré huir mis cortesanos.

—Perseguis uno y otro una quimera, dijo Parisis. Yo me atengo á la mia.

—Sí, pero tu despertarás una mañana arrastrando la pata hácia los Inválidos del amor; pues tu no tendrás el supremo consuelo de morir de un rayo como en la cena del comendador.

—Es singular, dijo el Sr. de Villeroy: quizá nosotros somos los hombres mas formales que hay en esta fiesta, pues los tres poseemos nuestra teoría y nuestra voluntad propia. Yo me llamo el Poder.

—Porque no eres nada.

—Tu, dijo Miravault á Octavio, tu te llamas el Amor porque le has matado.

—Tu te llamas el Dinero porque no tienes un céntimo.

Un hombre disfrazado de diablo á cuatro, escuchaba en la puerta.

—Olvidais á un amigo que se llama la Gloria.

—La gloria, dijo Octavio: no vale lo que el diablo.

—Es el diablo á cuatro, dijo Miravault reconociendo á Monjoyeux.

—Si: es el diablo á cuatro, replicó Parisis estrechando la mano del recién llegado:

—Y sinó, mirad: el primero, Rodolfo de Villeroy, aspira al PODER;

El segundo, Miravault, quiere reinar con el DINERO;

El tercero, Monjoyeux, sueña en las quimeras de la GLORIA;

El cuarto, Octavio de Parisis, no quiere tentar mas que la MUJER.

—Pues bien, dentro de diez años veremos quien se habrá equivocado, exclamó Villeroy.

—Los cuatro, dijo Parisis.

Y se levantó para acompañar sus amigos al buffet.

—Vamos á coger fuerzas, para conquistar el mundo.

codearon con los personajes de teatro. Pero donde está la verdadera comedia? donde los verdaderos cómicos?

No digo esto por cuatro hermosas damas que en el día anterior se encontraron muy á propósito y resolvieron que irían á este baile disfrazadas de juego de naipes.

Tres de estas damas eran ilustres en el gran mundo: eran la marquesa de Fontaneilles, la duquesa de Campagnac, y la condesa de Entraigues, y en cuanto á la cuarta, era una jóven que llevaba un gran nombre: era la señorita Genoveva de la Chastaigneraye.

Las cuatro señoras juraron guardar el secreto en obsequio á la doncella que no queria entrar así en el mundo, lo cual era incompatible con su titulo de duquesa y con su virtud rígida é inalterable.

Todas pensaban, no sin razon, ocasionar mucho ruido en un baile que de sí era ya ruidoso, y no querian que sus nombres corriesen en los periódicos del día siguiente.

Ya se comprenderá que Octavio de Parisis fué al baile de máscaras de la duquesa... En aquella noche se vistió el pequeño manto veneciano, sabiendo que el éxito jamás se renueva sino por un éxito de otro carácter.

Al entrar en el baile se vió asaltado por todo un juego de naipes que se levantó enfrente de él, alegre y ruidosamente. Eran las cuatro mujeres que en el día anterior habian convenido en disfrazarse en da-

VIII.

EL JUEGO DE NAIPES.

En aquel año, durante el carnaval, todas las noches del gran mundo fueron coronadas por mascaradas de todos estilos. Estas locuras enseñaban la ciencia. La mayor parte de las gentes á la moda no aprenden la historia sino disfrazándose, lo cual no impide que cometan los mayores anacronismos. A semejanza de la célebre señora de Amecourt, que se disfrazaba de Fredegunda, con cabellos empolvados á la mariscala y dos pecas asesinas. Verdad es que ella se justificó ante los pedantes: el polvo á la mariscala indicaba el espíritu de conquista de Fredegunda y las pecas asesinas sus armas desleales. Esto, sin embargo, la señora de Amecourt no alcanzó el premio de la historia de Francia.

Entre los bailes de máscara de aquel invierno se dió uno por una gran señora muy célebre en la corte. Se habia dicho que ella no daba el baile mas que en obsequio de tres altos personajes; pero en realidad lo daba en obsequio á Paris entero. Y como en Paris existen todas las clases, los personajes de la corte se

ma de Bastos, dama de Espadas, dama de Copas y dama de Oros.

—No pases adelante, gritó la dama de Copas, con una voz sonora como una plata.

—Y bien! qué es esto? dijo Octavio, aprisionadme enseguida, pero aprisionadme entre vuestros brazos, ó en los de la dama de Palos.

—Chist! dijo la dama de Oros: la dama de Palos no aprisiona á nadie en sus brazos, ni en sus veinte abriles.

—Quién sabe! dijo Octavio, sonriendo burlonamente.

—Me consta muy bien, dijo la dama de Palos sin disfrazar la voz.

Octavio cogió su mano.

—Es extraño, dijo mirándola de hito en hito, no eres tú mi Margarita del otro baile?

—Quien sabe..... dijo la dama de Palos.

La ola impulsaba la ola. El jóven permanecía siempre frente al juego de naipes, cerca la puerta de un saloncito donde un diplomático disfrazado de diablo, pero sin gracia, queria evitar sus ruidosas caídas ante las burlas de algunas mujeres mucho mas diablos que él.

El señor de Parisis y las cuatro damas se apoderaron de un sofá, sin cuidarse mucho de aquel pobre diablo.

—Esplicadme esta leyenda, dijo Octavio, dirigiéndose á la dama de Oros que le parecia la de carácter

mas alegre; por qué os habeis disfrazado así las cuatro? Quién es Raquel, quién es Argina, quién es Inés, quién es Palas?

—Muy sencillo, contestó la dama de Oros, nos hemos disfrazado así porque los hombres amais los naipes. Fuera de esto si eres aficionado á descifrar los símbolos, los enigmas, los geroglíficos, miranos bien.

Parisis fijó sus ojos en las cuatro mujeres, á través de su careta.

—Empiezo á reconocer, dijo, que las cuatro sois muy hermosas.

—Esta es una frase insidiosa, replicó la dama de Oros; debes saber, querido, que nosotras somos de muy buena alcurnia para llevar careta si no fuésemos hermosas. Únicamente las mujeres de la clase media se disfrazan cuando son feas.

—Ya veo que has aprendido humanidades en la universidad de Balzac.

—No he leído mas que un libro: Saint Simon.

—Te alabas demasiado; me quieres hacer creer que tú sabes leer en el libro de las pasiones. Mas porque has elegido el papel de la dama de Oros?

—Porque soy una Inés.

—Sí, una Inés Sorel. Pero dónde está tu rey?

—Por aquí, en los salones, no se donde; sin duda habrá encontrado alguna buena fortuna con algun dominó misterioso.

El señor de Parisis se habia inclinado al oído de la dama de Espadas.

Hé aquí mi dama, dijo, se llama Palas; ha sido conservada por Juana de Arco: representa la sabiduría, la victoria y el sacrificio.

—Cabal, dijo la dama de Espadas: sin duda vos, con la mejor voluntad, me quemaríais viva sobre la hoguera de vuestros amores; no es verdad, señor D. Juan?

—Y yo quién soy? dadme la esplicacion de mi traje, dijo la dama de Copas.

—Tu te llamas Argina, tu eres la reina, tu eres el poder, el despotismo y la tiranía. Quieres encadenarme á tus piés?

—Te conozco: sin duda las cadenas de rosas te parecerán ya pesadas. Pues bien, querido: tu no sabes descifrar los geroglíficos de la edad media. Yo no soy el poder, yo soy mejor que esto: yo represento las mieses; la copa es el alma de la guerra; el poder es la dama de Oros: es la dueña del rey. En Francia, ya lo sabes, el hombre reina y la mujer gobierna.

—Y yo? yo soy el amor si no os parece mal, dijo la dama de Espadas.

La de Palos, interrumpió:

—Nó, tu no eres el amor, tu eres la galantería, puesto que no eres mas que el retrato de Isabel de Baviera.

—Yo no tengo que decir, mas que una palabra, interrumpió la dama de Espadas: soy una dama de corazón.

—Nó, tu eres la dama de varios corazones.

—Y quién representa el amor?

Octavio volvió á coger la mano de la dama de Palos.

—El amor, le dijo con voz dulce, eres tu y yo te amo.

—El amor, respondió ella, soy yo, pero no te amo.

—Habeis dicho esto, señora, como una mujer que nunca ha hablado de amor. Sois adorable hasta en vuestra emocion.

La señorita de la Chestaigneraye no podia contener los latidos de su pecho.

No quiero decir una palabra mas de lo que se dijo de extravagante en el saloncito amarillo.

Octavio de Parisis se divertia mucho en aquel juego.

Aquellas cuatro mujeres le mostraban todas las vanidades del sexo bello, desde las cimas azules del ideal, hasta los abismos de la pasión.

Allí habia la virtud y la voluptuosidad, el candor que se acerca á la orilla del precipicio y la malicia astuta que se burla de todo.

—En la antigüedad, dijo de repente el señor de Parisis, Praxiteles elegia siete mujeres para encontrar la belleza. Si vosotras quereis, señora de Espadas, señora de Oros, señora de Palos y señora de Copas, yo os aceptaré las cuatro para encontrar el amor.

—Esto es, dijo riendo la dama de Oros: formaríamos una armonía perfecta.

—Nunca sereis formal, caballero Octavio, conti-

nuó la dama de Copas. Miradme y sed un hombre de oro, ó mejor dicho de órden. Estais á pique de arruinaros; id con tiento: digan lo que quieran los moralistas, el oro es la dicha.

—No, dijo la dama de Oros, la dicha es el poder.

—Cállate ambiciosa, interrumpió la dama de Espadas: la dicha es la pasión.

Octavio habia escuchado en silencio y se volvió hácia la dama de Palos.

—Y vos, no decis nada?

—Yo no soy tan sábia.

Octavio se inclinó para hablarla al oido.

La jóven se estremeció y se ofendió, porque al hablarle rozaba sus cabellos con sus labios.

Qué le dijo?

Le dijo esto:

—Vos sois la dicha.

Por la primera vez medió un elocuente silencio.

Octavio pudo oír estas frases dichas á media voz por la dama de Copas á la dama de Espadas.

—La provincia triunfa!

—La provincial murmuró Octavio; ignoro á quien aluden.

Y con una mirada profunda intentó, por última vez, penetrar aquel rostro detrás de la careta.

—Así, pues, dijo en voz alta, vosotras me habeis aparecido las cuatro como las cuatro imágenes de la vida:

El oro,

El poder,

La voluptuosidad,

El amor.

Confieso que la casualidad me juega desde hace unos días las mas estrañas partidas. No os hablaré de cierta vision que se me apareció á la media noche; pero hace tres dias yo hablaba con tres de mis amigos:

Del oro,

Del poder,

De la gloria,

Y del amor.

—Es muy sencillo, observó la dama de Oros: son las cuatro virtudes cardinales. No se puede dar un paso sin pisar la cola de su trage.

Y al decir estas palabras la dama de Espadas arrastró sus tres amigas á otras aventuras.

En el dintel del saloncito la dama de Palos se volvió hácia el señor de Parisis y le dijo mostrándole su corazon:

—ESTA ALLÍ.

Octavio se preguntó formalmente si soñaba. Quiso correr hácia ella; pero la máscara se habia evaporado.

—Sí, como la mujer de Barba Azul lavaba su llave. Únicamente son verdaderas las lágrimas de la penitencia...

—Acaso te arrepientes? Quieres arrepentirte conmigo? Ya sabes que el arrepentimiento se verifica siempre en brazos de alguien...

—Tu has leído esto en alguna parte.

—Tal vez... Todo se ha dicho y todo se ha impreso. Pero no se puede tener chispa sin escuchar á tu puerta.

La dama de Espadas se hallaba muy conmovida. Era una mujer romántica; pero aquella era la primera vez que se arriesgaba en los peligros de una conversacion semejante.

—Decid, caballero: por qué me llamáis de *tú* con tanta impertinencia?

—Señora, os hablo como hablaría á Dios: «Oh! Dios mio! tu eres tan bueno que escucharás mi plegaria! Oh! señora! tu eres tan bella que me dirás tu nombre!

Octavio y la dama de Espadas seguían paseando. Los violones preludiaban las primeras notas de un rigodon ruidoso.

—Se va á bailar. Hé ahí un divan que se fastidia. Sentaos.

—Id con tiento. Es el sofá de Crebillon II y revelará vuestros secretos.

La dama de Espadas se sentó en el sofá, ocupándolo todo.

IX.

LA DAMA DE ESPADAS.

Una hora despues, Octavio encontró sola sobre un divan á la dama de Espadas.

—Diógenes buscaba un hombre, le dijo ella, y no lo encontró. Tú buscas una mujer y no la encontrarás.

—No la encontraré aquí.

—Ni aquí ni al fin del mundo.

—Por qué?

—Por dos razones.

—La segunda consiste en que no hay mujeres.

—Para tí.

—Por qué?

—Porque ni tu mano derecha ni tu mano izquierda son dignas de coger...

—Tu cinturón dorado?

—Nó... los lazos de los zapatos de una jóven hermosa con todas las bellezas de la juventud y con todas las bellezas de la virtud.

Parisis miró sus manos.

—Mis manos? dijo; pues me las lavo.

—Y yo? preguntó Octavio.

—Qué pregunta! Cuando subís en coche con la señorita Olimpia y la señorita Cora, dónde os sentais?

—Es cierto.

Octavio no apartó con discreta mano el traje de la dama y casi se sentó en sus rodillas.

—Debí sentarme al otro lado.

—Por qué?

—Porque habia menos puesto.

—Me honrais mucho.

Octavio miró como danzaban las parejas. Era el cuadro más deslumbrador que ha podido soñar Gavarini. El Sol danzaba con la Luna y bailaban de vis á vis con un Manojó de Rosas y con una Escarcha-Blanca.

—No decís nada?

—Pienso en vuestros vaticinios. No encontraré una mujer! Hablasteis por antífrasis: no encontraré una mujer porque encontraré mil.

—Tal vez...

—Una mujer es siempre una mujer.

—No os comprendo.

—Traducción: siempre existe una mujer en una mujer.

É inclinándose tiernamente hácia la dama de Espadas, le dijo al oído acompañando sus frases con un beso:

—Quieres amarme?

—No estaria contenta.

—Soy mas enamorado de lo que parezco.

—No me distraerías.

—Entonces que buscas?

—No busco.

—Tu buscas un hombre.

—Nó, porque no lo encontraria. Si buscase algo buscaria el amor.

—Hé ahí tambien lo que yo ambiciono. Quieres buscarlo conmigo? Oh! si tu supieses lo mucho que amo al amor.

—Tu quieres decir los amores.

—Si tu sabias cuanto te adoro.

—Si: tu adoras, pero no amas.

—Te imaginas acaso que el amor ha encontrado tu domicilio entre las mujeres del gran mundo? El amor es como el diablo: ataca mas á las mujeres perdidas que á las virgenes y á las esposas. Crees que Des Grieux no amaba á Manon con toda la fuerza de que es capaz el hombre, con todas las aspiraciones divinas? Des Grieux era un hombre y Manon una mujer, el hombre y la mujer que nosotros buscamos.

Octavio miró la dama de Espadas.

—Si yo fuese el hombre y si tu fueses la mujer!

El señor de Parisis oyó entonces aquella voz de siempre tan conocida que exclamaba á su oído:

—ESTO NO ESTA AQUÍ!

Miró en torno suyo y no vió mas que un torbellino de máscaras.

—Tu me comparas á Manon Lescaut, dijo la dama de Espadas.

—A Virginia, si quieres, á Beatriz, si lo prefieres, á Margarita, á Mariana, á todas las que han amado. La dama de Espadas no contestó.

—En qué sueñas?

—Sueño en que voy á ser para tí una heroína de novela.

—No lo dudo.

—Los laureles serán mustios: estoy casada.

—Lo sabía. Una jóven soltera no hablaría tan bien y no escucharía mas que á su danzante. Tranquilízate: solo las mujeres casadas (ya estén casadas por la mano derecha ya por la izquierda) pueden ser románticas. Las doncellas de hoy solo son vanidosas. Se rien de todo porque nunca han llorado.

—Yo tambien me rio de todo.

—Escepto de tu corazon.

—No hablemos de los ausentes.

—No hay nada en él?

—No.

—Veamos.

El señor de Parisis colocó suavemente su mano sobre el corazon de la dama de Espadas.

—Este es un corazon con muchos agujeros.

—Ya sabeis que no soy un mapa-mundi y que no me gustan los geógrafos.

La dama de Espadas cogió la mano de Octavio y la separó de su pecho.

—Nos vé alguien? preguntó el jóven con cierta mezcla de sencillez y de audacia.

—Nó; pero me veo á mí propia.

Parisis creyó que se habia engañado al tomar por el atajo. Esto sin embargo, quiso seguir adelante: pero cuanto mas avanzaba mas terreno perdia.

—Si conocieseis mi edad.....

—La conozco. La mujer con careta se hace traicion á cada instante. En vano aprende la diplomacia, en vano cursa el maquiavelismo, en vano adquiere experiencia—este amargo fruto que no vale lo que cuesta—ella lo dice todo queriendo ocultarlo todo.

—Sois tan profundo que no os comprendo.

—Una mujer cual vos, señora, tiene siempre veinte y cinco años.

—Por qué siempre?

—No quiero abusar de las palabras. Teneis veinte y cinco años porque sabeis de memoria la enciclopedia del amor, la ciencia de las coqueterías autorizadas y de las coqueterías permitidas. Teneis veinte y cinco años porque hablais con gran talento y porque defendeis bien el cuadrilátero, sabiendo que se puede pasar por el lado y sorprender Venecia sin inquietarse de Verona. Teneis veinte y cinco años porque habeis puesto en vuestros negocios á Dios y hasta el mismo diablo.

—Es esto todo? Sois acaso nieto de Labruyere?

—Nó, no es esto todo. Necesitaria aun citar un millon de razones.

—Calificais esto de razones!... Y desde cuando, si os place, tengo yo veinte y cinco años?

—Desde hace cinco minutos.

La dama de Espadas respiró.

—Os engañais caballero: tengo veinte y cinco años desde hace cinco.

—No, señora: he visto vuestra garganta, he respirado vuestros cabellos, he sentido vuestro corazón.

Todo iba perfectamente; pero de pronto otra máscara se atravesó en el camino.

—Querida mía: vuestro marido os busca: vos sabreis donde debéis encontrarle.

—Sí, pero despues de cenar, dijo la dama de Espadas.

Y levantándose, añadió:

—Adios caballero: hasta el año que viene.

—Hasta el año que viene!

Octavio siguió por un instante á la dama de Espadas y la dirigió algunas preguntas; pero luego fué arrebatado por el grupo de máscaras de la duquesa.

—A donde vas? le dijo una voz.

Era la dama de Palos.

X.

PÁGINAS DE UNA HISTORIA FAMILIAR.

Octavio cogió la mano de la dama de Palos y la pasó en el brazo con la suavidad de un enamorado.

—Dejad que os desabroche vuestro guante, le dijo: os diré quien sois.

Y Octavio desenvolvió una teoría acerca al aspecto de la mano. Para él, la mano era el blason, era como un escudo parlante.

La dama de Palos tenia el pudor del guante.

—En cuanto á mí, dijo ella, no necesito ver vuestra mano para deciros quien sois.

—Pues bien, hablad de mi á mi mismo: os juro que no os conozco.

La dama de Palos con una gracia esquisita, con un talento de ángel y de demonio, le habló de su familia, de su juventud, de sus aventuras.

Octavio estaba complacido y asustado, bien como si su conciencia se levantara en frente suyo.

Haciendo constar su ánimo, su inteligencia, su nobleza, ella pintó á grandes rasgos todos los Parisis que habian representado un gran papel en el mundo.

—Desde hace cinco minutos.

La dama de Espadas respiró.

—Os engañais caballero: tengo veinte y cinco años desde hace cinco.

—Nó, señora: he visto vuestra garganta, he respirado vuestros cabellos, he sentido vuestro corazón.

Todo iba perfectamente; pero de pronto otra máscara se atravesó en el camino.

—Querida mía: vuestro marido os busca: vos sabreis donde debéis encontrarle.

—Sí, pero despues de cenar, dijo la dama de Espadas.

Y levantándose, añadió:

—Adios caballero: hasta el año que viene.

—Hasta el año que viene!

Octavio siguió por un instante á la dama de Espadas y la dirigió algunas preguntas; pero luego fué arrebatado por el grupo de máscaras de la duquesa.

—A donde vas? le dijo una voz.

Era la dama de Palos.

X.

PÁGINAS DE UNA HISTORIA FAMILIAR.

Octavio cogió la mano de la dama de Palos y la pasó en el brazo con la suavidad de un enamorado.

—Dejad que os desabroche vuestro guante, le dijo: os diré quien sois.

Y Octavio desenvolvió una teoría acerca al aspecto de la mano. Para él, la mano era el blason, era como un escudo parlante.

La dama de Palos tenia el pudor del guante.

—En cuanto á mí, dijo ella, no necesito ver vuestra mano para deciros quien sois.

—Pues bien, hablad de mi á mi mismo: os juro que no os conozco.

La dama de Palos con una gracia esquisita, con un talento de ángel y de demonio, le habló de su familia, de su juventud, de sus aventuras.

Octavio estaba complacido y asustado, bien como si su conciencia se levantara en frente suyo.

Haciendo constar su ánimo, su inteligencia, su nobleza, ella pintó á grandes rasgos todos los Parisis que habian representado un gran papel en el mundo.

Ante tales retratos el jóven se inclinaba con humildad, por mas que fuera orgulloso.

Octavio de Parisis nada tenia que envidiar á los mas ilustres nombres. El suyo se habia ilustrado en las Cruzadas. Un Parisis fué grande almirante, otro fué mariscal de Francia y un tercero fué ministro. Si los Parisis no brillan en la Historia del último siglo, es tal vez por su demasiado orgullo. Refugiados en su castillo, como en un reino, eran demasiado monarcas en sus tierras para hacerse cortesanos. Algunos de entre ellos aparecian sin embargo aquí y allí bajo Luis XV y Luis XVI en las embajadas y en los ejércitos; pero no fueron sino apariciones. Luego que hubieron mostrado su valor y su talento, volvieron á su castillo natal para templarse en la vida de familia, como si no hubieran hecho nada. La familia es como la naturaleza en el orden físico: tiene sus dias de pereza. Las mas hermosas plantas son aquellas que dora el sol despues que han brotado en los barbechos.

La revolución que no era aguardada por los Parisis, vino á romper el árbol secular y á esparcir sus ramas. El hermoso castillo de Parisis, una de las maravillas del Renacimiento en que Juan Goujon habia esculpido cuatro figuras sobre la fachada, dos musas y dos estaciones, fué saqueado y quemado despues del 10 de Agosto; en su admirable parque formado por árboles muy raros, todos los leñadores del país hicieron astillas.

El duque de Parisis que empuñó las armas para

defender los suyos, murió á sablazos y la duquesa se ocultó en Paris con sus hijos, pues Paris era aun el mejor refugio cuando no se podia ganar el Rhin ó el Océano.

La duquesa de Parisis tenia siete hijos y se convirtió en héroe para salvarles y alimentarles. El castillo de Parisis habia sido vendido bajo el pretexto de que habia pertenecido á un emigrado. En vano los amigos de la familia reclamaron diciendo que el duque no se habia ausentado de Francia: el Comisario de la República exclamó: «Como? no era emigrado! acaso no fué al cielo?»

Afortunadamente un herrero del país que era Alcalde del pueblo, un jacobino feroz, que debia su fortuna al duque de Parisis, tuvo un instante de reconocimiento: compró á pública subasta las tierras de Parisis; no tenia con que pagarlas aunque fuesen dadas por dos cuartos; pero segun su espresion no contaba sin la huésped y decia para sí y quizá á su mujer, que esto lo hacia para lo *sucisivo*; que despues de la tormenta volverian á brotar los Parisis y que él les diria con orgullo:

«Amigos míos, los jacobinos no son salteadores de caminos; hé aquí lo que os queda de vuestras riquezas; tomadlas y yo me lavo las manos.»

Y en efecto: las cosas habian pasado de este modo. En los primeros dias del Consulado, la duquesa habia vuelto á habitar una de las alas del castillo que el fuego no habia invadido, feliz como el náufrago que

ha viajado sobre el buque que se estrella y que despues de la borrasca encuentra una tabla.

El abuelo de Octavio era el mayor de los siete hijos: despues de él venian cuatro hijas; los dos niños murieron poco despues de su vuelta al castillo. Cuando se casaron las niñas, fué preciso dividir las tierras de los Parisis con el fin de constituir dotes; esto fué un dolor para la duquesa, pero confió en Dios y en su hijo.

El jóven duque Raoul de Parisis era un chico estudioso, que gracias á su título y á su nombre, debía, segun los sueños de su madre, tentar la fortuna en las altas regiones del poder; ya éste se llamase Borbon ya Bonaparte.

Raoul de Parisis comenzó su carrera bajo este último. Napoleon le hizo entrar en el consejo de Estado de donde le sacó luego para enviarle á Viena con una mision extraordinaria. El duque fué muy pronto embajador; pero su ambicion hubo de estrellarse en Santa Elena. Hubiese podido como otros tantos reaparecer sobre el camino de Gante; pero habia colocado un pié en lo imprevisto. Apasionado por el espíritu aventurero de su siglo, habia visto con pesar, como otro Josué detenia el sol. Aunque conociese que Napoleon no constituía su ideal, le amaba y fué uno de los pocos cortesanos de la desgracia que emprendieron la peregrinacion á Santa Elena; su amor á Napoleon se hizo aun mas vivo y sintió como se habia engrandecido frente á frente de aquel grande infortunio. Escribia á

su madre: «No me he reconocido hombre sino delante de este gran génio caído.» Esto consistia en que Napoleon era aun mas grande sobre el peñasco de Santa Elena que en el balcon de las Tullerías.

Raoul de Parisis viajó por toda la América; en Lima se enamoró de una escocesa, viagera cual él, y prima de Condorcet que se llamaba Fanny O' Connor, á la cual retenia su madre que estaba enferma en la capital del Perú.

Juró en el lecho de agonía de su madre que se casaria con la jóven; pero esta quiso llorar á su madre con un luto de dos años. Como su novia no era rica, la cuestion de dinero preocupó por primera vez á Raoul. Habia encontrado algunos compatriotas suyos, obstinados buscadores de oro, que, despues de la revolucion se habian espatriado y no querian volver á Francia sino con las manos llenas; hacia venticinco años que buscaban y no encontraban sino algunas migajas del pan cotidiano. Pero sabido es, que todo hombre de buena voluntad encuentra un dia ú otro su tesoro.

Raoul de Parisis creyó que sus paisanos debian, por fin encontrar su filon, se asoció á ellos y mandó veinte indios á las Cordilleras. El jóven estaba probablemente dotado de la doble vista, pues seis meses despues un tesoro milagroso enriquecia todo el mundo. Raoul escribió á su madre diciendo que podia dar á los hijos de sus bermanas la parte que á él le tocaba del castillo de Parisis; al mismo tiempo anunciaba su

próximo matrimonio, indicando que tal vez resolvería quedarse en Lima con su mujer que no era aficionada á los viages.

Pasaron dos años. La mina no se había agotado.

Raoul de Parisis había enviado ya tres millones á la compañía de las Indias. Cuando se vió rico, cuando se apagó en él la sed del oro, cuando temió que no tendría hijos, se apoderó de él la nostalgia y se embarcó para Francia, diciendo á su mujer que esto no era mas que un viage. Llegó con su muger y de improviso al castillo de Parisis donde apareció sembrando el oro en torno suyo, como esos príncipes indianos de los cuentos de hadas.

Por mas que debiese perder mucho no volviendo á Lima, se consideró tan feliz en el castillo, al lado de su mujer y de su madre, que no quiso volver al Perú.

Dicese que el Océano transforma las mujeres estériles: Fanny O'Connor, duquesa de Parisis, no tardó mucho en dar á luz á Juan Octavio de Parisis, llamado por otro nombre D. Juan de Parisis, al cual hemos ya presentado.

El duque de Parisis fué muerto en una cacería, cuando solo hacia tres años que disfrutaba de su dicha. Se le llevó moribundo al castillo y besó un crucifijo que le presentó su madre.

—Ah! dijo, mirando con pasión á su jóven esposa que tenia su hijo en sus brazos, para ocultar sus lágrimas: el amor no perdona á los Parisis!

Octavio era de elevada y hermosa estatura, de ros-

tro varonil, lábio burlon, nariz acentuada y espresiva, cabello negro con reflejos de oro y ligeramente rizado; en la profunda mirada de sus ojos azules y en su bien modelada frente se veía errar el pensamiento, ó, mejor dicho, sus sueños. Era mas la cabeza de un escéptico que la de un enamorado; pero la pasión había marcado en ella su sello y no había podido ausentarse de ella. Su aire burlon no estaba en armonía con su alma.

Tenia la desenvoltura de un artista con la dignidad de un diplomático. Bonne le vestia, pero á la moda inglesa.

Héle aquí por su parte visible.

Su espíritu no es tan fácil de pintar ni de ser comprendido.

Era indescifrable como el corazón de una coqueta. Aspiraba á todo y no quería nada. Tenia por todas las mujeres el gusto de los aficionados á los grabados. Adoraba mas la imágen que su esplicacion ó letra. Así no creía en la virtud de sus mujeres y hablaba con fatuidad de las otras en la persuasión de que toda mujer cae un día, á semejanza de una fresa madura, en manos del amante que la cultiva. Tenia mucho talento y era entusiasta del talento, es decir, del talento hablado, pues leía muy poco y jamás escribía.

La naturaleza había hecho mucho mas por él que él no había hecho por ella. Esto sin embargo sus dones se habían aprovechado. Montaba á caballo como

Mackenzia y daba una estocada con la desapiadada gracia de Benvenuto Cellini. Nadaba como una trucha y luchaba á puñetazos con la sonrisa del gladiador. Había fecundado su espíritu con el sentimiento de las artes y el amor de lo desconocido. Su imaginación amaba esto último y su corazón lo imprevisito. Nadie había penetrado mas adelante que él en la historia de las filosofías.

Octavio de Parisis había nacido para todas las fortunas, hasta para las malas. Hermoso por la altiva hermosura que se impone con la severidad de las líneas y la soberbia de la expresión, entró en el mundo con la aureola de las virtudes de la cuna, que gozan de tanto prestigio en los gobiernos democráticos. No por esto era mejor ni peor. Vivía como sus compañeros de colegio, con un pié en la clase media y otro pié en el gran mundo, sin cuidarse de su dignidad mas ó menos caballeresca, ofreciendo á las tres su coche y sus lacayos á la señorita Treinta y seis Virtudes, para ir al Bosque, y volviéndolo á utilizar, por la noche, para ir á casa de una duquesa.

Permanecía en los salones oficiales hasta la media noche; mas pasada esta hora, jugaba en el Club ó cenaba en la Casa de Oro, ó en el Café Inglés, con sus alegres compañeros; alguna vez se le vió bailar el cotillon; mas lo bailó para caricaturizar á los danzantes.

Dotado de un espíritu aventurero, Octavio era amigo de los viages; mas no para ir á Roma, á Ba-

den, á los Pirineos ó á Montmorency como esas buenas gentes del boulevard que esclaman con impertinencia en Agosto: «Qué quereis! me muero por los viages!» Parisis no hablaba de viajar sino para dar la vuelta al mundo, para penetrar en los países inaccesibles, franquear la muralla de la China, fumar un cigarro en Tombouctou y titularse rey en algun rancho indiano.

A los veinte años había ido á Lima para arreglar los negocios de su padre en la ciudad del sol.

Raoul de Pasisis, buscador y encontrador de oro, no había vuelto á Francia sino con la idea de volver al Perú. Había dejado en este país un representante que debía rendir muchas cuentas y que creía que el Océano le dispensaría de enseñar sus libros. Así es que se contentaba, desde mucho tiempo, con enviar al castillo de Parisis la mitad del oro encontrado.

Octavio, viendo que era mucho mas rico de lo que esperaba, no quiso dejar la América sin dar por ella un paseo, enamorándose de aquellos bosques vírgenes, como Chateaubriand, y de aquellos rios gigantes, como Fenimore Cooper. Lo que le gustó, sobre todo, fué el ver aquellas ciudades cosmopolitas del Nuevo Mundo en que el reloj del tiempo anda tres veces mas rápido que en la vieja Europa. En Boston encontró á la Raquel que terminaba su carrera y á la Patti que la empezaba. No se casó con la Patti, pero se podría jurar que no dió su corazón á la Raquel?

Volvió á Francia para ver morir á su madre: este fué su dolor primero.

Qué trajo de la patria de Franklin? mucho oro y mucho amor al oro. Allí fué donde comprendió que un dollar tenia mas talento que un hombre, y que segun la moda americana cien mil dollars valen mas que la virtud de una mujer. El jóven no se apasionó por las leyes, por las artes, ni por las letras de los Estados Unidos. Las mujeres que amó allí fueron francesas y americanas de Paris. Con mil parisienses como Octavio el mundo seria conquistado para la Francia.

De regreso á Paris, encontró al emperador y le habló de su padre, de la peregrinacion á Santa Elena, de Raoul de Parisis y de su deseo por entrar en la carrera diplomática. El emperador, que conocia toda esta historia, presentó á Octavio al marqués de la Vallette. Octavio se graduó de bachiller en diplomacia en los bastidores de la ópera, en casa la señorita Brohan, en los bailes de las Tullerías, en casa las embajadoras y en el bosque de Bolonia. Empezaba á reirse de las sentencias de Maquiavelo y de las ironias de Talleyrand, cuando estalló la guerra de China.

La China es un país tan fabuloso que nosotros, los franceses, tomamos la capital del Celeste Imperio, con un puñado de hombres.

Octavio de Parisis figuraba entre este puñado de héroes.

Hé aquí como: estaba encargado de transmitir despachos al señor de Bourbulon. «Ya que uno de mis

antepasados tomó Jerusalem, se dijo Parisis, yo tomaré Pekin.»

El agregado á la embajada del baron Gros, resolvió tambien ser un héroe en compañía de dos de sus amigos, el señor de Damas y el señor de Grandperrier, al cual una muerte gloriosa dejó allí.

El padre de Octavio habia sido pintado por Gros. Este fué el vínculo de union, el lazo de amistad entre el duque de Parisis y el baron Gros, que contaba por algo en su blason la gloria del pintor de Jaffa.

El ejército anglo-francés no habia querido comenzar la guerra antes de que llegasen los dos embajadores. Los dos generales Montauban y sir Hope-Grant, contenian, no sin esfuerzo, la cólera francesa y el furor británico. Se sabia la victoria en el campo de Tsín-Kou, en la toma de los fuertes de Péi-Ho. Octavio de Parisis quiso lanzarse en la pelea. Estaba en el asalto, al lado del señor de Grandperrier, al cual vió caer á su lado. Vengó á su amigo y vengó tambien al señor de Damas, hiriendo con su espada al general tártaro.

Se partió hácia la conquista de Pekin con dos mil quinientos hombres y cuatro baterias; es decir, uno contra mil. «El gallo de las Galias y las águilas de Francia han proclamado la victoria en todas las capitales, dijo Octavio la mañana misma en que se tomó Pekin: solo falta á la bandera de la Francia una gran capital y á decir verdad, esta es la mas original de todas. Hé aquí una conquista fabulosa: cuatro

hombres y un sargento que hacen caer los muros de la China. Quiero que los futuros Homeros inscriban mi nombre en este nuevo sitio de Troya, defendida por tres millones de combatientes; pero en vez de diez años es necesario que este sitio no dure sino diez días. Adelante!»

Y Octavio partió, espada en mano, á la cabeza de los spabis, en aquellas tierras cultivadas y pobladas con miles de chinos.

Aquello fué un ojeo. El jóven se asustó; pero con- tuvo la muerte. Todo el mundo se portó á maravilla. Mientras que el caballo del señor Bouillé recibia una bala, el caballo de Parisis recibia otra. Al dia siguiente, por la mañana, el señor de Montauban, con Parisis, entraba en el palacio del hijo del Cielo, Octavio penetró con toda la curiosidad de un francés, en la mágica morada de Yuen-Munz-Yuen. En este Versailles chino, el arte francés y las riquezas del verdadero Versailles estaban representadas por tapicerias de los Gobelinos y con retratos de la corte de Luis XV, corte verdaderamente chinesca.

Mientras que los chinos incendiaban y que los ingleses se entretenian en escoger alhajas, los franceses se convertian en chinos. Octavio se llevó dos recuerdos: una jóven china que trajo á Paris y un abanico del tiempo de la Pompadour, que trajo para la primera marquesa que encontró en el barrio de San German.

De los amores de Octavio en Pekin se podria ha-

cer un hermoso *Libro de Jada*: hizo navegar sobre el rio Amarillo á ciertos maridos que hasta entonces solo habian navegado en el rio Azul.

Ya se recordará el ruido que metió con su mujer china, una moneria que no sabia andar; la presentaba en el gran mundo y cantaba duos con ella, adoptando el aire mas formal pues en cuanto á cometer locuras, Octavio era famoso.

Desde su viage á la China se habia prometido una mision en Oriente. Como todos los dias se le veia en las fiestas y las locuras de la sociedad parisiense, nadie tomaba por lo sério su nombramiento de embajador. «Asi es que se le llamaba: el señor *Segregado* de la embajada,» á lo que él respondia:—«No os burleis: únicamente los agregados de embajada hacen su carrera porque la hacen en Paris y no en las vías diplomáticas.» Y añadia riendo: «Si no muero en un duelo ó en algun lecho de rosas, me vereis embajador de Lóndres y gran cruz de la Legion de Honor.—Sobre todo caballero de la Jarretiere, le decian sus amigos.»

Verdad es que tenia todas las condecoraciones excepto la cinta de Monaco, única que se le habia negado. A las grandes ambiciones es necesario dejarlas algun deseo.

Como una gran señora del siglo diez y ocho, madama de Montmorin, la duquesa de Parisis, habia dicho á su hijo: «No te recomiendo mas que una cosa: que te enamores de todas las mujeres.» Octavio queria todas las mujeres segun el deseo de su madre.

Para representar este papel que preserva de los papeles trágicos del amor, es necesario estar siempre sobre el hierro. Pero Octavio era un hombre de acción con frecuencia irresistible por su belleza inteligente, por su hermosura burlona y orgullosa, su esquisito arte de saber decirlo todo á los oídos mas delicados; porque era un hombre apasionado sin pasión, un loco sin locura y sobre todo un sábio sin sabiduría.

Había leído á la Rochefoucoult. Era su breviario. Lo llevaba en los viajes, lo ponía debajo su almohada y creía conocer la vida riéndose de la buena fé del corazón. Creía que había matado á la *bestia* pero el amor es mas fuerte que la Rochefoucoult y el corazón toma crueles revanchas sobre el talento. Cuando se está en la orilla uno se rie siempre de las tempestades; pero cuando se está en el mar se vé que este es profundo.

Toda esta historia la dama de Palos la contó á Octavio, bien como si fuese una hada que le hubiera seguido desde su cuna; ella le habló de su madre con una espresion que conmovió su alma; le habló de la América y de la China como un compañero de viaje.

—Al fin y al cabo, dijo ella, qué tragisteis de América? un puñado de oro! Y de la China? un abanico! No os creais un héroe porque tomasteis á Pekin. Se me olvidaba: habladme de vuestra China, pues todo Paris sabe vuestra historia.

—No hablemos nunca de las mujeres de ayer.

Y como si quisiese comunicar un secreto á la dama de Palos, el jóven besó sus blondos cabellos.

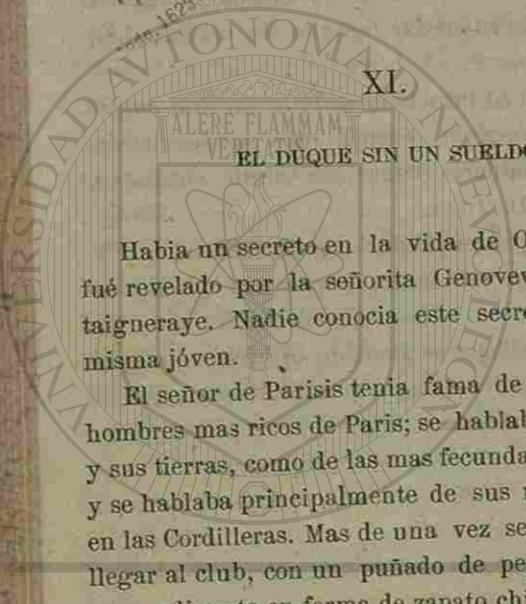
La señorita Genoveva de la Chastaigneraye se levantó llena de rubor é indignada. La máscara quemaba su rostro.

La jóven en su inocencia podía aventurar su juego en aquel juego de cartas; pero si consideraba muy dulce el hablar á Octavio, se sintió ofendida al ser tocada por D. Juan.

Octavio se sorprendió ante aquel movimiento. El pudor tiene una elocuencia que aterra al mas vicioso.

La dama de Palos se alejó en su carta dignidad, sin que el duque de Parisis se atreviese á coger su mano para retenerse.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO MARTÍNEZ"
1225 MONTERREY, MEXICO



XI.

EL DUQUE SIN UN SUELDO.

Habia un secreto en la vida de Octavio, que no fué revelado por la señorita Geneveva de la Chastaigneraye. Nadie conocía este secreto ni aun la misma jóven.

El señor de Parisis tenía fama de ser uno de los hombres mas ricos de Paris; se hablaba de su castillo y sus tierras, como de las mas fecundas de la Francia y se hablaba principalmente de sus minas de plata en las Cordilleras. Mas de una vez se le habia visto llegar al club, con un puñado de pepitas de plata ó con un lingote en forma de zapato chino.

—Cuando pienso, decía con aire desdenoso, que tengo cien indios en las Cordilleras donde no se encuentra sino la plata y que en cambio podria tener cien californios que me encontrarían oro....

Otras veces leia en voz alta algunas líneas de un periódico de provincia donde se elogiaban los rebaños de Parisis, sus campos de lino, sus campos de hortaliza y sus campos de remolacha. Aquella era una tierra modelo.

La fortuna le llegaba por todos los caminos, puesto que ganaba en las carreras, ganaba en el juego, en el club, en Baden, en la Bolsa y en casa de las señoras aficionadas al juego.

Pasaba por generoso y hasta por pródigo. Señalaba una pension al príncipe Azul y no miraba jamás lo que daba á los pobres. Cuando dos ganapanes se batian les pagaba para que se abrazasen. Verdad es que este espectáculo no le costaba muy caro. Renovaba así la historia de uno de sus abuelos, el conde de Grammont, que dió un dia veinte y cuatro libras á dos ladrones que se batian por tener cada uno tres luises por mas que no hubiesen robado mas que cinco.

Todo esto era un juego muy bien jugado, pues la fortuna del duque no era para tanto.

Ocultaba su pobreza con cuatro caballos á la manera con que los ricos ocultan sus millones en dos.

A primera vista esto parecia extraño; pero nada es tan sencillo.

Cuando entró en la diplomacia el jóven recogió un millon en renta del tres por ciento, en acciones del banco y en obligaciones de caminos de hierro. El castillo de Parisis habia sido evaluado en un millon: total dos millones, pero de esto hacia ya dos años. El primer millon duró dos; en cuyo tiempo el jóven tuvo las manos llenas y abiertas: era la providencia de las actrices, de las damas del Lago, de sus amigos; necesitaba mil quinientos francos diarios para vivir

espléndidamente en el primer fuego de la juventud, con su título de duque, su sed de placeres y sus costumbres de hijo pródigo. Pero no era esto todo. El joven no contaba bien y se imaginaba que dos millones constituyen una mina inestinguible; pero todas las minas se agotan, hasta las de las Cordilleras donde los cien indios que trabajaban constantemente para él no hallaban desde algunos años, sino lo bastante para alimentarse.

Cuando Octavio volvió de América le fué preciso pedir prestado hipotecando su castillo. A su vuelta de China no le quedaba mas recurso que el de otra segunda hipoteca; se le prestaron aun trescientos mil francos porque se sabia que en caso de no devolverlos, las tierras de Parisis valdrán un millon.

El Sr. de Parisis jugaba entonces su vida y su fortuna como un hombre que no piensa en el mañana, resuelto á vivir mas tarde segun á Dios pluguiese, ya siendo ministro en Carlsruhe ó en Dresde, ó bien recogiendo las migajas de su patrimonio para plantar coles en su castillo.

Pertenecia á esta nueva generacion que vive unicamente el dia de hoy y que desafía el siguiente.

Esta generacion no es mas sábia que la otra, pero tampoco es mas loca puesto que la vida no es ni una casa de banca ni un granero de abundancia. Un hombre galante no muere jamás de hambre: los que viven ricos para morir pobres son de un talento superior á los que viven pobres para morir ricos, puesto que es-

tos son los ricos verdaderos. Gastar alegremente un Luis es poseerle: retenerlo con una mano avara es perderlo.

A los veinticinco años Octavio de Parisis no tenia ya nada; pero no estaba completamente arruinado. Me explicaré.

No me refiero á algunos puñados de oro que todos los años podian llevarle de Lima, toda vez que la última remesa verificada despues de un silencio de diez y ocho meses, solo habia consistido en algunos miles de pesos; no me refiero á lo que podria sobrarle de la venta del castillo puesto que él queria guardarle costase lo que costase; me refiero á su éxito que era aun un capital. No se puede uno imaginar el número de vividores que viven de su nombre y que son aun ricos cuando no tienen dinero. Porqué todos los ociosos no viven de este modo? Porque es necesario haber sido rico, porque es necesario haber conquistado el prestigio del nombre y de la moda.

Brummel y los otros diletantis del gran mundo han vivido siempre como grandes señores sin que se sepa como. Un hombre de talento decia sin vergüenza: «Es necesario dejar á los imbéciles el privilegio de mantener para los otros una casa, una mujer, un caballo y otras cosas.»

El cazador furtivo coge mas caza que el cazador ordinario? la encuentra menos buena? Greuz decia, Greuz que fué cornudo como Moliere, decia que los hombres á la moda son los cazadores furtivos del ma-

trimonio. No son tambien los cazadores furtivos de la vida?

Octavio de Parisis era un conde de Orsay: vivia sobre su fortuna pasada y sobre su fortuna futura. Llevaba siempre un gran tren pero era el tren de otros. Como tenia cuadras para caballos de regalo y traillas de caza? Porque al jóven marqués de Saint Aïmour le dijo una mañana á su regreso de la China:

- Quieres cabalgar y cazar juntos?
- Sí; pero no tengo dinero dispuesto.
- No importa: arreglaremos cuentas mas tarde.

Y entretanto llegaba este arreglo, Octavio disfrutaba de la mitad de todos los caballos premiados.

Esto era justo y para todo mundo Octavio era naturalmente el que daba brillo á las carreras y el que daba las cacerías.

El sabia perfectamente que algun dia lo pagaria todo. Esperaba que un viage á Lima le sacaria de estas miserias.

Parisis carecia de tren de casa. El dia de su inventario solo se encontraron cuatro volúmenes despachurados que se titulaban *Memorias de Mimi-Bamboche*, el *Diccionario de las Actrices de Paris*, el *Perfecto Escudero* y *La Llave de los Sueños*.

En la cueva de Octavio apenas se hubiesen encontrado cuatrocientas botellas. No se inquietaba por su cocina, puesto que siempre estaba invitado á las comidas oficiales: apenas le quedaba un dia de la semana para dar á las mujeres.

Pero cómo se habia edificado un palacio con el lujo de las esculturas, de los frescos y de los mármoles? Muy sencillo. Habia tenido el buen talento, (pues no era tan desordenado como parecia) de comprar un terreno en la avenida de la Emperatriz, vendido por espropiacion á un precio que representaba la mitad de su valor. Esto se vé todos los dias segun los rumores de próxima guerra ó los siniestros que ocurren en la Bolsa.

Una vez comenzado su palacio, su notario no tardó mucho en proporcionarle un préstamo que le pagó el terreno y la mitad del Palacio. Terminado este, como tenia un gran aspecto, pudo verificar otro préstamo.

Paris es el país de la confianza. El crédito hace milagros.

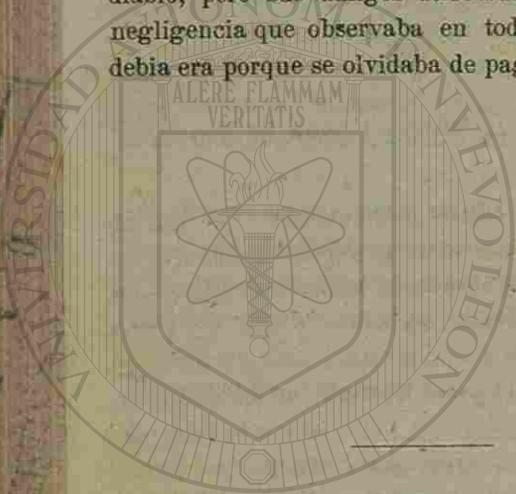
Si en Paris no se trabajase mas que con dinero no se haria gran cosa: con el crédito se remueve el mundo.

Pero cómo se pagaba Octavio el lujo de las mujeres? con ramos de violetas, de lilas y de rosas. Con frecuencia con tarjetas de visita; las mujeres se consideraban muy pagadas con sus tarjetas. El jóven no tenia ningun escrúpulo toda vez que recordaba que él habia aparecido en el gran mundo quemando cerca de un millon en el altar de Venus.

Hacia tres años que el duque de Parisis vivia sin un sueldo, pero sin privarse de nada y continuando siendo uno de los reyes de la gran ciudad. Solo que

no jugaba porque no queria hacer bancarrota en alguna deuda de honor.

Se empezaba á murmurar que debia á Dios y al diablo; pero sus amigos atribuian sus deudas á la negligencia que observaba en todo. Segun ellos, si debia era porque se olvidaba de pagar.



XII.

DONDE OCTAVIO BUSCA SU DAMA DE PALOS.

La mascarada estaba deslumbradora; se habian agotado todos los símbolos: el ángel del amor se codeaba con el de las tinieblas; habia un Asuero, un Sarcófago, un Obelisco, una Noche y una Mil y una Noches; un imbécil se habia disfrazado con un traje especial para fingir que era un sábio. Habia una Tempestad, una Borrasca y una California, á la cual todo el mundo pedia en matrimonio. Habia Increibles, Moros, Velledas, Arrepentimientos, Diablos-Hembras y Muñecas.

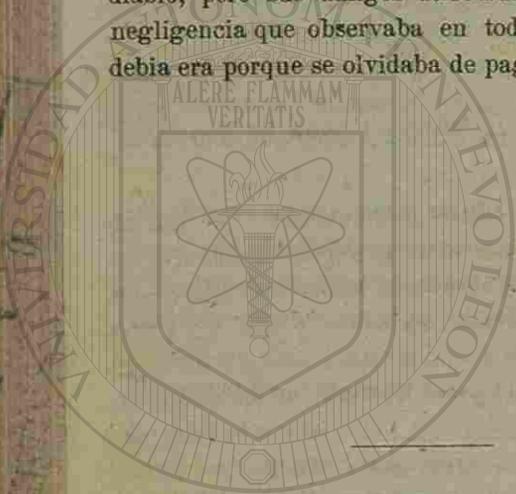
Pero lo que metió ruido en el baile, despues del juego de cartas, fué la entrada triunfal de un cortejo de cochinchinos llevando sobre un palanquin la emperatriz de la China.

Todo el mundo se figuró que era la china del señor de Parisis.

En vano Octavio corrió todo el baile para ver si encontraba sus naipes: las cuatro damas habian desaparecido. En vano preguntó á todo el mundo: ninguna de ellas se habia quitado su máscara. Los que

no jugaba porque no queria hacer bancarrota en alguna deuda de honor.

Se empezaba á murmurar que debia á Dios y al diablo; pero sus amigos atribuian sus deudas á la negligencia que observaba en todo. Segun ellos, si debia era porque se olvidaba de pagar.



XII.

DONDE OCTAVIO BUSCA SU DAMA DE PALOS.

La mascarada estaba deslumbradora; se habian agotado todos los símbolos: el ángel del amor se codeaba con el de las tinieblas; habia un Asuero, un Sarcófago, un Obelisco, una Noche y una Mil y una Noches; un imbécil se habia disfrazado con un traje especial para fingir que era un sábio. Habia una Tempestad, una Borrasca y una California, á la cual todo el mundo pedia en matrimonio. Habia Increibles, Moros, Velledas, Arrepentimientos, Diablos-Hembras y Muñecas.

Pero lo que metió ruido en el baile, despues del juego de cartas, fué la entrada triunfal de un cortejo de cochinchinos llevando sobre un palanquin la emperatriz de la China.

Todo el mundo se figuró que era la china del señor de Parisis.

En vano Octavio corrió todo el baile para ver si encontraba sus naipes: las cuatro damas habian desaparecido. En vano preguntó á todo el mundo: ninguna de ellas se habia quitado su máscara. Los que

habian intentado jugar ó bromear con ellas, habian sido tratados como lacayos: todo el mundo pretendia saber el nombre de aquellas máscaras; pero nadie lo adivinaba. Era la primera vez que las mujeres guardaban bien su secreto. Por mas que hubiesen partido, el baile conservaba (esepto para Octavio) toda su alegría y su fisonomía propia. Encontró á Monjoyeux y hablaron de tonterías como en el baile de la Opera.

Cruzó un dominó azul y Octavio reconoció en ella á una marquesa amiga suya.

—Bella marquesa, le dijo, acaso tu ramillete está relacionado con el color de tus cintas?

La marquesa no contestó.

Octavio dijo:

—Yo esperaba que ibas á contestarme con alguna tontería.

—Nó, porque las hago hacer.

La señora de Pontchartrain pasó disfrazada de Firmamento y se detuvo frente á Octavio.

—Qué tal me encuentras?

—Bella como el día.

—Entonces no me conoces.

—Bella como la noche. Ya ves que te conozco. La señorita de Chantilly pasó disfrazada de Pia.

—Ah! querida mia, le dijo Parisis, porque adoptais este plumaje? Esto no disfraza. Os reconozco á la primera frase.

—Habeis perdido una hermosa ocasion de callaros.

—Y vos, la habeis encontrado.

Una mujer tuvo el talento de disfrazarse con las modas de hoy sin exagerarlas.

—No es cierto, señores filósofos, que mi trage no viste? me visto con tanta facilidad...

—Tú hablas por antifrasis.

La moda del dia levantó su seno sobre la gasa como Vénus sobre la ola.

—Hé aquí un seno que se va á pique.

—Nó, porque aun flota.

—Hé aquí, dijo Parisis, una mujer que ha pasado el puente levadizo del barrio de San German. Mirad sus manos. Vienen de las cruzadas.

—No te parece que en el camino se cruzaron con las de tus abuelos?

—Retírate de mí, Estrella, dijo Monjoyeux á una mujer muy delgada que iba disfrazada de Alga Marina y que le lanzó este epigrama:

—Apartad, señor Martes de carnaval!

—No hay mas que una noche entre nosotros; mas nó la pasaré contigo señora Miércoles de Ceniza.

Apareció el príncipe Azul.

—Qué buscas? preguntó Octavio

—Una mujer perdida.

—Aquí, mi querido amigo, no es fácil encontrarla con señas tan generales.

—Hé aquí á la rúbia señora de... que era tan morena el año pasado; se conoce que ella ha tocado alguna caprichosa luna. Se ha vestido en música de Offenbach.

—Sí, va desarreglada como un papel de música.

Se echaban frases chispeantes á todo el mundo: verdad es que parecían mas bien sueldos de cobre que monedas de oro. No se sacaban del arsenal que había en el palacio de Rambouillet. El fusil de aguja ha desmonetizado estas armas, que son tan corteses que no hieren.

Octavio se levantó para salir.

—Os vais, dijo Miravault, porque habeis empleado mucho corazon en vuestro juego.

—Os engañais, mi buen amigo, dijo Monjoyeux á Miravault: la dama de Espadas no ha clavado ninguna en su alma.

XIII.

LA DAMA DE PALOS Y LA DAMA DE ESPADAS.

Al siguiente dia por la tarde Parisis recibió dos cartas por el correo, como un simple mortal al cual no se le trata de embajador.

Hé aquí la primera:

«Estos bailes, estas fiestas, estos devaneos, no son como el poema de Goethe: todo danzaba en ellos: las ideas y los corazones.

»Reconocisteis á Margarita, oh Fausto?

»En el libro de la vida, como en el libro alemán, no habeis reconocido una señal en la página ESTÁ ALLÍ?

»UNA MARGARITA NO ENCONTRABLE.

»UNA DAMA DE PALOS QUE NO SE QUITARÁ

LA CARETA.»

—Conozco esto, dijo Octavio: el enigma no se traduce facilmente en veinte y cuatro horas. Si es cierto que la noche trae consejo, es sobre todo en punto á mujeres. Mañana Margarita ya menos ofendida por el beso que dió en sus cabellos, cortará aun su pluma para escribir á Fausto.

—Sí, va desarreglada como un papel de música.

Se echaban frases chispeantes á todo el mundo: verdad es que parecían mas bien sueldos de cobre que monedas de oro. No se sacaban del arsenal que había en el palacio de Rambouillet. El fusil de aguja ha desmonetizado estas armas, que son tan corteses que no hieren.

Octavio se levantó para salir.

—Os vais, dijo Miravault, porque habeis empleado mucho corazon en vuestro juego.

—Os engañais, mi buen amigo, dijo Monjoyeux á Miravault: la dama de Espadas no ha clavado ninguna en su alma.

XIII.

LA DAMA DE PALOS Y LA DAMA DE ESPADAS.

Al siguiente dia por la tarde Parisis recibió dos cartas por el correo, como un simple mortal al cual no se le trata de embajador.

Hé aquí la primera:

«Estos bailes, estas fiestas, estos devaneos, no son como el poema de Goethe: todo danzaba en ellos: las ideas y los corazones.

»Reconocisteis á Margarita, oh Fausto?

»En el libro de la vida, como en el libro alemán, no habeis reconocido una señal en la página ESTÁ ALLÍ?

»UNA MARGARITA NO ENCONTRABLE.

»UNA DAMA DE PALOS QUE NO SE QUITARÁ

LA CARETA.»

—Conozco esto, dijo Octavio: el enigma no se traduce facilmente en veinte y cuatro horas. Si es cierto que la noche trae consejo, es sobre todo en punto á mujeres. Mañana Margarita ya menos ofendida por el beso que dió en sus cabellos, cortará aun su pluma para escribir á Fausto.

Octavio respiró la carta y reconoció en ella un vago perfume de violeta. Estaba escrita en papel inglés sin escudos y sin cifra.

Octavio había roto el sello sin examinarlo: recogió el sobre que había caído á sus piés y vió escrita en árabe esta frase que le perseguía desde la noche anterior:—ESTÁ ALLÍ.

—Veamos la segunda carta, se dijo; quizá me explique la primera.

Antes de romper el sello lo examinó y vió en él una corona de condesa; pero se había borrado el escudo.

—Quizá pertenezca á una verdadera condesa, murmuró. Y leyó este sobre:

*Al señor duque O. de Parisis,
Avenida de la Emperatriz.*

La escritura era de carácter inglés trazada sobre papel francés.

La carta decía así:

«Figuraos, caballero y enemigo mio—porque me habeis hecho la corte—que os escribo con un velo en el semblante para ocultarme el rubor á mí misma.

»Oh! Curiosidad!

»Vais á encontrarme tres veces loca: yo quisiera ahora que toda la vida fuese un baile de máscaras.

»Como es posible divertirse con la cara descubierta? Se debe ofrecer tan mal semblante cuando un enamorado os dice: «Os amo!» y se le responde con igual música!

»La desgracia consiste en que las bujías se encuentran ya apagadas y que el baile ha concluido.

»Ireis al de la Corte?

»Os veré pasado mañana en casa la mas espiritual de las embajadoras; pero sucederá como en la Opera, donde la música priva de oír las frases.

»Por lo demás, no obstante vuestra desenvoltura, que es un poco *desenvuelta*, creo que no os atreveréis á meter los piés en aquel ramillete que los redactores de la Crónica llaman *Cesto de flores*.

»Mañana ireis al Bosque: yo os convidó á él para saber como estais de salud. Por orden del médico dareis tres vueltas por las orillas del Lago, empezando por la derecha y concluyendo en la izquierda.

»Yo, por orden de mi corazón, daré la vuelta de izquierda á derecha.

»Pero chist, caballero! Yo creo que levantais mi careta.

»LA DAMA DE ESPADAS.»

—Esto es muy bueno, dijo Octavio; apuesto que ha escrito esta carta cuando se ha levantado á las doce. Es posible que las otras dos cartas lleguen con el otro correo.

Octavio se paseaba en su cuarto.

—Estas, murmuró, son cartas que me dispensan de contestar. Siempre sucede lo mismo.

Octavio se hallaba dotado de gran talento para ser embajador: no hablaba sino á las mujeres y nunca

las escribía. Y sin embargo, nadie cual él sabia escribir una carta. Se hubiera dicho que era un grabador sobre piedras preciosas; tal era la perfeccion con que en sus cartas imprimia el sello de su alcurnia. Sus cartas escritas en irreprochable papel inglés, que se hacia agradable al tacto y á la vista, escitaban la curiosidad de leerlas. Desgraciadamente al abrirlas no se encontraba nada en su interior.

El jóven tenia demasiado talento para gastarlo en cartas. Tenia sin embargo una coleccion de frases de convencion ya hechas. Cuando escribia á su querida lo hacia empleando estas dos frases:

—*Te aguardo!*

O bien:

—*Aguárdame!*

Esto era todo. Ni una palabra mas. No hacia bien? Lo que se ama en una carta es el sello, es la primera frase.

Aguárdame! Hay toda una página en estas letras.

Quieren decir:

«Te amo, voy á llegar, ábreme tus brazos, nuestros corazones palpitan juntos, vamos á disputar un poco. Ya estás avisada; vé con tiento! si encuentro un Arturo ocúltale en el guarda ropas; si debe venir, corta el cordon de la campanilla. Por hoy suprime tu familia y tus acreedores; escribe que no irás á comer á Bongival, puesto que comeremos en Molino Rojo. Habrá callos á la Roqueplain y perdicces á la Nieuwerkerke. Ya recordarás, que pusimos

»nuestro sello á una botella de Romaneé, cuyo sello no es visible mas que para nosotros. Avisa á tu amiga Ana Piés Ligeros, que nos divertirá con sus bestialidades chispeantes. Ya sabes que no me gusta encontrarne solo con los tenedores, las cucharas y los vasos. Cuando como y estoy enamorado necesito de un público. Despues de comer iremos á la ópera, á los Campos Eliseos ó al Conservatorio; iremos al diablo con tal de que seas un ángel.»

Hé aquí ya una página y apenas he comentado estas frases elocuentes: *Aguárdame!* Cuántas otras ideas despierta, cuántos sentimientos, cuántas esperanzas, cuántos recuerdos! Por ejemplo: aun no he hablado del dinero. Pues bien, estas frases *aguárdame ó te aguardo* van siempre doradas, á menos que sean escritas por una querida que pertenezca á otro mundo.

Cuando Octavio de Parisis escribia estas frases á una mujer *comme il faut* era aun mas elocuente, ya que la verdadera elocuencia en la vida está en el amor, en la accion. Y estas dos frases de Octavio recordaban al hombre de accion.

Octavio habia leído y vuelto á leer las dos cartas de la dama de Palos y de la dama de Espadas.

—Bien pensado les daré mi corazon, dijo el mancebo. La dama de Copas y la dama de Oros, están dormidas, y son muy coquetas ó torpes.

Un amigo de Octavio, Monjoyeux, entró cuando pronunciaba esta frase.

—Torpes! dijo tomando una actitud teatral.

—Sí, torpes, no retiro la frase; pero esto no es cuenta tuya, mi querido Monjoyeux.

Y Octavio contó naturalmente sus aventuras nocturnas.

—Comprendo, dijo. Vaya una adquisicion! Como si no tuvieses ya demasiadas mujeres!

—Hombre, por mucho pan nunca mal año.

—Otra vez eres víctima de tus ilusiones. Pero ya te quedarás sorprendido cuando el naipe dé la vuelta. Tu dama de Espadas habrá ya minado el género humano y tu dama de Oros estará picada de viruelas, la dama de Copas tendrá la nariz colorada y tu dama de Palos.....

—Chisti! interrumpió Octavio: sobre ésta ni una sola palabra!

XIV.

LA VUELTA POR EL LAGO.

A las cuatro Octavio montaba á caballo para dar la vuelta al lago por mas que hiciese un tiempo abominable. Desafiaba la brisa, la nieve y el frio.

Habia pocos coches y juzgó que no le seria difícil el reconocer el de la señora que firmaba la dama de Espadas.

El sombrío cielo habia arrojado en su imaginacion tintas grises.

—Monjoyeux quizá tenga razon, pensaba, vá á comenzar el capítulo de las ilusiones perdidas.

Un cochecito arrastrado por dos caballos de lujo desembocó en el lago.

Quizá sea éste, dijo Octavio.

Y se inclinó maquinalmente. Era un saludo ó un movimiento de curiosidad. La señora del coche se mantuvo firme y su cabeza no se movió ni un milímetro.

—Nó: es imposible que sea ella, dijo Octavio que habia reconocido á la condesa de Entraygues.

Su caballo estaba ya á veinte pasos del coche cuando volvió la cabeza.

—Torpes! dijo tomando una actitud teatral.

—Sí, torpes, no retiro la frase; pero esto no es cuenta tuya, mi querido Monjoyeux.

Y Octavio contó naturalmente sus aventuras nocturnas.

—Comprendo, dijo. Vaya una adquisicion! Como si no tuvieses ya demasiadas mujeres!

—Hombre, por mucho pan nunca mal año.

—Otra vez eres víctima de tus ilusiones. Pero ya te quedarás sorprendido cuando el naipe dé la vuelta. Tu dama de Espadas habrá ya minado el género humano y tu dama de Oros estará picada de viruelas, la dama de Copas tendrá la nariz colorada y tu dama de Palos.....

—Chisti! interrumpió Octavio: sobre ésta ni una sola palabra!

XIV.

LA VUELTA POR EL LAGO.

A las cuatro Octavio montaba á caballo para dar la vuelta al lago por mas que hiciese un tiempo abominable. Desafiaba la brisa, la nieve y el frio.

Habia pocos coches y juzgó que no le seria difícil el reconocer el de la señora que firmaba la dama de Espadas.

El sombrío cielo habia arrojado en su imaginacion tintas grises.

—Monjoyeux quizá tenga razon, pensaba, vá á comenzar el capítulo de las ilusiones perdidas.

Un cochecito arrastrado por dos caballos de lujo desembocó en el lago.

Quizá sea éste, dijo Octavio.

Y se inclinó maquinalmente. Era un saludo ó un movimiento de curiosidad. La señora del coche se mantuvo firme y su cabeza no se movió ni un milímetro.

—Nó: es imposible que sea ella, dijo Octavio que habia reconocido á la condesa de Entraygues.

Su caballo estaba ya á veinte pasos del coche cuando volvió la cabeza.

La condesa de Entraygues se hacía traicion: había levantado las cortinillas del coche.

—Será ella, se preguntó Octavio.

Quiso volver las riendas á su caballo; mas prefirió ser discreto; prosiguió su camino jurando que sabría á que atenerse en el segundo encuentro, lo cual no le impidió de lanzar una escrutadora ojeada á los otros coches.

Sa imaginación estaba ya dominada por la señora de Entraygues.

Era una de las mas hermosas mujeres de las fiestas parisienses. Su belleza no era escultural, más en cambio, era una belleza graciosa. Tenia un no sé que en los ojos y en la boca que triunfaba en los hombres con mas seguridad que el juego de las líneas absolutas.

París la había encontrado aquí y allí y en los mas espléndidos salones; pero no con frecuencia. Pasaba la mitad del tiempo en Inglaterra y vivía mucho en su palacio que era un precioso nido situado en la avenida de la Reina Hortensia, por mas que su marido no viviese mucho con ella.

Al segundo encuentro sonrió, y Octavio que era inteligente vió la emoción á través de la sonrisa.

Entonces ya no dudó y espoleó su caballo para dar otra vuelta en el lago, mientras que la señora de Entraygues daba la tercera.

El joven podía simplificar esta táctica, mas quizá hubiese comprometido la condesa. Sin hablar, del

cochero y del lacayo existen siempre en el Bosque, ojos vigilantes, envidiosos y celosos; no me refiero á los ojos del señor de Entraygues, que pasaba su vida en el club, fumando ó jugando cuando no estaba encerrado en la habitación de la señorita Eva.

En el último encuentro, la señora de Entraygues se inclinó por completo sobre la portezuela del carruaje con la coqueteria de una mujer cuya belleza está demasiado oculta detrás de un abanico y que está orgullosa de mostrar su semblante.

Parecía decir:

—Os he atrapado; vos creíais que yo era fea y soy hermosa.

El coche partió al galope hácia la avenida de la Emperatriz.

Octavio se adelantó á él, para volver á ver á la condesa y para que tuviese noticias suyas al entrar en su palacio.

En efecto cuando ella entró en su casa, despues de haber dado una vuelta por los Campos Eliseos, su doncella la entregó una cajita de dulces.

—Quién trajo esto? pregunto la señora de Entraygues.

—Una amiga de la señora condesa, que sin duda habrá sido madrina en un bautizo.

—No vino con carta?

—No señora.

—Quién lo trajo?

—Un negro.

—Es singular, dijo la condesa, mis amigas no tienen negros.

La condesa tuvo como un resentimiento. Luego que se vió sola abrió la caja.

—No hay carta alguna, dijo; me he engañado.

Y cogió un dulce para llevarlo á los labios.

Entonces observó que los dulces no estaban colocados con aquel orden fino y esquisito con que saben colocarlos los confiteros.

Vació la caja en una copa, donde habia tarjetas de visita.

—Un billete! exclamó ruborizada.

Su emocion fué tan viva que miró el billete sin tocarlo.

—Qué divertido es el amor! dijo entre dientes.

La condesa se imaginaba que era ya adorada. Cogió el billete mirando la puerta.

—Me parece, dijo, que va á quemarme los ojos.

Y leyó:

«Puesto que sois tan bella y puesto que os amo, venid á la fiesta nocturna de los patinadores. No tengais miedo de mi amor helado. Fuera de esto ya conocéis el proverbio: «Es mas peligroso deslizarse en el cesped que en el hielo.» Yo seré vuestro para caidas.»

—No iré, dijo la señora de Entraygues.

Y fué.

Os haré gracia de todos los combates que se dis-

putaron su alma. Aquella era su primera aventura. Quería y no quería. Seguía en su fantasía todos los matices de un amor imprevisto y atormentado. Luego se refugiaba con la tranquilidad de la conciencia, en los deberes del matrimonio. Pero debo decir, que la imágen de su marido no la contenía mucho tiempo. Había gastado por él sus primeras aspiraciones románticas y en el último cuarto de la luna de miel, se habia apercebido de que su esposo no era su hombre.

Si no os parece mal, contaremos aquí la historia de este matrimonio.

Ya sabéis que en Inglaterra una jóven miss que no hubiera sido mas ó menos robada por su esposo antes de la bendicion nupcial, se consideraria como la mas desgraciada de las doncellas de la romántica Albion.

Pues bien, las inglesas de Paris han introducido en Francia, las mas bellas tradiciones de Ultramancha.

La señorita Aliza de Charmoy, era hija única y contaba á penas diez y nueve abriles. Habia nacido en Paris, de un padre francés y de una madre inglesa. Habia pasado sus mejores años en Brighton. Su madre, una viuda de Keepsake, habia, de regreso á Paris, obtenido carta de naturaleza en el barrio de San German. Hasta el otoño de 1862, Aliza supo del mundo lo que se aprende en el convento, lo cual es ya mucho. Pero ella guardaba en sus venas sangre de las heroínas de Shaskpeare y de Byron y su espíritu habia errado con frecuencia á los rayos de la luna, bajo los sombríos parques ingleses.

Así, pues, el dia en que por primera vez se vistió el blanco traje de baile, recitó algunos versos de *El Sueño de una Noche de verano*, y juró, ante su espejo, que no se casaria sino despues de haberse hecho robar á semejanza de una heroína.

Seis semanas despues de haber ido al primer baile, Aliza se veía amada por Fernando de Entraigues, auditor en el Consejo de Estado.

La señorita de Charmoy no consideraba este amor

XV.
ALERE FLAMMAM
VERITATIS
POR QUÉ LA SEÑORITA ALIZA DE CHARMOY
SE HIZO ROBAR.

Hacia cinco años que Aliza estaba casada; cinco años de curiosidad y de decepciones.

La señora de Entraygues procuraba distraerse en las fiestas del gran mundo. Se divertía con su belleza, con su abanico, con sus diamantes, con sus trages y con los hombres que la miraban con la boca abierta; pero no imaginaba que algun día ella caería en la boca del lobo.

Cinco años de virtud! era la única estacion que podia hacer en su deber. Acababa de sonar la hora de la primera crisis.

Hé aquí porque habia escrito al duque de Parisis; hé aquí porque fué á la fiesta de los patinadores.

Sucede con frecuencia que un hombre se imagina tener una mujer porque está casado; pero allí donde está la esposa, la mujer está con frecuencia ausente. Su espíritu y su corazon vuelan á otra parte. No hay separacion de cuerpos; mas, lo que es peor, hay separacion de almas.

de un modo desdenoso; pero temblaba á la simple idea de que quizá su amante no la robaria.

Cierto dia, ó mejor dicho, cierta noche en la que se daba un baile en casa Milady Syons, Fernando aprovechó la soledad que reinaba en un saloncito para declarar á Aliza que estaba locamente enamorado.

—Lo sabia antes que vos, caballero, dijo la jóven, pues vos teneis deudas y yo tengo un millon de dote. Pero me amais lo bastante para robarme?

Fernando era un hombre prosaico.

—Robaros, Aliza! para qué? Mi madre ha hablado ya á la vuestra. Yo espero que tanta dicha...

—Pues bien, nó; yo no creeré sino en el amor del que consentirá en robarme, interrumpió la señorita de Charmoy: este es un juramento que hice. Ved si quereis respetarlo.

—Sois una niña; bien se vé que careceis de experiencia.

—Si vos no sois mas que un hombre vulgar, ca-saos con una normanda. En cuanto á mí, yo seré de aquel que me robe.

—Es necesario fletar un navío ó alquilar un coche?

Cualquier medio es bueno.

Se convino en que al dia siguiente, á las doce de la noche, el héroe de novela se encontraria bajo las ventanas de Aliza; la jóven debía bajar por la escalera, toda vez que el bajar por la ventana no es admitido

en una época que se han inventado los mecheros de gas y los municipales.

Fernando de Entraigues lo hizo todo á pedir de boca y alquiló un coche arrastrado por dos caballos de posta con cascabeles.

Ocurrió todo segun estaba ya premeditado: Aliza bajó la escalera palpitando su corazon y no encontró ningun obstáculo; el portero abrió la puerta antes de que ella se lo exigiera. En el coche se lanzó llorosa en brazos de Fernando.

—Estoy asustada con mi dicha, dijo Aliza.

—Todo nos protege, replicó el novio; ved cuan bello es el cielo y que hermosa es la luna!

Y siguieron así al galope de los caballos, al rumor de los cascabeles y de sus frases llenas de pasión y de ternura. Se ignora si los ruiseñores cantaban.

En el primer relevo, en Ville de Avray, Fernando propuso á Aliza que se detuvieran en un pabellon donde estarian como en su casa y donde podria tomar algo aunque no fuese mas que una ala de perdiz. Por romántica que fuese Aliza, tenia ganas de comer algo y de dormir en un lecho mas cómodo que la silla de posta.

Los caballos estaban parados cerca la reja de un parque.

—Están como en las leyendas, dijo la doncella: hay luz en el castillo.

—Es la lumbre de la cocina. Envié un telegrama para que la cena estuviese dispuesta.

Aliza cruzó el parque.

—Que soledad tan admirable! me siento embalsamada por el perfume de las lilas.

Subió el vestibulo y se encontró sin ir mas léjos en un comedor donde habia dos cubiertos.

La cena iba á servirse.

—Esto es un cuento de hadas.

—No sois vos la mágica?

La cena continuó en esta forma. La señorita de Charmoy estaba loca de contento.

—Que noche tan preciosa, decia ella abriendo una ventana. Ved, Fernando, como la luna baña con sus luces y claridades los árboles del parque. Quereis ir allí bajo los naranjos?

—Iré con voz al fin del mundo! respondió Fernando, abriendo la puerta.

En el vestibulo encontraron una señora.

—Llegó demasiado tarde para cenar, dijo esta entrando.

Aliza soltó un grito y ocultó la cabeza entre sus manos.

—Hija mia, yo te perdono!

Aliza se echó en brazos de su madre.

—Como estabais aqui? le dijo la doncella.

Y volviéndose hácia Fernando de Entraigues que se reia á hurtadillas, añadió:—Esto es una traición, caballero: vos lo habiais dicho todo á mi madre.

—Pero en fin, mi hermosa Aliza, no habeis sido robada?

—Muy poco y muy mal. No os lo perdonaré jamás. Ya tendré ocasion de vengarme.

Aliza comprendió que debia casarse, pero al dar su mano se reservó su corazon.

Por mas que hizo el Sr. de Entraigues no fué amado de Aliza. El habia cerrado su novela y otro debía abrirla.

Octavio de Parisis no era hombre para avisar á una madre ni á un marido. Decia (pues él tenia sus máximas como la Rochefoucault) que una mujer que quiere darse pertenece por derecho de conquista á aquel que la toma.

Hé de decir en obsequio á la virtud de la señora de Entraigues que ella estaba casada desde hacia cinco años y que habia necesitado nada menos que de la grande elocuencia de D. Juan, para meterse en el camino de las locuras románticas.

Debo añadir, tambien, que su marido se portaba mal con ella pues tenia una querida y jugaba.

Creia demasiado en si mismo y en su mujer para no perderla.

XVI.

SOBRE EL HIELO.

Quién no recuerda las fiestas nocturnas que Paris ha dado sobre el hielo?

La noche en que se encontraron el duque de Paris y la condesa de Entraigues, el bosque de Bolonia se encontraba en todo su invernal esplendor.

Parisis no fué el último en acudir allí y mandó enganchar dos caballos enanos, dos maravillas.

Los lagos estaban ya cubiertos de trineos y patinadores; pero aquello no era el verdadero teatro. La fiesta se daba en el lago reservado.

Nunca se había iluminado tan bien la nieve y el hielo. Aquello parecía mágico.

Los hombres y mujeres del gran mundo llegaban allí alegres y risueños: en aquel carnaval de la nieve había algo del carnaval de Venecia.

Paris es en todo la síntesis del mundo conocido. Aquí está la zona tórrida con sus flores brillantes y sus árboles que emplean cien años en florecer; allí la zona fría con sus nieves, sus bosques empolvados y sus placeres de invierno.

No hace mucho tiempo, el invierno parisiense era tan solo un invierno francés. Para convertirle en invierno del Norte se ha creado el Bosque de Bolonia y sus lagos.

Si en verano el Bosque de Bolonia es hermoso con sus grandes macisos, sus perspectivas luminosas, sus árboles caprichosos y sus enarenados caminos llenos de coches y paseantes, en invierno, gracias á la nieve, es también hermosísimo.

Durante esta estacion parece que teneis el derecho de creer en Noruega.

Las copas de los árboles se perfilan sobre aquella sábana blanca que deslumbra encorvando su frente bajo el peso de sus niveos penachos; en las sendas apartadas cubiertas por una capa de nieve virgen de toda huella, podeis ver aquí y allí el furtivo rastro de un conejo estraviado.

Reina en el bosque el mas profundo silencio: os creierais transportado en algun desierto, en una de esas blancas soledades donde no se oye mas que el crujir lejano de la nieve helada y el viento que llora en el torrente de las avalanchas.

Aquello fué un espectáculo y una fiesta. El duque de Paris y el conde Olimpio Aguado fueron los mas notables por la elegancia y la riqueza de su atalage.

En aquella nocturna cabalgata se distinguió también el duque de Aquila, la condesa Waleuska y el conde Waleuski, el duque y la duquesa de Persigny y el príncipe Napoleon en su carro pompeyano

Todos los grandes nombres de la moda y todas las bellezas célebres asistían á aquella diversion de invierno y formaban parte de la mascarada. Los grandes financieros estaban allí, ellos que no consagran mas que pocos instantes á la vida del placer y que no conocen obstáculos en su camino. Los trineos dorados con la cabeza de cisne, los carros antiguos, las carretas bajas, el largo patin de los Lamoyodes, el patin corto y encorvado de los holandeses y hasta la plancha de los montañeses de la Islandia, todo estaba allí corriendo, volando, describiendo curvas gigantescas, cruzando, huyendo, buscándose y habitándose. Era la fiebre del frio en la fiebre del amor.

Al concluir la fiesta un curioso hubiese podido oír esta conversacion entre un patinador y una patinadora, los cuales parecia que no se conocian desde mucho tiempo pero que deseaban conocerse.

—Os juro, señora, que es un hermoso paseo el venirse á mi casa entrando por la puertecita del jardin. La cerradura es una alhaja. Mirad aquí está la llave.

El patinador hizo brillar á los ojos de la patinadora una llave de plata esquisitamente trabajada.

—Qué monería!

—Al entrar no se encuentran flores, si no es alguna que otra colgando de los arbustos. Pero una vez en el jardin se encuentra luego el invernadero, donde se es recibido por cien camelias y otras flores de riquísimo perfume. Estas son mis centinelas. Despues del invernadero se encuentra una puerta que tambien

abre esta llave. Luego sigue una escalera secreta que os guiará en espirales á una pequeña biblioteca donde yo trabajo cuando espero á alguien, á menos que yo no vaya á aguardarle en el mismo invernadero. Conoceis un camino mas fácil que este?

—Sí, caballero, el que guia á mi casa.

—Está bien, pero ya sabeis que nada hay tan enojoso como el cruzar siempre por el mismo camino. Por lo demás, solo os pido una gracia y es que guardéis mi llave.

—Enhorabuena, pero creo que aun guardais otra que la dareis mañana, sin perjuicio de la que habreis dado ayer. Se os conoce perfectamente.

—Os juro que nunca doy dos llaves á un mismo tiempo.

—Ved que nos miran.

—Adios señora.

El patinador, apretando la mano de la patinadora, dejó en aquella la llavecita de plata.

La señora quiso devolvérsela, pero él habia dado ya una vuelta sobre el hielo y con la encantadora gracia de los holandeses gravaba una A y una O entrelazadas sobre el hielo.

Nunca esta cifra habia sido tan bien trazada; se hubiese dicho que el patinador habia estudiado las letras de adorno de la edad media.

El señor de Parisis encontró aun sobre el hielo á la señora de Entraigues.

—Qué bien escribis! le dijo esta.

—Solo escribo bien vuestro nombre. Cuanto os amo, Aliza!

—Sobre el hielo sí; pero cuando llegue el deshielo vuestro amor caerá en el agua. Sabeis que he perdido vuestra llave? Pero, tranquilizaos: ha sido recogida por una mano blanca que os la traerá pasando por la puertecita.

—Voy á daros otra.

—Sois cerragero, como Luis XVI? Sabeis que sois un hombre peligroso! Violais las cerraduras y los corazones. Adios.

—Adios, yo os adoro!

Y Octavio dió expansion á su alma, fijando en la dama su postrer mirada.

—No es cierto que haya perdido la llave, se dijo: la mano blanca es la suya; vendrá mañana.

XVII.

LA ESCALERA DE ONYX.

Al siguiente dia á la hora del Bosque (pues el Bosque tiene sus horas como las mujeres, y en el mes de febrero no recibe sino entre cuatro y seis de la tarde) la señora de Entraigues se vistió de negro, se echó un velo al rostro, como si fuese una viuda y subió á un coche examinando su portamonedas.

Pensaba en hacer alguna buena obra? iba á llamar á la puerta de alguna miseria oculta?

No es necesario canonizarla tan pronto. En el portamonedas habia tan solo tres ó cuatro piezas de cien sueldos y algunas otras que se dan como una limosna.

Pero tambien habia una llavecita de plata.

La condesa hizo detener el carruaje en la avenida de la Emperatriz, frente al palacio de la célebre señora***, que recibia en aquel dia.

Por qué no entró en su casa? Se habia equivocado de puerta.

En cualquier otro dia la condesa hubiese podido temer á los curiosos; pero en aquel la nieve caia en

—Solo escribo bien vuestro nombre. Cuanto os amo, Aliza!

—Sobre el hielo sí; pero cuando llegue el deshielo vuestro amor caerá en el agua. Sabeis que he perdido vuestra llave? Pero, tranquilizaos: ha sido recogida por una mano blanca que os la traerá pasando por la puertecita.

—Voy á daros otra.

—Sois cerragero, como Luis XVI? Sabeis que sois un hombre peligroso! Violais las cerraduras y los corazones. Adios.

—Adios, yo os adoro!

Y Octavio dió expansion á su alma, fijando en la dama su postrer mirada.

—No es cierto que haya perdido la llave, se dijo: la mano blanca es la suya; vendrá mañana.

XVII.

LA ESCALERA DE ONYX.

Al siguiente dia á la hora del Bosque (pues el Bosque tiene sus horas como las mujeres, y en el mes de febrero no recibe sino entre cuatro y seis de la tarde) la señora de Entraigues se vistió de negro, se echó un velo al rostro, como si fuese una viuda y subió á un coche examinando su portamonedas.

Pensaba en hacer alguna buena obra? iba á llamar á la puerta de alguna miseria oculta?

No es necesario canonizarla tan pronto. En el portamonedas habia tan solo tres ó cuatro piezas de cien sueldos y algunas otras que se dan como una limosna.

Pero tambien habia una llavecita de plata.

La condesa hizo detener el carruaje en la avenida de la Emperatriz, frente al palacio de la célebre señora***, que recibia en aquel dia.

Por qué no entró en su casa? Se habia equivocado de puerta.

En cualquier otro dia la condesa hubiese podido temer á los curiosos; pero en aquel la nieve caia en

grandes copos y los curiosos no asomaban su cabeza en puertas ni ventanas.

Por mas que no hubiese estudiado mucho la geografía, conocia perfectamente la fachada del palacio del señor de Parisis, y por consiguiente no preguntó su camino á nadie para dar una vuelta al rededor del jardin. Esto fué tanto mas acertado cuánto no encontró á nadie en las calles vecinas.

La condesa adivinó la puerta.

—Veamos, dijo si me he engañado.

Cogió la llave y la metió en la cerradura. Ajustaba perfectamente.

Creéis, tal vez, que abrió la puerta?

Nó: retiró la llave y siguió paseando.

Jamás se tiene bastante valor al dar el primer golpe.

Sin embargo, el tiempo no era muy á propósito para seguir indecisa: es necesario que una puerta esté cerrada ó abierta. En la vida siempre se teme abrir ó cerrar una puerta. Abrir una puerta! Qué se encontrará tras de ella? No abrirla! y si os cerraba la dicha?

Para Aliza aquella puerta era la del paraíso y del infierno. La del paraíso es decir, un enamorado que os aguarda. El infierno, es decir, un amante que os aguarda.

Dante hizo bien en ser terrible, pues pintó en el infierno á todos los que se emparedaron en sus pasiones.

La señora de Entraigues volvió á colocar la llave en la cerradura y la dió una vuelta rápida. Era una puerta dócil que no hacia jamás ninguna mueca para abrirse.

Ni para cerrarse tampoco.

Nadie había pasado por allí desde hacia un dia ó quizá dos. La nieve estaba inmaculada como la del Monte Blanco. No se veían en ella mas que algunos geroglíficos impresos por las patas de los mirlos.

Poco le faltó para que Aliza dejase la llave en la cerradura; tan turbada estaba. La jóven imprimió, tambien, sus piecitos en la nieve que era como una página blanca donde escribia su acusacion. Pero ella no veía aun el tribunal. Su piecito metido en una botina que era aun mas pequeña, se dibujaba en líneas que no podían ser mas graciosas.

Un imbécil hubiese preparado el camino; pero Octavio se guardó mucho de quitar la nieve.

Aliza reconoció el invernadero; la puerta se hallaba entreabierta como por descuido. Una vez hubo franqueado el dintel, la jóven respiró y como si las camelias hubiesen florecido en su obsequio, murmuró sonriendo:

—Oh! que hermosas camelias!

Las mujeres se imaginan fácilmente que todo lo que florece y todo lo que canta es una hossanna dirigido á su belleza.

Después de este primer sentimiento de entusiasmo que procuró reprimir, la jóven se dijo:

—No está aquí! Por ventura se imagina que voy á subir su escalera mas ó menos secreta?

Aunque romántica Aliza era burlona. Esto la dió valor.

—Después de todo, dijo, por haber cruzado, este invernadero no se me tendrá por una dama de las Camelias.

Reflexionó que Parisís no la aguardaba, pues aquella era la hora convenida. Pareciale que él tambien podia haber cruzado el invernadero para ir á su encuentro.

—Es necesario tomar un partido, se dijo. Se han suprimido los torneos: existen aun enamorados, pero no se encuentran ya paladines.

A semejanza de la puerta del invernadero la puerta de la escalera permanecia entreabierta.

La jóven impulsó esta puerta apoyando en ella su manguito.

—Esta escalera es una alhaja, exclamó de pronto.

Y era una alhaja, en efecto, una alhaja de onyx; la espiral constituia en una maravilla arquitectónica, bien como la escalera del castillo de Anet; era una copia en miniatura de la escalera del palacio Paiva.

—No subiré, dijo.

Y subió el primer peldaño.

Ascendió el segundo porque habia salvado el primero y pisó el tercero volviéndose hácia atrás y con intencion de bajar siempre.

Pero que bien ondeaba la cola de su trage en aquella escalera de onyx.

Se habia de detener en la mitad del camino? su corazon latia con fuerza; la emocion la rendia. Ella que era valiente, aunque perezosa, que tenia la pierna de Diana y que hubiera valzado sin descansar toda una noche, ella se tuvo que apoyar en la balaustrada para no caerse.

Entonces apareció Octavio.

—Ah! sois vos! exclamó el jóven.

Y se precipitó para coger su mano.

—Sí, soy yo, dijo ella con voz ahogada.

Octavio se encontraba delante de la condesa á la cual cogió en sus brazos y besó en los cabellos.

—Ah! dijo ella, no me creí capaz de llegar hasta aquí; pero no iré mas léjos.

—No os comprendo.

—Tampoco me comprendia á mi misma; pero ahora sí. Existen en mí dos mugeres: la que sueña y la que habla, la loca y la cuerda. Basta ya de soñar; en mí, la accion no sigue á la palabra; adios.

Octavio cogió violentamente á la señorita de Entraigues y la quiso arrastrar hácia sí.

—Yo os amo, Aliza.

—Y que prueba esto? prueba que yo he venido á vuestra casa, prueba que yo os amo; pero nada mas.

Después lanzó un suspiro añadiendo:

—Esto es ya demasiado.

Y reuniendo todas sus fuerzas se emancipó á los brazos de Octavio y huyó.

Este la alcanzó en el invernadero.

—Pero Aliza, porque este juego propio tan solo de las coquetas si vos me amais?

Y la volvió á coger en sus brazos. Era necesario venerla. La jóven palideció é inclinó su cabeza como una victima resignada.

—Apíadaos de mí, amigo mio! siento que me muero!.

—Os llevaré arriba y respirareis sales.

La señora de Entraigues habia vuelto en sí.

—No, dijo ella, prefiero respirar el aire libre: arriba no teneis mas que el vinagre de los cuatro ladrones.

Y se echó á reir.

—Reís? entonces estais desarmada.

La condesa levantó sus ojos hácia Octavio.

—Río? preguntó ella; y le mostró dos lágrimas.

El jóven las cogió en sus lábios y se sintió conmovido en aquel juego.

La señora de Entraigues no estaba aun en la puerta. La lucha volvió á empezar. Octavio estaba hermosísimo, pero ella sentia miedo. Su alma arrastraba su cuerpo léjos de las tentaciones; parecíale que una vez fuera del jardín hallaria esa tranquilidad del alma que está mas cercana de la alegría que las fiebres de la pasion.

—No, dijo ella de repente.

Esta vez acababa de romper todos los lazos que aun

la retenian. Octavio comprendió que su papel de seductor habia concluido; conocia demasiado las mugeres para no saber que una vez en su casa la condesa sentiria no haber permanecido algun tiempo mas en sus habitaciones. Confió, pues, en el día siguiente.

—Entonces, dijo con tristeza, quereis que no seamos amigos? Yo que habia jurado que ninguna muger volveria á cruzar esta puerta sin ser mia! Esto hirió el corazon de Aliza, pero ocultó el daño que le ocasionaba el mancebo.

—Olvidaba el devolveros la llave, dijo, tratando de sonreir. Me consta que son muchas las llamadas y pocas las elegidas. Siento el haber impedido á alguna otra dama el venir á esta puertecita; pero vendrá otro día, pues no parece sino que para venir á vuestra casa se tiene que hacer cola.

—Qué calumnia! nunca estoy en mis habitaciones.

—Lo comprendo, porque estais en las de las otras. Es igual: coged vuestra llave y colocadla en mejores manos.

Parisis volvió á suplicar y dijo:

—Hacedme un obsequio, guardad esta llave. Mañana, dentro un año, siempre, me hareis el hombre mas feliz del mundo si subís la escalera.

—Pues bien, la guardaré; vendré de aquí á un año, otro día que esté nevando; hoy he subido tres peldaños; reuniré mi valor para que otro día pueda salvar seis.

—Os aguardo, y en este dia yo no será tan cándido

para humillarme ante vuestra virtud, bien como si el amor pudiese tener piedad de las blancas tónicas.

—Obrareis como hombre hidalgo, señor de Parisis; contra la debilidad no existe la fuerza. Las violencias donjuanescas me dan compasion; no se toma á una mujer sino cuando se dá. Os amo, pero me guardo. Adios.

La señora de Entraygues huyó, aunque guardando la llave.

El jóven se quedó paseando por encima de la nieve.

—No estoy contento de mí mismo, dijo; hé aquí una batalla perdida.

Entró en el invernadero y saludó filosóficamente sus camelias.

—Vanidad de vanidades! prosiguió. A qué viene este insaciable deseo de conquistar mujeres, como los ambiciosos conquistan ciudades?

Bien es verdad que yo no amo en la señora de Entraygues mas que su belleza y que no quiero embarcarme en una pasion violenta. Ah! si hubiera sido la dama de Palos!

Su imaginacion se habia fijado por completo en esta mujer que solo habia entrevisto.

—Pero la dama de Palos, se dijo, no vendrá hasta la puertecita del jardin. La lis que sostiene con tanto orgullo su mano, quedaria mústia al atravesar el invernadero de las Camelias.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Ciudad de Monterrey, México

XVIII.

VIOLETA.

No por esto Parisis dejó de continuar en su vida de aventuras. No era hombre para perder tiempo en la realizacion de sus sueños; cada día era para él como una hoja blanca que era indispensable llenar con una página de historia mas ó menos romántica. Hay hombres que solo viven por la cabeza, otros por el estómago, estos por el espíritu, aquellos por el corazon. Octavio vivia por el espíritu del corazon.

Ni la fortuna, ni la ambicion, ni la fama, tenian para él prestigio alguno: solo se distraia con las aventuras amorosas. Decia que lo que existe de mas desconocido es la mujer y se indignaba del filósofo que habia dicho: «Todas las mujeres son iguales» Para él toda mujer, cualquiera que esta fuese, era un mundo nuevo digno de ser descubierto. Y cuando habia representado el papel de Cristóbal Colon, representaba el de Americo Vespucio.

Octavio cruzaba por la calle de San Jacinto con su amigo Rameé. Volvian de ver á uno de sus compañeros que habia permanecido fiel al país latino hasta

para humillarme ante vuestra virtud, bien como si el amor pudiese tener piedad de las blancas tónicas.

—Obrareis como hombre hidalgo, señor de Parisis; contra la debilidad no existe la fuerza. Las violencias donjuanescas me dan compasion; no se toma á una mujer sino cuando se dá. Os amo, pero me guardo. Adios.

La señora de Entraygues huyó, aunque guardando la llave.

El jóven se quedó paseando por encima de la nieve.

—No estoy contento de mí mismo, dijo; hé aquí una batalla perdida.

Entró en el invernadero y saludó filosóficamente sus camelias.

—Vanidad de vanidades! prosiguió. A qué viene este insaciable deseo de conquistar mujeres, como los ambiciosos conquistan ciudades?

Bien es verdad que yo no amo en la señora de Entraygues mas que su belleza y que no quiero embarcarme en una pasion violenta. Ah! si hubiera sido la dama de Palos!

Su imaginacion se habia fijado por completo en esta mujer que solo habia entrevisto.

—Pero la dama de Palos, se dijo, no vendrá hasta la puertecita del jardin. La lis que sostiene con tanto orgullo su mano, quedaria mústia al atravesar el invernadero de las Camelias.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1920. 1625 MONTERREY, MEXICO

XVIII.

VIOLETA.

No por esto Parisis dejó de continuar en su vida de aventuras. No era hombre para perder tiempo en la realizacion de sus sueños; cada día era para él como una hoja blanca que era indispensable llenar con una página de historia mas ó menos romántica. Hay hombres que solo viven por la cabeza, otros por el estómago, estos por el espíritu, aquellos por el corazon. Octavio vivia por el espíritu del corazon.

Ñi la fortuna, ni la ambicion, ni la fama, tenian para él prestigio alguno: solo se distraia con las aventuras amorosas. Decia que lo que existe de mas desconocido es la mujer y se indignaba del filósofo que habia dicho: «Todas las mujeres son iguales» Para él toda mujer, cualquiera que esta fuese, era un mundo nuevo digno de ser descubierto. Y cuando habia representado el papel de Cristóbal Colon, representaba el de Americo Vespucio.

Octavio cruzaba por la calle de San Jacinto con su amigo Rameé. Volvian de ver á uno de sus compañeros que habia permanecido fiel al país latino hasta

después de su doctorado. El casi embajador y el pintor neo-griego iban cogidos del brazo fumando su cigarro y Octavio se reía de la simplicidad del estudiante que estudia.

—No es tan simple, dijo Reameé, día llegará en que nos anuncie fácilmente que ha tomado el camino mas corto. El estudio tiene mucho bueno cuando se es jóven; sin contar que Jorge ha tenido sus horas de distraccion Vámonos á cruzar el Luxemburgo que está esmaltado con jóvenes hermosas que no cuesta muy caro el vestir las.

—No hablemos por antífrasis, dijo Octavio. Las niñas en cuestion han pasado ya el agua: en el país latino no hay mas que las sombras de Rosina, de Móni-Pinson y de Musette.

—No sabes lo que te dices. Aquí es donde ellas brotan: no van á deshojarse en la orilla derecha sino después de haber florido en la orilla izquierda. Mira: aquí viene una.

Una jóven que solo contaba diez y nueve años, de una belleza púdica, de una palidez de mármol, acababa de salir de la estrecha y sombría puerta de una vieja casa de la calle de San Jacinto.

Un traje de color oscuro que apenas se hallaba atado de su cintura, un ligero pañuelo atado sobre el corsé, el cual solo dejaba entrever algunas líneas indecisas, un pequeño gorro que encerraba una cabellera negra y brillante, zapatos como chinelas: he aquí en que traje se apareció la niña ante los dos amigos.

A Octavio le llamó la atención la expresión de candor sonriente que embellecía aun á esta jóven. Se veía, desde luego, que solo había amado á su madre, que ningún recuerdo de amor culpable había inquietado su alma; quizá había soñado en las pasiones de este mundo, pero como el viagero que se pasea en la orilla y que vé desde lejos como el buque es víctima de la borrasca.

Al principio no vió ni á Parisis ni á Rameé: Entregada á su dolor, pues tenía lágrimas en sus ojos, la niña andaba lentamente como si no supiese donde iba.

Octavio, al verla con los ojos bajos, la dijo con cierto aturdimiento:

—Habeis perdido algo, señorita?

La niña levantó dulcemente sus hermosos ojos anegados en lágrimas y respondió con sencillez:

—He perdido mi madre, caballero.

A esta sola frase el duque de Parisis, que al principio creyó que le caía una buena fortuna, se sintió profundamente conmovido.

—Perdonad, señorita, dijo.

La jóven siguió su camino, pero Octavio volvió á alcanzarla y la preguntó donde iba.

—Donde voy! lo ignoro, puesto que no tengo ni casa ni familia; mas por qué me habláis si no seguimos el mismo camino?

El compañero de Octavio le alcanzó á su vez para decirle:

—Sabes que eres ya muy romántico? Los tran-

seúntes se divierten con el espectáculo que ofrecéis. Vámonos.

—Vete, si quieres; en cuanto á mí tengo un cuarto de hora de caridad, y me curo poco de si me ofrezco ó no en espectáculo.

—Sería peor si me marchase. Semejante duo en esta calle!

La jóven seguía andando.

—Señorita, continuó Octavio: sentiria muchísimo el importunaros; pero no se dirá que os he visto llorar sin consolaros.

—Ya no lloro, caballero.

—Permitidme que sea vuestro hermano, aunque no sea mas que por cinco minutos.

—Mi hermano? exclamó la jóven mirando por primera vez á Octavio: no os parecéis á él en nada.

—Tambien le perdisteis?

—Sí, caballero: si hubiese vuelto de Méjico yo no me encontraría así, pues mi madre ha muerto de dolor. Pobre mujer! no tenia con que vestir el luto de su hijo, y en cuanto á mí, mi mayor pesar consiste en no poder llevar el luto de mi madre.

—Pues bien, permitid que os compre un vestido.

Y volviéndose hácia su amigo, Parisis dijo:

—Hé aquí lo que me haria perdonar el haber comprado tan ricos trages á los siete pecados capitales.

La jóven se habia alejado; pero Octavio volvió á alcanzarla y la dijo:

—Señorita, ahora soy muy formal, porque vuestro

dolor me ha impresionado. Os lo repito: permitidme que sea vuestro hermano durante cinco minutos. Si vos supieseis lo poco que me cuesta el dinero! No creais que os proponga el haceros una limosna, pues vos sois demasiado orgullosa y digna para aceptarla.

El pintor tomó entonces la palabra y dijo:

—Nó, señorita, mi amigo no os dará dinero; os lo prestará tan solo, conozeo sus malos hábitos: es un prestamista sobre buena hipoteca.

La jóven no pudo menos que sonreír.

—Y bien, caballero, dijo enseñando un envoltorio que llevaba debajo el brazo: iba al Monte de piedad para empeñar dos cortinas que he salvado, pues todo lo de mi casa se ha vendido.

—No vayais tan léjos: yo os presto diez luises sobre vuestras cortinas. Si esto no es bastante...

—Dejando aparte el agradecimiento, dijo Ramée. Yo seré testigo del contrato.

La jóven se habia puesto pensativa.

—Caballero, dijo con gravedad y levantando su frente: acepto vuestros doscientos francos; no necesito mas para pagar las deudas de mi madre y conservar mi pequeño cuarto. Os pido un año y medio para devolvéroslos, pues si trabajo mucho, cada semana puedo ahorrar tres francos.

—En qué os ocupais, señorita?

—Soy costurera. Si mi madre no hubiese caído enferma nó me veria tan pobre, pues hay dias en que gano hasta cien sueldos, principalmente si trabajo

toda la noche, añadió ella con una sonrisa que pareció tanto mas dolorosa á Octavio cuanto habia observado en su juvenil rostro las huellas del trabajo y la miseria.

Octavio cogió del bolsillo de su chaleco un puñadito de oro.

—Convenido, señorita, dijo: el plazo es de año y medio; pero ni un día mas.

Cogió la mano de la jóven y dejó en ella su oro.

—Contemos; caballero: me dáis mas de lo que necesito.

—No creais que sea generoso, dijo Ramée.

La jóven contó el dinero.

—Esto no es mio, dijo, devolviendo á Parisis cuatro monedas de veinte francos.

—Qué quereis! yo no sé contar: jamás he podido aprender la aritmética.

—Adios, señores, dijo la jóven inclinándose.

Y se dirigió hácia el punto de donde habia venido.

—Pero señorita, dijo Octavio, llamándola; donde os encontraré dentro un año y medio?

—Ah! es verdad, lo olvidaba: me encontrareis en la misma casa donde hoy vivo; allí en aquella puerta con rejas.

—Pero yo ignoro vuestro nombre.

—Luisa Marty.

En menos de algunos segundos la jóven desapareció en la sombría avenida de la casa de donde habia salido algunos minutos antes.

—Es algo tonta, dijo el duque de Parisis conmovido; pero es igual: son doscientos francos perfectamente colocados.

—No tan bien colocados como parece, dijo Ramée, pues ella los devolverá.

—Tanto peor, dijo Octavio. Así, segun tu opinion, es una muchacha honrada?

—Pura como un hermoso dia de estío. No tiene ni una nube en su horizonte, excepto tú, sin embargo. No lo leiste en sus ojos? son azules, dulces y profundos como la virtud. Al ver semejante criatura el corazon se ensancha.

—Principalmente nosotros que vemos tantas otras. Oh! Paris! tinieblas sobre tinieblas! Con doscientos francos quizá esta niña se salve; y sin embargo yo conozco mas de una que á esta hora se come cien mil para gastarlos en devaneos y en la compra de trages ó de diges que despreciará mañana.

—Pero al fin y al cabo, observó Ramée, que se habia puesto pensativo, la mujer es siempre la mujer. Quizá esta niña se olvidará de comprar un traje de luto.

—Sí, quien sabe si la encontraremos con un traje color de rosa cuando vayamos á sorprender á nuestro amigo Jorge al Parque de las Lilas?

Y hablando así los dos compañeros cruzaron el Luxemburgo y ganaron la calle de Sena, donde cogieron un coche. En el boulevard de los Italianos se despidieron.

—Mi querido Octavio, dijo Ramée, estrechando la mano de su amigo, si tú quieres entraré por mitad en tu buena acción: voy á darte cinco luises.

—No, no, dijo Octavio con impaciencia, con semejante capital no vale la pena de asociarse.

Un sentimiento de celos se habia apoderado de su alma. Su imaginacion le llevaba, con cierta melancolia, hácia la escena que habia ocurrido en la calle de San Jacinto. Sentia que la jóven no se hubiese quedado con los cuatro luises que guardaba, pues indudablemente debia necesitarlos y con solos doscientos francos no se paga el cuarto, no se pagan las deudas, ni se paga un traje de luto.

Se prometió visitarla al siguiente día, lo cual no le impidió el ir á comer al café inglés en compañía de la Señorita Va-t-en-Guerre y de la señorita Cosaca, dos virtudes guerreras que habian saltado desde un carro del Hipódromo á una victoria de Longchamp.

Después de comer se dirigió á los Bufos Parisienses, á un palco infernal, donde todo el mundo fingia divertirse en todo, siendo así que no se divertia en nada.

Terminada la función, jóvenes y mujeres se aparejaron con objeto de ir á cenar. Esto constituyó una de estas fiestas ruidosas de las que ciertas mujeres dicen al día siguiente:

—Tu no estabas: cuanto reimos!
Reído! de que?

Aunque beban vinos generosos no por esto tienen menos chispa esas Aspacias: el vino las entona.

En mitad de la cena Octavio se levantó, cogió su sombrero y salió diciendo que volveria.

No volvió.

Por la vez primera entreveía la nada de aquella vida superficial. Se preguntó como habia podido perder los mas frescos de sus bellos años en aquel dorado torbellino donde se respiran los vapores de la embriaguez, donde el alma coge una máscara, donde el corazón no se encuentra nunca.

El duque de Parisis volvió á su casa con la satisfacción del hombre que acaba de hacer una travesía borrascosa y que logra franquear el dintel de su casa. Todas las figuras de las mugeres que habian alagado su primera juventud le seguian sonrientes ó burlonas; parecia que querian conservar su presa; pero su cabeza, mas floja que su corazón, estaba atormentada por el recuerdo de amorosas locuras. Y sin embargo, en el espacio de algunos días, Octavio habia renegado tres veces del diablo, como San Pedro habia renegado tres veces de Jesús. Habia renegado tres veces con la aparición de la Señorita de la Chastaigneraye en la avenida de la Muette, con el imperioso encanto que ejerció en él la Dama de Palos y con la sencilla y dulce virtud de aquella doncella estaviada en el país latino.

Que hizo al siguiente día Octavio? Sin saber por qué, mandó enganchar sus caballos al coche y los

guió por sí mismo á la puerta del Luxemburgo. Cruzó el jardín á pié y pronto subió los cinco pisos que separaban de la calle la habitación de la costurera. Cuatro palabras del portero le informaron que la doncella vivía para todos los inquilinos, en olor de santidad.

—Trabaja mucho?

—Tanto que no tiene tiempo de abrir su ventana sino es para respirar, y cuando su jornal ha concluido. Y aun le sucede alguna vez que vuelve á empezar su jornal cuando su jornal concluye.

Parisis llamó á la puerta.

—Sois ya vos, caballero? dijo Luisa ruborizándose.

Y permaneció en el dintel de la puerta bien como si quisiese impedir á Octavio que pasase adelante.

—Sí, soy yo señorita; me parece que ayer olvidamos decirnos alguna cosa.

—Olvidamos...

—Quereis concederme una entrevista de cinco minutos?

La jóven no se atrevió á rehusarla y presentó una silla al mancebo.

—Caballero, dijo, empiezo á daros las gracias, pues todo lo que está aquí es, gracias á vos, mío. Es extraño! desde ayer casi me siento contenta.

Y diciendo estas frases la jóven volvió á emprender su trabajo. Su costura consistía en un vestido de lana negro.

—No nos ha engañado, pensó Octavio: he aquí el traje de luto.

—Ahora, caballero, os servireis decirme porque habeis subido tan alto?

—Porque os amo.

La jóven palideció y se levantó.

—Caballero, dijo: si estoy en mi casa idos; si estoy en la vuestra me voy!

—Estais en vuestra casa y no me iré. Creí que vos me apreciariais bastante para no recordarme la deuda que entre nosotros existe. Cometo tan gran crimen al deciros con toda mi alma que os amo? No me ameis si gustais; pero no os ofendais si yo os amo.

El rayo habia caído en aquel cuarto: la doncella, fuera de sí, quiso devorar sus lágrimas; pero sus lágrimas la ahogaban. Octavio cogió su mano y la llevó á sus labios con efusion.

—Luisa, dijo, estas serán las únicas lágrimas que derramareis por mí. Ved en mí á un amigo y si mi amor os dá miedo, no os hablaré mas de él.

Que hé de decir? No quiero pintar esta singular pasion en todos sus matices. Lo cierto es que al dia siguiente la jóven siguió llorando; pero lloró porque Octavio no fué á visitarla. El amor vive de lo imprevisto: ella le aguardaba; si la hubiera visitado no le hubiese esperado al dia siguiente. No fué, y Luisa le aguardó por espacio de quince dias con las ansiedades é impaciencias de la doncella y hasta—porque no hé de decirlo?—con la fiebre del amor.

Y como no debía amarle? Octavio volvió.

—No os aguardaba le dijo Luisa, sin que ocultara su alegría.

—Me habeis aguardado?

—Bien lo sabeis.

Aquel día fué de fiesta. El jóven habia traido un ramo de lilas que ella estrechó á su pecho y besó repetidas veces.

—Oh! cuan feliz soy! dijo con tristeza; hacia dos años que no habia tocado una flor.

—Pobre niña! exclamó Octavio; todos los dias os traeré un ramillete.

—Todos los dias? Hasta cuando?

—Hasta siempre.

—Siempre! siempre! murmuró la doncella con amargura. Verdad es, añadió, que siempre es mañana y quizá pasado mañana.

Y volvió á besar el ramo de lilas y contó á Octavio que algun dia iba con su madre y su hermano al bosque de Meudon para cojer flores silvestres.

—Si os pudiéseis formar cargo de mi alegría, dijo, cuando veia los trigos en la barrera del Infierno, donde yo cogia amapolas!

Octavio trajo todas las mañanas su ramillete de lilas ó de violetas. Cierta dia se aventuró á traerla un vestido de seda.

—No me amais, le dijo Luisa enfadada; este traje es una injuria.

Octavio comprendió que se habia engañado.

—No me querais mal por esto, Luisa, dijo el mancebo; no hablemos ya de esta traje pero tomad el ramillete que vá en él.

El diablo cogió el vestido.

Por espacio de diez dias el duque de Parisis no dejó de asistir á la cita. Todas las mañanas, despues del almuerzo, subia en el coche, bajaba en la reja del Luxemburgo y corria á encerrarse una hora con Luisa. Y esta hora pasaba muy pronto. El jóven se decia que era demasiado orgullosa y demasiado pura para que llegara á ser su querida. Quizá se preguntó porque volvía á su casa todos los dias. El mismo lo ignoraba. Esperimentaba una alegría indescribible al hallarse emparedado en el cuarto de Luisa. La virtud tiene su atmósfera que serena el alma, bien como el horizonte de la mañana en los dias hermosos en que el viento unicamente sacude el olor sano y fortificante de los trigos en flor y de las encinas verdes. Hacia demasiado tiempo que el duque no habia respirado este aire vivificante para que no le penetrase hasta el fondo de su alma.

Ya de un modo, ya de otro, el jóven habia intentado aumentar su crédito; pero Luisa no habia querido nunca aumentar su deuda.

—Me privareis de ser feliz, si yo no llego á ser digna de mi, le decia.

Con no poco esfuerzo habia aceptado una jardinera, un libro de horas, un dedal de oro y un reloj de cincuenta francos. La jóven no aceptó el reloj sino

después que el mancebo la hubo convencido que solo servía para saber la hora.

—Saber la hora! para qué? dijo Luisa; no sabré yo siempre la hora en que no volveréis?

—Queréis, pues cerrarme vuestra puerta?

—Nunca.

La pobre Luisa no conocía este refrán antiguo: «si no cierras la puerta al amor, el amor te echará fuera de tu casa.»

Cierta mañana no se vió correr á Luisa, con ligero paso á casa de la frutera que la vendía leche, huevos y manzanas.

Cuando se supo que en la noche anterior había desaparecido en brazos de un amante que arrastraba coche, todos los vecinos sintieron un disgusto.

—Que desgracia! exclamó la portera. Era como una golondrina; traía dicha á la casa.

—Y bien, dijo la frutera: esta dicha se la traerá á sí misma.

Octavio no era preocupado: amaba á la muger cualquiera que fuese su país y su origen. Lo había probado trayendo una china.

Amaba á las señoras del Barrio de San German; pero también amaba Breda street. Amaba los Campos Elíseos; pero amaba también el país latino. Delante de todas las fronteras repetía la frase de Luis XIV: «No hay Pirineos.»

Al siguiente día, no lejos del palacio de Octavio, en una casita situada en la avenida de Eylan, bajo

los grandes árboles de un jardinito, una jóven ocultaba allí su existencia. Esta era la soledad que Octavio había buscado para Luisa. Quería alquilarle el primer piso; mas ella temió que esto sería demasiado lujo y pidió la buhardilla; esta le recordaría su madre y trabajaría mejor, pues la jóven se proponía trabajar siempre. Era demasiado aficionada á su costura y á las flores para cruzarse de brazos. Octavio la dijo que la daría para vivir; pero Luisa lo rehusó.

El jóven no quiso muebles de caoba, de este pobre árbol tan desacreditado; se los dió de naranjo. Era un mueblaje de quinta, sencillo, pero no vulgar. No olvidó nada: Luisa tuvo pájaros en una jaulita dorada y yerba doncella en sus tiestos.

—Esto no os impedirá, le dijo Luisa, traerme todas las mañanas un ramo de violetas.

—Nó, Violeta mía.

—Pues bien, dijo ella con alegría: Violeta será mi nombre, toda vez que deseo vivir siempre oculta.

Y á partir de aquel día el jóven la llamó Violeta.

La pobre Violeta se imaginaba que Octavio no la abandonaría hasta la muerte.

—No es verdad, dijo ella, que nos amaremos constantemente?

Octavio se estremeció; recordó la leyenda de los Parisis.—Si yo la amara! Si ella me amase! dijo con tristeza. Y continuó:

—Será necesario echar agua sobre el fuego.

XIX.

POR QUÉ OCTAVIO SENTIÓ UNA MANECITA SOBRE LA
SUYA CUANDO TIRO DE LA CAMPANILLA EN CASA
DE LA SEÑORA DE ENTRAYGUES.

No hay un hombre que siga lógicamente su corazón ó su cabeza. Parisis temia amar y ser amado y no queria vivir sino entre mujeres. Pensaba de un modo vago, sin que lo demás le inquietase, que la leyenda de su familia podria envolverle en un fúnebre ropaje en sus primeros dias de dicha y veia flotar aquí y allí la sentencia del siglo décimo quinto: «*El amor dará la muerte á los Parisis. El amor de los Parisis dará la muerte:*» y se aventuraba, sin freno, en todos los amores. Creia—y no se engañaba—que no deteniéndose en ninguno cojeria todos los amores sin encontrar en ninguno el mortal fruto.

Octavio se decia que Violeta en su blancura de origen era quizá el verdadero amor para un corazón endurecido como el suyo. Era el viajero que ha apurado todas las copas y que temple su lábio en la graciosa fuente que brota de un peñasco.

Mas los insaciados lábios de Parisis no debian, segun costumbre, beber mas que un solo dia en aquella fuente de vida.

Mas de una vez habia vuelto á ver en el gran mundo á la señora de Entraygues. Se habia hecho presentar oficialmente á ella; pero no habia abusado del derecho que tienen todos los hombres de hablar á las mujeres. Parecia decirle al no decirle nada que no pensaba ya en ella. Aliza le habia recordado la llave de plata como una amenaza graciosa.

Por fin, cierta noche como se murmurase entre los tertulianos acerca de los amores del señor de Entraygues con la señorita Hermosa de Noche, ella se dirigió resueltamente á Octavio y le dijo que al siguiente dia le aguardaria entre once y doce de la noche.

—Preferiria mas bien aguardaros en mi casa, dijo Octavio.

—No, replicó ella, jamás tendré valor para subir vuestra escalera de onyx.

Octavio tenia demasiado talento para insistir: aceptaba las mujeres en el punto y lugar donde ellas querian darse, pues á las mujeres les gusta mas darse en su propia casa, bien como si el demonio del adulterio las impusiese el campo de batalla.

Al siguiente dia la condesa que se habia lanzado con todas sus fuerzas en toda la locura de su amor escribió estas frases á Octavio:

«Esta noche, á las doce, yo me moriré; pero que ¡importa!

»ALIZA.»

Cuando las mujeres se hallan en el camino de per-

dicion lo siguen sin vacilar. La señora de Entraygues firmó este billetito, es decir, la sentencia de muerte de su virtud, sin pensar que echaba su gorro por encima de los molinos.

Aquellas dos líneas eran el prólogo de un drama.

A las diez, Violeta, celosa por instinto, fué á casa de Octavio que le habia dicho que no saldría hasta las once para ir al club.

Octavio acababa de salir y ella subió á su habitación diciendo que le aguardaría.

Algunas veces la jóven le habia dado esta amorosa sorpresa; con tal de que la jóven no fuera á su casa de dos á cuatro de la tarde, la permitia hacer toda suerte de caprichos.

Cuando en aquella noche llegó á su casa ella encontró naturalmente el billete de la condesa de Entraygues. No era muy largo, pero en cambio era explícito.

Violeta sintió una puñalada.

Palideció, vaciló y cayó sobre el sofá casi desmayada.

—Y yo también moriré, dijo.

De pronto se reanimó. La jóven volvió á leer la carta.

La casualidad hace bien todo lo que hace: encima de la chimenea cerca de la carta vió un pequeño revólver que conocia perfectamente. Era una verdadera alhaja. Parisis se la habia mostrado en mas de una ocasión diciéndole: «No interrogues jamás á esta bestia porque te responderia en el otro mundo.»

Violeta apoyó en su corazón la boca del revólver.

—Nó, dijo, quiero morir ante sus ojos.

Pero donde estaba Octavio?

Las mujeres lo saben todo.

Por la mañana Violeta habia ido al parque Monceaux á coger yerbas para sus pájaros y habia visto al jóven que fumaba en la avenida de la Reina Hortensia y que miraba las ventanas de un palacio.

—Esto es, dijo Luisa; sentí celos y no me engaé.

Y loca de desesperacion se dirigió hácia la avenida de la Reina Hortensia.

—Pero si ha entrado! dijo ella.

El Señor de Parisis habia ido al club para asegurarse que el señor de Entraygues, este jugador obstinado, se encontraba en su mesa de baccarat.

Octavio de Parisis se consideraba aquella noche el hombre mas feliz del mundo parisiense.

Era entre once y doce de la noche, la hora fecunda en que se empiezan y desenlazan todas las comedias amorosas. Los dramas y las tragedias no empiezan sino despues de las últimas escenas del Ambigu y de la Comedia Francesa.

El señor de Parisis fumaba recostado en una ligera victoria arrastrada por dos caballos ingleses, llenos de desenvuelta arrogancia. Al verles pasar á los rayos de la luna y de los faroles que iluminaban la avenida de la Reina Hortensia, se hubiese dicho que no tocaban en el suelo. La mano de un pianista al tocar las teclas de máfil era mas pesada que sus piés cuando rozaban

el suelo. Producian en el silencio de la avenida cierta palpitacion armoniosamente cadenciosa que no debia despertar las hermosas damas ya dormidas.

Esto no obstante, luego que hubieron salvado la calle de San Honorato que corta la avenida, una sombra blanca levantó la cortina de una ventana de un palacio. Habia reconocido el trote de los caballos ó bien soñaba á la pálida luz del astro de la noche?

En Paris no se sueña al resplandor de la luna toda vez que los relojes andan demasiado aprisa. Los relojes! he querido decir las pasiones.

Octavio detuvo de repente sus caballos y saltó en la calzada dando órden á su groom que pasease los caballos por allí cerca, bien como si esperase á alguien. Miró en torno suyo y no vió mas que los árboles y los faroles.

La avenida de la Reina Hortensia que vá desde el parque Monceaux hasta el Arco de Triunfo está desierta al anocheecer; es la avenida de París en que se ven menos transeuntes: por la mañana se ven en ella ginetes, por la tarde carretelas y por la noche se encuentran allí los raros transeuntes que se dirigen á su domicilio, algunas enamoradas cocineras, algunos polizontes distraidos y en una palabra aquello es una verdadera calle de Pompeya despues de la erupcion del Vesubio.

Algunos segundos despues Octavio se detenia frente á una puerta y levantaba su mano para llamar, pero no llamó.

Una manecita blanca se apoyó de repente en su mano.

Octavio que no se estrañaba de nada se quedó en aquel momento sorprendido. No habia visto nada en torno suyo; pues las mujeres celosas tienen la habilidad de hacerse invisibles y de no aparecer sino en el momento trágico.

El señor de Parisis se habia vuelto y habia reconocido á Violeta.

—Y bien, dijo esta: ya veis que os cojo infraganti.

Octavio vió brillar dos ojos que el infierno de los celos habia encendido.

—Tu estás loca, Violeta.

—Sí, caballero, porque os amo.

Octavio levantó la mano para llamar; pero por segunda vez la mano de Violeta apartó la suya.

—Te digo que no llamarás.

—Vamos, Violeta, sed prudente: son las doce de la noche, voy de tertulia, y vos debeis ir á casa.

—Nó, caballero. Ah! vais á una tertulia!

—Si no quereis ir á vuestra casa, id á la mía; coged si quereis mi victoria; mas por Dios, ni una palabra mas!

El jóven habia llamado. La puerta se abrió y Violeta quiso entrar; pero él la echó como en una vuelta del vals y dió con la puerta en sus narices.

Violeta, resuelta á todo, volvió á llamar. El duque de Parisis viendo que la puerta volvia á abrirse, retrocedió, rechazó á Violeta por segunda vez y cerró

la puerta con violencia. Oyó un grito y su nombre volvió á resonar en el silencio de la noche. Octavio hubiese querido matar á Violeta de un rayo. Se preguntaba si debía retroceder en su camino y aplazar su buena fortuna para la noche mas propicia.

Una camarera se adelantó hácia el jóven.

—El señor pregunta quizá por la señora condesa, dijo con aire que indicaba ya cierta inteligencia.

Esta camarera habia hecho ya traicion á la mujer en obsequio del marido, é iba á hacer traicion al marido en obsequio á la mujer. Así creia redimir su falta.

—Sí, dijo Octavio, dándola cinco luises. Si vuelven á llamar no abras. Es muy sencillo, rompe el cordon de la campanilla y nadie podrá llamar.

Esta buena ocurrencia decidió por fin á Octavio á subir á las habitaciones de la condesa.

Aliza le aguardaba en la meseta de la escalera vestida con negligente elegancia. Un peinador de muselina guarnecido de punto de Inglaterra ocultando apenas una camisa transparente; chapines de satín color de rosa y una cabellera desordenada escapándose de sus peines en voluptuosas cascadas. Se veia que aquel peinado era el de las fiestas.

El jóven casi no conoció la condesa. Era posible que aquella que espantada de sí propia habia huido en la escalera de onyx, fuese la misma mujer que le recibia así con los brazos abiertos?

La primera frase de Aliza fué una mentira.

—No os aguardaba, dijo á Octavio.

Este cogió á la señora de Entraigues en sus brazos y la llevó con dulzura en frente de una chimenea que estaba alegremente encendida, por mas que no hiciese frio.

—Creo que no podria llegar hasta aquí, dijo Octavio besando los cabellos de Aliza. Vuestra avenida no está segura; me han detenido en vuestra puerta, y poco ha faltado para que se me asesinase debajo de vuestras ventanas.

—Me asustais! Esto me esplica porque oí hablar; me pareció que era la voz de una mujer. No queria abrir la ventana porque mi vecina no está aun acostada.

—Es cierto, era la voz de una mujer. Los hombres solo tienen un enemigo peligroso: la mujer. En lo que á mí se refiere, temo mas á una mujer que á cuatro hombres.

—Quizá tengais razon. Pero á qué viene este misterio? Hablad pronto; estais conmovido; quereis respirar esencias?

La señora de Entraygues dió un suspiro.

—Me rio, continuó ella; pero yo seré quien se sentirá indispuesta.

Parisís volvió á cogerla en sus brazos y la apoyó contra su pecho.

—La emocion es la vida. No me habéis de los lagos: habladme de los torrentes.

Octavio sabia que Aliza era entusiasta y hasta ro-

mántica.—Cuan bella sois con este aire negligente! yo que creí que os encontraría alegre y burlona.

—Cuando voy á los salones me armo hasta los dientes: cuando estoy aquí en frente de mí misma ó en frente de vos soy tan tonta que enseño mi corazón. Oh! amigo mio; cuanto os amo!

Aquella mujer que se reía de todo tenía lágrimas en los ojos.

El duque había olvidado ya á Violeta y respiraba con pasión los eflúvios de la espalda, de la garganta y de los cabellos de Aliza.

—Pero, en fin, prosiguió la condesa, quien es esa mujer?

—No hablemos de ello: me preguntó por su camino. La respondí que yo no sabía el mio; pero no hablemos sino de vos, de vuestros hermosos ojos, que son dos abismos; me asusto cuando los miro: son lo desconocido. Los ojos son para mí un mundo; son el infinito, son Dios.

Octavio abrazaba á Aliza.

—Hé aquí por que cerrais los míos, dijo ella sonriendo.

El señor de Parisis se echó á los piés de la señora de Entraygues, no melodramáticamente á la manera de los galanes jóvenes del Ambigú, sino de un cómico que sabe representar todos los papeles.

Estar á los piés de una mujer equivale á estar en mitad del camino de su conquista. El amor hace bien todo lo que hace. Si se convierte en respetuoso hasta

caer de rodillas, es para levantarse luego mas orgulloso y triunfante.

La condesa, por enamorada que estuviese, arrojaba en todo el brillo de su graciosa sonrisa.

Dieron las doce en un relojito que figuraba un templete con columnas y perlas de oro; era una maravilla de relojería atribuida á Luis XVI.

—Las doce ya! dijo la condesa.

—Que reloj tan impertinente, puesto que se permite medir mi dicha, dijo Octavio.

—El reloj, observó la señora de Entraygues, es el mas odioso de los inventos. Siempre va con demasiada lentitud ó demasiado aprisa.

Las mujeres temen siempre esta accion misteriosa que marca el tiempo, que cuenta los minutos y... las arrugas.

Para el reloj la existencia está dividida en cien mil átomos imperceptibles, como el corazón está dividido por el amor en cien mil sílabas errantes.

Contiene los granos de arena que caen sin cesar sobre los granos de la belleza. Caen del arenero hasta que queda vacío y que el féretro está lleno.

Octavio quiso abrazar á la condesa con alguna violencia, pero ella le rechazó con dulzura.

—Esperad, dijo. La mujer arregla el hombre como el reloj arregla el sol.

Y despues de un beso, añadió:

—No lo olvideis: me dijisteis que saldriais de aquí para ver salir la aurora en el club.

—Ah! Es necesario que os dé una lección de geografía. Si, contra lo que esperais, el señor de Entraygues tuviese el capricho de entrar...

—Quedad tranquilo: no dejará su mesa de bacarat sino para ir á casa de su querida.

—Podria equivocarse de puerta y venir á casa de su mujer. Ya sabeis lo que son los malos hábitos.

—Es preciso no jurar nunca nada.

—Pues bien, si volvía á esta casa y llamaba á mi puerta, segun hizo el dia de mi santo, porque su querida le recordó que aquel dia era el de mis dias, pasareis por mi tocador.... Pero es necesario que yo os lo enseñe todo.

Aliza condujo al señor de Parisis á su tocador, despues de lo cual le hizo cruzar la sala de baños y le mostró una escalera descubierta que guiaba hasta el jardin.

—Cuando llegueis al jardin, dijo ella, ya vereis que las paredes son fáciles de escalar. Este jardin conduce á otro, y este otro, si no me engaño, dá sobre la calle de Courcelles; no temais nada, no encontrareis allí ningun lazo.

—No hay otros lazos, exclamó el jóven, que los formados por estos dos hermosos brazos que me encadenan á vuestras plantas.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
CALLE 3526 MONTERREY, MEXICO

XX.

EL REY DE THULÉ.

Entre tanto el jóven pasaba sobre su garganta las hermosas manos de la condesa.

—Oh! Dios mio, exclamó; os habia invitado á tomar una taza de té y mi gente está acostada.

—Que contratiempo! dijo Octavio. Yo que solo habia venido para esto.

—Ello es tanto mas sensible cuanto yo hubiese podido haceros apreciar mi viejo Sevres. Ved sino esta maravilla sobre esta consola.

—Tanto mas sensible, señora, cuando teneis una chimenea preciosa, cuando he visto en vuestro tocador una hermosa tetera de plata y cuando vuestras manos pueden y van á prepararme una taza.

Octavio no era amigo de retorcer el cuello á sus aventuras. Un práctico en el amor saborea la novela capítulo por capítulo, sin precipitar el desenlace.

La señora de Entraygues no se hizo de rogar y puso la tetera al fuego mientras que el señor de Parisis traía el servicio sobre un velador dorado sostenido por tres sirenas esculpidas.

—Ah! Es necesario que os dé una lección de geografía. Si, contra lo que esperais, el señor de Entraygues tuviese el capricho de entrar...

—Quedad tranquilo: no dejará su mesa de bacarrat sino para ir á casa de su querida.

—Podria equivocarse de puerta y venir á casa de su mujer. Ya sabeis lo que son los malos hábitos.

—Es preciso no jurar nunca nada.

—Pues bien, si volvía á esta casa y llamaba á mi puerta, segun hizo el dia de mi santo, porque su querida le recordó que aquel dia era el de mis dias, pasareis por mi tocador.... Pero es necesario que yo os lo enseñe todo.

Aliza condujo al señor de Parisis á su tocador, despues de lo cual le hizo cruzar la sala de baños y le mostró una escalera descubierta que guiaba hasta el jardin.

—Cuando llegueis al jardin, dijo ella, ya vereis que las paredes son fáciles de escalar. Este jardin conduce á otro, y este otro, si no me engaño, dá sobre la calle de Courcelles; no temais nada, no encontrareis allí ningun lazo.

—No hay otros lazos, exclamó el jóven, que los formados por estos dos hermosos brazos que me encadenan á vuestras plantas.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
CALLE 3526 MONTERREY, MEXICO

XX.

EL REY DE THULÉ.

Entre tanto el jóven pasaba sobre su garganta las hermosas manos de la condesa.

—Oh! Dios mio, exclamó; os habia invitado á tomar una taza de té y mi gente está acostada.

—Que contratiempo! dijo Octavio. Yo que solo habia venido para esto.

—Ello es tanto mas sensible cuanto yo hubiese podido haceros apreciar mi viejo Sevres. Ved sino esta maravilla sobre esta consola.

—Tanto mas sensible, señora, cuando teneis una chimenea preciosa, cuando he visto en vuestro tocador una hermosa tetera de plata y cuando vuestras manos pueden y van á prepararme una taza.

Octavio no era amigo de retorcer el cuello á sus aventuras. Un práctico en el amor saborea la novela capítulo por capítulo, sin precipitar el desenlace.

La señora de Entraygues no se hizo de rogar y puso la tetera al fuego miéntras que el señor de Parisis traía el servicio sobre un velador dorado sostenido por tres sirenas esculpidas.

Octavio admiró la forma esbelta, el color fresco, las delicadas flores de aquel servicio que habia sido trabajado para Trianon.

—Es admirable, dijo, nunca habia visto formas mas esquisitas ni colores mejor combinados. Esta azucarera es una alhaja.

—Prefiero la tetera. Ved que bien dibujada está el asa; que bien perfilado está el cuello.

—Creéis, señora, que este servicio ha tenido alguna vez en Trianon la buena fortuna de ser acariciado por labios tan amantes como los nuestros?

Y Octavio besó á Aliza.

—Octavio, decididamente sentís mucha sed, dijo la señora de Entraygues riendo.

—Como el viejo Sevres, sois de una pasta esquisita.

—Y tierna.

Octavio iba á besar otra vez á Aliza.

—Chist! dijo esta, ya está hirviendo el agua.

—Que cancion tan hermosa! comprendo que los poetas hayan hablado de las sinfonías que brotan de una cafetera hirviendo; yo tengo en mi cuarto una cafetera que me recuerda mi infancia. Mi abuela me meció al rumor de su agua cuando hervia.

—Fuisteis educado en la edad de oro, pero mi abuela me educó en los duos de Antony, de Lelia y de Fausto.

Aliza cantó entonces en voz baja una estrofa del Rey de Thulé.

—Oh! cantad, cantad, dijo el mancebo. Vais á clavar mi amor á esta cancion.

—Si, como se clava una mariposa en un herbario.

—Careced de talento; pero cantadme esa hermosa balada.

La señora de Entraigues cantó con el acompañamiento de la cafetera y del rechinamiento de la leña en la chimenea.

Y cantó casi tan bien como la señora de Carvallio aquella balada que Gounod ha puesto en música.

Mientras cantaba, Octavio paseaba su mirada de fuego en aquella belleza expansiva. Era todo un poema de veinte y cuatro cantos, empezando por sus blondos y desordenados cabellos y terminando por sus piececitos que jugaban en los chapines.

Aliza era un poco gruesa y blanca, ligeramente rosada, ligeramente morena, como si el sol hubiera pasado algun tiempo acariciando su rostro. Aunque fuese una muger del Norte se distinguía por la negligencia de las habaneras. Vivía acostada, dejaba el lecho por el sofá y el sofá por su carruage; así es que cumplía una ruda penitencia cuando el domingo en la misa de una se arrodillaba en San Felipe del Roule entre sus amigas. La madre del señor de Entraygues le habia dicho mas de una vez: «Ve con tiento con tu muger; es romántica y coqueta.» El joven marido habia contestado á su madre: «No hay que temer: es demasiado perezosa.»

Un fisonomista diestro no hubiese dado esta res-

puesta. Y en efecto los ojos de Aliza, estos terribles ojos verde mar con reflejos cambiantes que no dicen jamás el secreto del corazón, revelaban un alma turbada por amorosos sueños, como la mar por las nubes que encierran la tempestad. Existen mugeres que se muestran como son por sus miradas, que se las penetra desde el primer golpe de vista, como esas fuentes que brotan de la montaña en su primer lecho virginal y que son fuentes que ningún lábio humano há aun tocado. Pero existen mugeres profundas como la mar; el ojo se pierde en ellas; cuanto mas se cree conocerlas mas se penetra en el abismo. «Loco es quien fia en ellas,» decia Francisco I delante de estas mugeres. El señor de Entraygues no conocia tan bien las mugeres como Francisco I; no habia aprendido á leer en este libro del bien y del mal, en esta obra divina que Dios entregó al diablo.

Existen mugeres que están al abrigo de la tentación por su figura; las pasiones no llaman á todas las puertas; dejan dormir en la vida aquellas almas que no revisten una forma atractiva. La belleza que no cae de su pedestal de marmol es un ángel de virtud. La fealdad que muere inmaculada no merece ser canonizada. Esto sin embargo, necesario es decirlo: la fealdad absoluta no existe, y toda muger, cualquiera que sea su máscara, tiene su cuarto de hora de brillo y de hermosura.

Ya que no por la pasión, la señora de Entraygues era creada para la voluptuosidad: ojos de mirada pro-

funda y brillante, lábios rojos, un bosque de cabellos que invadia su garganta y sus orejas, cejas que casi estaban unidas y que parecian pintadas por lo enérgico de su dibujo, largas pestañas que acentuaban aun la espresion misteriosa de sus ojos. El óvalo de su semblante era quizá demasiado redondo; pero se veia embellecido por una segunda barba cuya ondeante línea se confundía dulcemente bajo la primera. Sus orejas eran una alhaja cincelada en carne; quizá eran demasiado coloradas; pero en estos tiempos de anemia, quien se quejará al ver que la sangre circula? En aquella noche la condesa llevaba grandes anillos pompeyanos puestos en moda por las mugeres escéntricas.

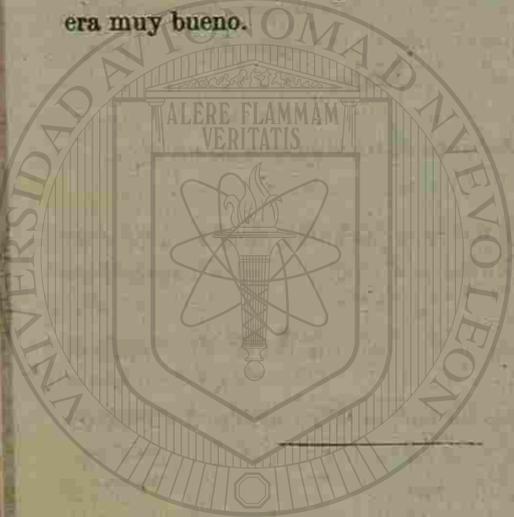
El señor de Parisis no detenia sus ojos unicamente en la figura: á semejanza de un viagero que ha entrevisto el país desconocido, paseaba sus miradas aquí y allí desde la cabeza á los piés, sobre montañas y valles, penetrando por entre aquel trage algo diáfano, admirando las superficies del hombro, las gracias abandonadas de la garganta y el rosado marmol del brazo.

—Que pié tan hermoso! dijo á Aliza despues de un momento de silencio.

Y sin que ella lo advirtiese ó fingiendo que no lo advertia, el jóven cogió su pié en el chapin como hubiera tomado su mano en su manchon.

Las doncellas que leerán esta novela quizá preguntarán porque el señor de Parisis iba á las doce de

la noche á casa de la señora de Entraygues; siendo así, que no era ni su muger ni su hermana: yo contestaré á las doncellas que el té de la señora condesa era muy bueno.



XXI.

DONDE OCTAVIO ECHA SU COPA AL MAR.

La señora de Entraygues habia puesto un poco de té en la tetera y Octavio quiso coger el agua hirviendo.

—No, dijo la jóven, hay un medio de verter el agua que vos no conoceis.

Y con una gracia hermosísima derramó en la tetera una cascadita de agua hirviendo. Un dulce vapor perfumó aquel cuarto.

Aliza presentó la azucarera á Octavio.

—Permitid, señora, que tome un poco de azúcar.

Cogió los dedos de la señora de Entraygues y los puso en la azucarera con una dulzura ideal.

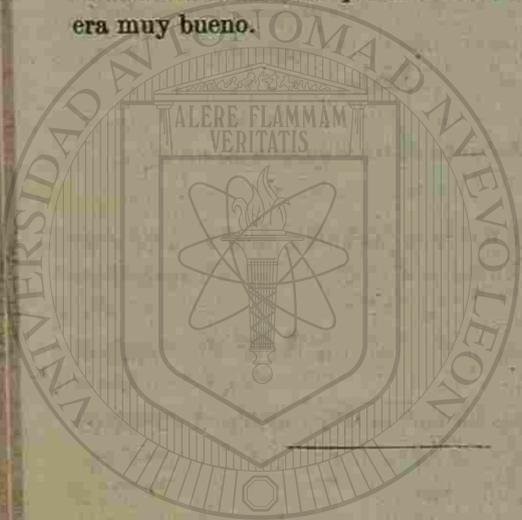
—En verdad, dijo ella, cogiendo dos pedacitos de azúcar, que me hariais pasar por un ojo de alfiler: jamas hubiese creido que mi mano pudiese entrar aquí.

—Y ahora, dijo Octavio, dadme mucho té porque conozco qué será esquisito.

Se llenaron las dos tazas.

—Que color tan hermoso! dijo Aliza, Se diria que es oro fundido.

la noche á casa de la señora de Entraygues; siendo así, que no era ni su muger ni su hermana: yo contestaré á las doncellas que el té de la señora condesa era muy bueno.



XXI.

DONDE OCTAVIO ECHA SU COPA AL MAR.

La señora de Entraygues habia puesto un poco de té en la tetera y Octavio quiso coger el agua hirviendo.

—No, dijo la jóven, hay un medio de verter el agua que vos no conoceis.

Y con una gracia hermosísima derramó en la tetera una cascadita de agua hirviendo. Un dulce vapor perfumó aquel cuarto.

Aliza presentó la azucarera á Octavio.

—Permitid, señora, que tome un poco de azúcar.

Cogió los dedos de la señora de Entraygues y los puso en la azucarera con una dulzura ideal.

—En verdad, dijo ella, cogiendo dos pedacitos de azúcar, que me hariais pasar por un ojo de alfiler: jamas hubiese creido que mi mano pudiese entrar aquí.

—Y ahora, dijo Octavio, dadme mucho té porque conozco qué será esquisito.

Se llenaron las dos tazas.

—Que color tan hermoso! dijo Aliza, Se diria que es oro fundido.

—El amor es un mágico: todo lo que él toca lo convierte en oro.

—Oh! el amor es aun el mejor invento de los antiguos.

—Y de los modernos.

—Ya bebeis? os quemareis los labios.

—No está en su punto: vedlo sino.

Y Octavio presentó su taza á Aliza. Esta acababa de sentarse cerca el sofá; sus bocas no estaban lejos.

Cuando la condesa acercó sus labios á la taza, el duque acercó tambien los suyos. Las dos bocas se encontraron en la superficie del té.

—No es mejor así?

Creo que se besaron.

—Y bien señora, dijo Octavio irguiendo su cabeza: esta es la primera vez que comprendo la manera como el té puede tomarse. Nunca olvidaré este festin de nuestros labios.

Bebió hasta la última gota y arrojó la taza al fuego. Aquella obra maestra se rompió en pedazos.

—Que haceis? preguntó la condesa que se quedó sorprendida.

—No lo adivináis? respondió el señor de Parisis que habia reconocido su burlona expresion aunque endulzada por una sonrisa de voluptuosidad penetrante. Acaso hubiese permitido, señora, que otros labios hubiesen profanado esta taza? He hecho como el rey de Thulé: he arrojado mi copa al mar.

XXII.

UNA MUJER DEL GRAN MUNDO Y UNA MUJER DEL PUEBLO.

Entretanto habia dado la una de la madrugada. Habia tomado el Sr. de Parisis una segunda taza de té con la condesa? Habia la condesa á su vez echado su taza al fuego para acabar el sacrificio y guardar un recuerdo mas vivo de aquella hora de amor?

Se ignora.

Se nos ha dicho unicamente que perdió en aquella y ven uno de sus chapines color de rosa y que su marido al entrar lo habia encontrado en la escalera, lo cual probaba que habia acompañado sin luz á Octavio. Pero esto no nos concierne.

Si la señora de Entraygues hubiese conducido mas lejos al mancebo, hubiera asistido á otra escena amorosa.

Luego que la puerta se abrió, Octavio encontró á Violeta echada en el suelo. Un presentimiento hubo de cruzar por su alma: se inclinó y vió un reguero de sangre que habia brotado en su vestido.

—Violeta! exclamó el jóven.

—El amor es un mágico: todo lo que él toca lo convierte en oro.

—Oh! el amor es aun el mejor invento de los antiguos.

—Y de los modernos.

—Ya bebeis? os quemareis los labios.

—No está en su punto: vedlo sino.

Y Octavio presentó su taza á Aliza. Esta acababa de sentarse cerca el sofá; sus bocas no estaban lejos.

Cuando la condesa acercó sus labios á la taza, el duque acercó tambien los suyos. Las dos bocas se encontraron en la superficie del té.

—No es mejor así?

Creo que se besaron.

—Y bien señora, dijo Octavio irguiendo su cabeza: esta es la primera vez que comprendo la manera como el té puede tomarse. Nunca olvidaré este festin de nuestros labios.

Bebió hasta la última gota y arrojó la taza al fuego. Aquella obra maestra se rompió en pedazos.

—Que haceis? preguntó la condesa que se quedó sorprendida.

—No lo adivináis? respondió el señor de Parisis que habia reconocido su burlona expresion aunque endulzada por una sonrisa de voluptuosidad penetrante. Acaso hubiese permitido, señora, que otros labios hubiesen profanado esta taza? He hecho como el rey de Thulé: he arrojado mi copa al mar.

XXII.

UNA MUJER DEL GRAN MUNDO Y UNA MUJER
DEL PUEBLO.

Entretanto habia dado la una de la madrugada. Habia tomado el Sr. de Parisis una segunda taza de té con la condesa? Habia la condesa á su vez echado su taza al fuego para acabar el sacrificio y guardar un recuerdo mas vivo de aquella hora de amor?

Se ignora.

Se nos ha dicho unicamente que perdió en aquella y ven uno de sus chapines color de rosa y que su marido al entrar lo habia encontrado en la escalera, lo cual probaba que habia acompañado sin luz á Octavio. Pero esto no nos concierne.

Si la señora de Entraygues hubiese conducido mas lejos al mancebo, hubiera asistido á otra escena amorosa.

Luego que la puerta se abrió, Octavio encontró á Violeta echada en el suelo. Un presentimiento hubo de cruzar por su alma: se inclinó y vió un reguero de sangre que habia brotado en su vestido.

—Violeta! exclamó el jóven.

Violeta no contestó.

Los plátanos agitados por un viento borrascoso paseaban alternativamente la sombra y la luz; mas de pronto habiendo cruzado una nube, la luna esparció sobre Violeta su plateada blancura.

Octavio se precipitó y levantó la jóven en sus brazos.

—Violeta! Violeta! Heme aquí; soy yo quien te habla; dime que me oyes!

Violeta no dijo una palabra.

El duque la besaba y seguía hablando: ella tenía sus labios tibios y la frente helada.

Mi querida Violeta ya sabes que te amo!

Octavio quería á Violeta. No necesito improvisar un curso de estética sobre las pasiones del alma para demostrar que desde los siglos de decadencia, es decir desde el comenzamiento del mundo, el amor vive de contrastes y que la ley primordial del corazón consiste en conquistar, ó bien en ser vencido.

Octavio acababa de adorar á la señora de Entraygues y amaba á Violeta.

Un hombre bien dotado cual él es un hijo pródigo que arroja el oro á manos llenas sin agotar su fortuna. El duque arrojaba su juventud, arrojaba su alma, arrojaba su corazón. Con frecuencia en las horas de pasión había dicho á las mujeres: «Estoy predestinado á amar, á amar hasta la muerte.» Y las mujeres le habían respondido: «Estais predestinado á ser amado.»

Y el jóven amaba y era amado como si nada mas

tuviese que hacer, sin que jamás perdiera su tiempo. Este es el privilegio de algunos hombres muy conocidos en Paris. Las mujeres no se engañan, ellas que son como las ovejas de Panurgo; las mujeres prefieren morder la manzana agena antes que la suya propia. Hablo de las mugeres que simbolizan esas bacantes de la fábula triturando á un mismo tiempo bajo sus dientes golosos el racimo que les proporciona la fauna. A Dios gracias conozco mas de una jóven que coge su manzana á hurtadillas y huye bajo el ramaje protector para saborearla á su gusto.

El Sr. de Parisis amaba pues á Violeta. Había conquistado á la condesa con un vago sentimiento de orgullo, pero en aquella fiesta solo se había interesado su cabeza. No es siempre el corazón el que hace mover los labios: el amor mas elocuente brota siempre de la fantasía. Cuando Salomon dijo: «La mujer es amarga,» tradujo el grito del espíritu humano pero no del corazón del hombre. Si hubiese encontrado en su palacio, entre sus setecientas mujeres, una mujer valiente, un corazón de oro como el de Violeta, quizá hubiese lanzado otro grito á través de los siglos. Pero la mujer de la Biblia no era aun la mujer del Evangelio; el alma no había domado el cuerpo, el sentimiento no había devorado el corazón.

Hoy hay muchas Violetas que se matan heroicamente por sus pasiones. Corazones débiles! esclaman los filósofos y los moralistas. Almas valientes se puede decir mas bien, de todas esas falanges enamoradas

que los celos ó la desesperacion ha lanzado en el abismo.

Octavio desató el corsé de Violeta. Encontró á su lado un pequeño revólver, este dijo que ella habia formalmente empuñado.

—Es posible! exclamó el jóven.

El Sr. de Parisis, miéntras hablaba á Violeta, habia llamado por dos veces al cochero. En el instante en que los caballos llegaban frente al palacio de Entraygues, Octavio colocaba á Violeta sobre el banco mas cercano de la avenida. Su cuerpo estaba flojo, con esa adorada flojedad de la rosa, como una mujer dormida con los brazos colgando y la cabeza echada hácia atras.

—Que es lo que ha hecho, Dios mio, que es lo que ha hecho! dijo Parisis.

Cuando se halló sobre el banco Violeta se agitó débilmente.

—Que Dios sea loado! exclamó Octavio.

Hubiese cedido diez años de su vida para ver vivir á Violeta por espacio de diez minutos: hubiese aceptado que la herida hubiese sido mortal con tal de que la hubiese oido decir que ella le amaba.

—Me muero! me muero! balbuceó la jóven con voz entrecortada: pero no lo digais á mi madre.

La pobre violeta no recordaba que su madre habia muerto.

—Violeta! tu no morirás, Violeta! Yo te amo y te salvaré.

—No: estoy herida en el corazon.

—Cuando el corazon está herido no se habla de su madre.

En aquel instante un coche llegaba por la calle de Courcelles.

Era el carruage del Sr. de Entraygues que por casualidad volvia á su palacio antes de que brillase la aurora.

Esto merece una esplicacion.

En aquel dia el señor de Entraygues, llamado del club á la Casa de Oro habia encontrado en esta algunas jóvenes. Habia bebido con ellas—no precisamente en viejos Sevres—y no pudiendo embriagarse en el amor se habia embriagado en el Champagne. El conde, por animal que fuese, habia comprendido entre los vapores del vino que no le convenia jugar y que de jugar perderia lo que llevaba ganado. He aquí, pues, porque volvia á su casa.

Al bajar del coche reconoció el de Octavio. Se acercó dando traspies y vió al duque que levantaba á Violeta.

—Que es esto? preguntó.

—Esto, dijo Parisis, sin que se inquietase por la presencia del conde, esto es una mujer que se encuentra mala.

El señor de Entraygues sintió celos en un principio; mas luego, viendo que no era su mujer, se contentó con decir á Octavio:

—Diablo, querido! cazais de noche y en mis tierras como un cazador furtivo; verdad es que vengo de ca-

zar en las vuestras. Vuestras amiguitas me han hecho beber mas de lo que era menester y casi no acierto á sostenerme.

—Pues bien: id á acostaros, dijo Octavio.

El conde que en su embriaguez vacilaba, irguió su cabeza y replicó:—Iré si quiero! parece que no quereis ser interrumpido en vuestras citas nocturnas.

—Vos si que estáis nocturno. Vuestra mujer os aguarda.

El duque habia vuelto á coger á Violeta para trasladarla al coche.

—Mi mujer me aguarda! Acaso os lo ha dicho ella?

—Sí. No perdais tiempo; quizá vá á moveros un escándalo.

Celoso el conde como un tigre, cogió el brazo de Octavio que iba á subir en el coche de Violeta.

—Sabeis, querido, dijo, que yo no acostumbro á reirme despues de la media noche?

—Sabeis, replicó Octavio furioso, que os prohibo decir una palabra mas, á menos que no encontreis una frase chispeante?.

—Una frase chispeante! no soy tan bestia. La prueba está en que veo perfectamente que vos no habeis traído esta mujer sino para ocultar mejor vuestro juego. Venís de casa mi esposa.

—La verdad en el vino, pensó Octavio. Querido mio, dijo en voz alta: id á ver si estoy en ella.

—Sí, caballero, y lo romperé todo y echaré la mujer por la ventana.

Viéndole montado en cólera, Octavio hubiese querido poder recoger las frases que habia soltado. Le constaba que era capaz de cometer todas las locuras y todas las tonterías.

—Veamos, dijo, volved en vos y no os deis un espectáculo á la luna: entrad silenciosamente en vuestra casa y sobre todo no digais á vuestra mujer lo que ha ocurrido en frente de esta puerta. Acaso, mi buen amigo, no conoceis á esta pobre mujer que está aquí bañada en sangre?

El conde se acercó.

—Como he de conocerla? Vos la ocultais.

—Es vuestra querida.

—Cual?

Esta pregunta salió del fondo de su corazón.

—No sé cual, pero la he encontrado aquí, cuando volvía del boulevard Malesherbes, con un revolver sangriento á sus pies. Tomad: hele aquí!

Y Octavio dió aquél dije al conde sin que supiese porque.

—Adios, querido: no digais una palabra de esto á la señora de Entraygues y no os sirvais de este revolver contra vos mismo.

—Pobre niña! dijo el conde con lágrimas de vino en sus ojos.

Y vacilando por su embriaguez y lleno de emoción se levantó sobre sus piés á fin de ver á Violeta.

—Como se llama? preguntó.

Pero á una señal de Octavio los caballos partieron al galope.

—Pobre niña! repitió el conde; no he ocasionado ya otras desgracias cual esta?

Contempló el arma bajo el reverbero.

—Cierto que está manchada en sangre! dijo. Es una alhaja. Mañana la enseñaré á mis amigos.

En aquel instante la señora de Entraygues que habia presenciado, llena de ansiedad, esta escena desde su balcon, se atrevió á pronunciar este nombre de pila:

—Fernando!

El conde olvidó que estaba ébrio y se dirigió con pié algo mas seguro hácia el balcon.

Al nombre de Fernando, él respondió con el de Aliza.

—Qué estais haciendo, amigo mio?

Y como si fuese un eco de su voz, el conde preguntó:

—Qué estais haciendo, amiga mia?

Como se comprende, la señora de Entraygues respondió lo siguiente:

—Os esperaba.

Esta frase fué arrojada desde el balcon como una limosna sobre un mendigo. Fernando recogió estas palabras de oro y murmuró:

—Decididamente no merezco tanta dicha. Hace mucho que estais aquí, Aliza?

—Nó, acabo de abrir la ventana, dijo la condesa.

—Entonces no habreis visto como ese loco de Parisis se llevaba una mujer?

—Nó, amigo mio. Adios, me muero de sueño. No llameis á mi puerta.

Esta escena íntima ocurría en plena avenida; pero las estrellas eran sus únicos testigos. En la vecindad no habia un alma. Bueno es alojarse en la avenida de la Reina Hortensia cuando los maridos parten para la Siria.

Todas las mujeres han comprendido esta frase: «No llameis á mi puerta.»

Cuando el señor de Parisis dijo al marido: «Id á ver si estoy en casa de vuestra mujer» sabia bien que estaba en ella. El amor tiene esto de bueno en sus encantos, que permite al enamorado ó á la enamorada guardar la imágen querida. Cuando la mujer ama no está sola, escepto cuando el marido va á llamar á su puerta.

—Parece que esto ocurrió en la avenida de la Reina-Hortensia.

—No lo recuerdo bien, dijo Octavio; quizá ocurrió en la avenida de Jena.

—Se dice que fué un arrebato de celos.

—Si la señora de Entraygues no estuviese allí, replicó el joven con audacia, diría que la muchacha pronunció el nombre de pila de su esposo. Verdad es que hay tantos Fernandos!

—Creo, dijo la señora de la casa, creo que se contarán tantas historias sobre este pistoletazo que no se sabrá jamás la verdad.

—Teneis razon, señora, replicó Octavio; la historia solo se ha inventado para ocultar lo que realmente ha sucedido.

E hizo una cita latina que le conquistó las simpatías de aquellas hermosas damas que gritaron á coro:

—Es sorprendente! Todo lo vé, todo lo sabe, y en todas partes se encuentra!

Octavio al irse procuró encontrarse con la señora de Entraygues en la escalera.

—Señor de Parisis, le dijo ella, lo sé todo; esta noche á las once, al volver de casa mi abuela, iré á tomar el té á vuestra casa.

—Por que puerta entrareis?

—Por la principal, por la misma de Violeta. Yo tambien, por desgracia, tengo derecho á entrar por la puerta principal.

—Ya sabeis que encontrareis á Violeta?

XXIII.

LAS DOS RIVALES.

Hacia las cuatro de la tarde Parisis y la señora de Entraygues tomaron por casualidad el té juntos en casa de una señora habanera que vivia en los Campos-Eliseos.

Habia mucha gente. Algunos rostros severos obligaban á observar la etiqueta. Se hablaba en voz alta.

—No os gusta el té? preguntó Octavio á la condesa, pasándole una taza.

—Por la mañana, dijo ella.

Y rehusó, lanzando una desdeñosa mirada, la taza de porcelana inglesa que le habia acercado el mancebo.

Se hablaba ya en Paris de una muchacha que se habia hecho saltar el cerebro el dia antes en la avenida de la Reina Hortensia.

—No sabeis el lance? preguntó una señora á Octavio con la mejor intencion del mundo.

—Cómo! ya lo creo! No conozco á la muchacha, dijo Octavio, pero yo fuí quien la encontró «bañada en su sangre» segun diria la *Gaceta de los Tribunales*.

—Por ella quiero ir á vuestra casa.

—Para hacerla saltar el cerebro?

—Sí, mi esposo me ha dado el revolver.

El filósofo, ó, mejor dicho, el moralista, pues media todo un abismo entre el filósofo y el moralista, hubiera estudiado con viva curiosidad las rápidas metamorfosis que se apoderaron de la condesa de Entraygues y de aquella muchacha á quien Parisis habia bautizado con el nombre de Violeta. Los hombres políticos mas entregados á su fortuna no hacen tan repentinas evoluciones hasta en las épocas revolucionarias. En lugar de salvarse una á otra, concluyeron por perderse al encontrarse.

Segun habia prometido, la señora de Entraygues fué por la noche á casa de Octavio. Este la aguardaba en un saloncito con un periódico en la mano.

—Este diario contará sin duda la historia de ayer, dijo la condesa sentándose al lado del jóven, mientras él la besaba en la frente.

—Sí, escuchad: «Ayer, á las doce de la noche, en la avenida de Wagram, una jóven recibió seis puñaladas en el pecho. Se supone que fué víctima de un arrebato de celos; ha sobrevivido á este acto de barbarie y ha sido conducida al hospital Beaujou. Se cree conocer el nombre del Otelo y se instruye el correspondiente sumario.»

—Hé aquí un periódico bien informado.

—Cómo! dudais de lo que dice? Pero si esto es la ley y los profetas!

—Ya sabeis que quiero ver á esa muchacha.

—Imagináis que está aquí? Pues está en su casa.

—Entonces no estoy mejor informada que este periódico.

—Por qué deseais verla?

—Porque la pasion que llega á tal extremo, es una virtud. Además de esto, no sé por qué yo amo á esa jóven.

La condesa miró con dulzura á Octavio y añadió:

—Quizá es porque vos la amais, Pero ya que no está aquí, me marcho.

—Cuán estraña sois!

—Es posible. Pero se me figura que esa muchacha entra para algo en mi destino. Como sigue?

—Mal; pero irá bien. La bala se ha paseado en su seno sin entrar mucho. Está con una calentura muy fuerte. He tenido miedo hasta medio dia porque no habia vuelto en sí; pero Ricord me garantiza su vida.

—Llebadme á su casa.

—No cometeré tal locura. Es necesario que las mujeres del gran mundo permanezcan en el gran mundo.

—Es la historia del Paraiso; vos me abristeis la puerta para que saliese y yo no la he de cerrar.

La señora de Entraygues lanzó un suspiro.

—Todo ha concluido! Yo no me divertiré ya en casa, á menos que convirtais mi esposo en un hombre simpático. Así, pues, si no quereis acompañarme á casa de Violeta, cuyo nombre conozco, iré sola.

—No cometeremos ni vos ni yo tal tontería.

La señora de Entraygues se levantó.

—Don Juan, dijo á Octavio, enseñadme vuestro palacio. Me hallo deslumbrada aquí por mas que esté acostumbrada á habitar mi choza.

La jóven anduvo con rapidez, seguida de Octavio, hablando de todo como una mujer que sabe algo de todo.

—Me quereis decir Aliza el nombre de la dama de Palos? preguntó Octavio.

—Sí, y de la dama de Oros y de la dama de Copas. Estoy demasiado celosa para deciroslo. A mas de esto he jurado por vuestra cabeza que no revelaria el secreto.

—Os daré mi cabeza.

—No la quiero.

En vano insistió Parisis. Besó á Aliza.

—Ya lo veis, dijo, os pongo en el tormento.

—Estaría en él todo un siglo, dijo la señora de Entraygues.

Y desprendiéndose de los brazos de Octavio.

—Adios, exclamó de pronto: volveré.

Octavio que habia prometido á Violeta que iria á verla á media noche, no retuvo por fuerza á la condesa.

—Mañana, dijo ella, nos veremos en los Italianos.

Salió, Octavio la acompañó hasta el coche.

—Adios: os amo; pero no ireis á ver á la pobre muchacha? preguntó el jóven.

—No, puesto que no la quereis.

Pero la señora de Entraygues se dirigió en derecha á la habitacion de Violeta.

Ya se sabe que esta vivia en las buhardillas de una casita de la avenida de Eylan, perdida entre uno de estos antiguos jardines de Paris que desaparecen todos los dias bajo pirámides de piedra.

La condesa habia sido muy bien informada, pues ella cruzó el jardin sin ni siquiera decir su nombre al portero: subió los tres pisos y llamó: un enfermero salió á abrir y la condujo cerca el lecho de Violeta.

—Soy una amiga desconocida, la dijo la condesa; lo sé todo y he querido veros y estrechar vuestra mano.

—No os comprendo, replicó la jóven tratando de incorporarse en su lecho.

—No os movais: imaginaos que soy una hermana de caridad; si la muger que os cuida quiere descansar, mañana yo vendré á velaros.

—Aun os comprendo menos, dijo Violeta: como sabeis quien yo soy y donde vivo, yo que no conozco á nadie?

Violeta contemplaba á la señora de Entraygues, como si quisiera penetrar hasta el fondo de su alma.

Luego exclamó dejando caer su cabeza.

—Ah! sois vos!

Habia comprendido que era su rival.

Se sintió peor; mas tuvo batante aliento para sostener la lucha.

—Oh! señora! murmuró con una voz apagada; venís aquí para burlaros? Y luego añadió sonriendo:

—Una muger que quiere morir y no muere es ridícula; pero yo me lisongo de que Dios me dispensará la gracia de no dejarme vivir.

—Señorita: he venido aquí por un sentimiento de admiración y de simpatía. No veais una rival en mí sino una amiga.

—Después de todo, señora, dijo Violeta, la amistad es tan rara que es necesario siempre decirle: «Sed bienvenida.» Creo formalmente que voy á morir y yo os perdono mi muerte. No es una bala lo que me mata sino una traición.

—Pobre niña! Vos sois cual yo: no pertenecéis al siglo. Una traición de Octavio de Paris! Acaso no sabeis que al día siguiente ha hecho traición á la que ha adorado el día antes? Se saca algun partido de los hombres no pegándose un pistoletazo sino burlándose de ellos.

—Pero y si se les ama? dijo Violeta con sencillez y no temiendo abrir su corazón; si se les ama, por ventura no se burla una de sí misma?

—Teneis un corazón de oro; pero ya se volverá de bronce. Adios: estoy contenta de haberos visto: volveré mañana.

—Si, volved, dijo Violeta que empezaba á ser curiosa.

La señora de Entraygues estrechó su mano y partió dirigiéndole la mas hermosa sonrisa.

La belleza ejerce un despotismo que sojuzga á todo el mundo. Si Violeta hubiese visto acercarse á ella una figura cualquiera—*effigies sine anima*—una de esas figuras que no hablan al corazón, quizá su alma se hubiera sublevado; pero la jóven aceptó con no se que especie de invencible dulzura los encantos de la condesa y tuvo conciencia de que no iba allí para engañarla. Los corazones se ven. Violeta que jamás habia encontrado una amiga, se enamoró de aquella amistad inesperada. Se imaginó desde luego que la señora de Entraygues no le robaria á Octavio, bien como si el pistoletazo que se habia dado fuese como un título sagrado.

Octavio entró en las habitaciones de Violeta, cinco minutos después de haber salido la señora de Entraygues.

—Como estás? le preguntó.

—Bien, si tu me amas.

Octavio besó á Violeta en la frente.

—No es cierto, prosiguió ella que me amarás siempre?

Octavio no pudo menos que sonreír.

—Leo tu pensamiento dijo la jóven: tu me has amado, pero ya no me amas.

—Si no te amara me encontraria aquí?

—No: no es el amor lo que aquí te trae, sino la piedad. Me vengaré.

—Y harás bien, dijo Octavio que queria darle la sed de vivir.

—No has encontrado á tu hermosa querida?

—Ha venido? Lo dudaba: entonces su carruage era el que corria en la avenida del Arco del Triunfo. Es tan loca cual tú. Puesto que tu morada se convierte en una casa de locos no volveré mas á ella.

—Me quieres matar, Octavio?

—No; te amo y quiero que vivas: si esto te complace volveré con ella.

Al siguiente dia la señora de Entraygues fué á casa de Violeta: se encontraron con el Sr. de Parisi: al otro dia volvió tambien; pero en ella no encontró á Octavio el cual no quiso volver.

El jóven mandó á la niña el siguiente billete:

«Mi querida Violeta:

»Creo que nada tenemos que decirnos; no os mateis por los hombres: volved á ser hermosa. Tomad una tienda de florista y vendedlo todo menos violetas. No os relacioneis con mugeres del gran mundo porque os perderian. Adios: parto para Lóndres y os abrazo. Volved la hoja.»

No habia firma. Octavio no firmaba casi nunca.

Violeta volvió la hoja llorando. La jóven se indignó al encontrar un bono de diez mil francos contra Rothschild. Lo echó al fuego.

Al ver como ardia pensó que estaba quemando diez mil francos.

—Y soy tan bestia! dijo secando sus lágrimas.

Llegó la señora de Entraygues y se lo contó todo.

—Buena la hicisteis dijo. Escribiré á Octavio y os mandará veinte mil francos.

Violeta se puso mas mala que antes. Se hubiese muerto de dolor si la condesa no hubiese ido á consolarla.

La señora de Entraygues se consolaba á sí propia consolando á la jóven. No habia visto la profundidad de su caída.

Aunque su marido se hiciese de dia en dia mas indigno de ella, reconocia que ella era aun mas indigna que él. Es á la muger mas bien que al hombre, á quien Dios ha confiado el honor de la casa. Un enamorado habia franqueado el diintel de la suya: al verlo á cruzar, era ya su amante.

Ella no comprendia este deslumbramiento, este vértigo, este abismo. Se armaba con todas sus virtudes para remontar la corriente, para subir á esa cumbre donde no se goza la curiosidad de las tempestades, pero donde se respira el aire puro.

Estaba ya hecho! Pronto se debia confesar que una muger no se arrepiente de un amor sino entregándose á otro amor.

Es la ley fatal: la virtud no se reconquista: el Rubicon es muy fácil de franquear, pero si se vuelve á la otra orilla, el vado se hace imposible.

UNA REAPARICION EN LA ÓPERA.

Octavio se encontraba en la Ópera con sus amigos Miravault y Monjoyeux. Se representaba *El Profeta*. Se escuchaba con religioso silencio la música del bailarín *Los Patinadores*.

Miravault consultaba sin cesar su reloj. Monjoyeux soltaba de cuando en cuando una frase chispeante.

Parisis no consultaba el reloj, ni soltaba ocurrencias.

Habia visto entrar en un palco, á la misma jóven que habia encontrado en el bosque de Bolonia.

Era ella, la misma jóven, hermosa, altiva y resuelta, cuya belleza se encontraba templada por una gracia innata y por una dulce sonrisa. Era aquel perfil idealmente esculpido, era aquella misma cabellera abundante, retenida en su propio impulso y rubia como las doradas gavillas.

En aquella noche, sobre todo, estaba mas hermosa que nunca: sus brazos admirablemente modelados, sus hombros de marmol, su garganta firme y on-

deante á un mismo tiempo, su mano que agitaba el abanico con la sencillez del gran mundo, acababan de seducir á Octavio.

—Ved allí abajo! dijo á sus amigos.

—Y bien, dijo Miravault, es la marquesa de Fontanelles, la señora de Campanac y una jóven que no conozco. Pero tu no tienes tiempo de entretenerte en estas curiosidades: mira que hora es. Ya sabes que se nos aguarda en casa el señor Millon.

Octavio debia pedir prestados cien mil francos por una deuda contraida en el juego.

Volvióse hácia Monjoyeux.

—Puesto que os quedais en mi palco es necesario que averigüeis el nombre de esa hermosa criatura. Espero volver antes de que la funcion concluya.

—Vamos! vamos! dijo Miravault: hétete aquí aun con tu sed de conquistas. Nada hay que hacer allí, querido: tu sabes perfectamente que la marquesa se halla entregada á Dios por completo, que la princesa es una ambiciosa que quiere poner un escudo de oro mas en su blason. En cuanto á la jóven que hace esta noche su entrada en la Ópera, tu debes comprender, desde la primera ojeada, que es inconquistable como el cuadrilátero. Lo mejor que puedes hacer es pasar de lado. Ven pronto: el señor Millon nos aguarda.

Octavio estrechó la mano de Monjoyeux.

—Vos me direis el nombre de esta niña.

Estaba muy lejos de pensar que en aquel mismo palco estaba viendo tres naipes de su último juego:

la Dama de Oros, la Dama de Cópas y la Dama de Palos.

Si el hombre estuviese siempre entre bastidores tomaría interés en la comedia?

Octavio había rogado á Monjoyeux que averiguase el nombre de la jóven que estaba con la marquesa de Fontanelles en el palco de la señora de Campanac.

Estas señoras salieron al finalizar el cuarto acto.

—No tengo yo la culpa, dijo Monjoyeux á Parisis, cuando este volvió al teatro: hice lo posible para que no se marchasen: dije á la acomodadora que un duque, un verdadero duque, un conde del tiempo de las cruzadas, queria ser presentado á la marquesa de Fontanelles.

—Pero dijiste mi nombre?

—No.

—Y no me decís como se llama la jóven?

—Se llama Genoveva.

—Genoveva, que mas?

—Ah! me detuve en el nombre de pila.

—El diablo te lleve.

Octavio se puso furioso.

—Genoveva! prosiguió; yo conozco este nombre. Ah diablo! es el nombre de mi prima; pero esta es una verdadera parisiense, mientras que mi prima es una provinciana. Será necesario no obstante que vaya á visitar á la señorita de La Chastaigneraye.

Al volver á su casa el joven halló entre sus cartas

de la mañana este billete que aun no habia leído:

«Señor sobrino:

»Me marcho muy disgustada. Por dos veces he intentado veros para deciros adios, y el señor duque no recibia. No os perdonaré aunque me dispenseis la gracia de venir á Champauvert. Puesto que teneis miedo á vuestra prima, os prometo que no volveréis á encontrarla. Ella por su parte está animada con el deseo de no veros nunca.

»Por lo demás, señor sobrino, ruego á Dios que os tenga en su santa guarda.

»REGINA DE PARISIS.»

—Y bien! dijo Octavio: este año iré á cazar á Parisis.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO HERRERA"
15-16 1525 MONTERREY, MEXICO

res voluptuosas de Prudhon cuyos ojos están aun mismo tiempo bañados por la inocencia y el amor. La fábula ha hecho mas bella á Venus que á Juno.

El señor de París fué de repente cogido por un *volved*, segun diria la señora de Sevigné. Fué á saludar á Aliza diciéndola que se moria de amor.

—Os conozco, respondió ella: no creo ni una palabra de lo que decís.

Cualquier otro que no hubiera sido Octavio se hubiera desairado; pero él probó muy pronto á la señora de Entraygues que no la habia visto porque no habia querido volver á ver á Violeta.

—Sabeis que continua aguardándoos?

—Sí, pero todo ha concluido. El pistoletazo mató mi capricho. No me gustan estas bestialidades. Como quereis que vuelva á ver el seno de una mujer que ha sido ensangrentado?

—Pero esta sangre, mónstruo encantador, ha corrido por vuestra causa!

—Ni una palabra mas sobre Violeta. Qué habeis hecho de vuestra hermosa juventud desde nuestra última entrevista?

—Os he odiado.

—He aquí por donde el amor empieza.

—Y por donde concluye.

Charlábase en torno de Octavio y de Aliza. Aunque no se enorgulleciese de sus conquistas, el jóven sentia cierto placer de que le tuviesen por amante de la condesa.

XXV.

POR QUÉ EL SEÑOR DE ENTRAYGUES PREGUNTÓ Á SU MUJER SI PONIA LOS GUANTES Á OCTAVIO.

Octavio—segun su costumbre—no queria volver á ver á la señora de Entraygues. Ya se sabe que no gustaba de volver á lo pasado. Era entusiasta mas de las aventuras que del amor, ó, mejor dicho, preferia mas bien el amor de las aventuras que las aventuras del amor.

Pero tres dias despues en un baile de la princesa*** vió entrar á la condesa en toda la soberanía de la juventud, de la belleza y de los diamantes.

Todo el mundo gritó: «Que hermosa está!»

Necesario es decirlo: la condesa estaba mas bella despues de su caída que en la soberanía de su virtud. La tempestad hace brotar al siguiente dia mil flores inesperadas. La virtud tiene su despotismo, sus exigencias, sus inflexibles cadenas. La pasión cuando no se ruboriza, cuando no llora, cuando no se humilla tiene cierta irresistible desenvoltura. En las mujeres del gran mundo se envuelve aun bajo cierto aire de virtud que la hace mas penetrante, como esas muje-

Como la señora de Entraigues pareciese resuelta á no recibirle ni á ir á su casa, el jóven la amenazó con consolarse con una de sus amigas que pasaba por consolar á los afligidos. La condesa, bien pensado, hubo de preferir que fuese á consolarse á su casa donde se podría tomar en el viejo Sevres un segundo té mucho mas tierno que el primero.

Al siguiente dia, á media noche, cuándo el señor de Parisis se halló en casa de la condesa, fué necesario que venciera su rebeldía con toda la comedia del sentimiento.

—Ah! heos aquí, á mis piés! Lo esperaba. Y bien seguid en esta postura, mi querido duque.

—Estaré así siempre! dijo Octavio juntando sus manos sobre las rodillas de la condesa.

—No puedo menos que ocurrirseme, dijo esta, al veros en esta actitud mas ó menos burlona que en las comedias es siempre en este crítico momento, cuando el marido llama á la puerta.

La condesa no habia pronunciado estas frases cuando se llamó en efecto. Los dos amantes no se rieron. Octavio empleó menos tiempo en levantarse del que habia empleado en arrodillarse. Interrogó con los ojos á la señora de Entraigues. Mas por única respuesta ella apoyó un dedo sobre sus trémulos lábios.

Llamaron tres veces mas.

—No es mi marido, dijo la condesa, pues Gladiador no ha ladrado.

Este era un falderillo modelo; ella no le habia en-

ñado á ladrar contra nadie escepto á su marido. Quién dijo, pues, que el perro es el amigo del hombre?

—Lo mismo dá, prosiguió la condesa, saltad por el balcon.

Parisis obedeció. Abrió el balcon como un hombre ya práctico. Jamás un ladron ó un amante hizo menos ruido.

—Lllaman? preguntó la condesa en voz alta con aire de inocencia.

—Cómo si llaman? No hace poco tiempo! dijo el señor de Entraigues.

La mujer cerró la ventana, corrió las cortinas y acercó un sillón al alfeizar diciendo:

—Ah! sois vos amigo mio! Deseais tal vez que os abra la puerta?

—Bien lo veis, puesto que llamo hace ya una hora.

—Decidme que quereis.

—No tengo la costumbre de hablar desde la cerradura.

—No teneis la llave?

La señora de Entraigues recordaba perfectamente que se la habia tomado.

El conde volvió á dar tres golpes; mas fué con el pié como si quisiera significar su impaciencia.

—En verdad, amigo mio, que no os gusta parlamentar por mucho tiempo. Iba á acostarme y me visito. Es indispensable daros vonversacion? Se os tiene que leer el diaro? Se anuncia que la Patti se casa y que la Broban se divorcia?

—Pardiez! el mundo es un enfermo que jamás se vuelve del lado bueno.

La condesa abrió.

—Improvisais máximas como vuestro primo Larochefoucauld. No me refiero al antiguo.

—Gracias, querida: todos los Larochefoucauld son buenos: hasta los malos. No sabéis porque vengo á estas horas?

—Es cierto: nunca entráis sino á las cuatro ó á las cinco de la madrugada. No son apenas las doce.

—He jurado no jugar mas y os suplico que me ateis las manos. He jugado por última vez esta noche. He perdido cerca de setecientos lises; pero esto es aun mejor, toda vez que no jugaré mas. Ah! querida mia: voy á convertirme en un hombre de la edad de oro. Y el conde añadió como si hablara consigo mismo:

—Después de haber pagado.

La señora de Entraygues le oyó.

—Cómo! no habeis pagado?

—Oh! esto sucede todas las noches. Se juega bajo palabra. Es mi palabra de honor.

—Si no habeis pagado supongo que no habrá sido por falta de dinero.

El conde sacó del bolsillo de su chaleco una moneda de cien sueldos con la efigie de Luis XVIII, horadada en tres partes, verdadero amuleto, que, naturalmente, siempre le habia traído desgracia.

—Por falta de dinero, señora. Veis este objeto de arte?

—Es todo lo que os queda?

—Sí, querida mia, con nuestra escritura de matrimonio.

—De nuestra escritura de matrimonio ya hablaremos mañana. Ahora es necesario pagar.

La señora de Entraygues abrió un cajon donde guardaba sus retazos.

—Sois admirable, la dijo su marido; considerais los billetes de banco como si fuesen retazos. Como os arreglais para que no se acaben nunca?

—Porque no juego. Cuanto necesitais?

—Dadme tan solo diez billetes color de rosa.

—Cincuenta mil francos, dijo la condesa: hélos aquí.

—Sois un ángel, Aliza.

El señor de Entraygues se inclinó para besar la mano de Aliza.

No dió el beso. Habia visto sobre la alfombra un guante que le pareció que no era de mujer.

Lo recogió.

—Señora, dijo, quereis poner os este guante?

E intentó con violencia meterlo en los dedos de su esposa.

—Ya lo sospechaba, exclamó: ahora mismo estabais poniendo el guante á Octavio.

Y se rió de la ocurrencia para disimular su cólera.

Luego se preguntó formalmente si debia matar á Aliza.

—Adios, señora, dijo, voy á pagar mi deuda para

honra de la casa que vos protegeis tan bien. Mañana os devolveré este dinero con los intereses.

Salió.

Esta escena no duró medio minuto.

Aliza corrió á la ventana.

—Estamos perdidos! dijo; ha recogido uno de vuestros guantes y me ha preguntado si yo enguantaba á Octavio.

—Quedad tranquila, dijo este, mis caballos me aguardan en la calle de Courcelles y estaré en el círculo antes que él.

Y besó la mano que el señor de Entraygues no habia querido besar.

—Octavio! Octavio!

—Adios! Adios!

Cuando el señor de Entraygues llegó al círculo, encontró al señor de Parisis sentado en una mesa de baccaret.

Le tendió su guante colgando en el extremo de su bastón.

—Es vuestro guante, no es cierto?

—Sí, dijo Octavio, y si no estais contento guardadle.

Y dirigiéndose á los circunstantes:

—Señores, añadió, mañana nos batiremos: el señor de Entraygues me ha sorprendido en casa de su querida. Ni una palabra mas, pues si la señora de Entraygues lo supiera...!

El duelo fué terrible.

Todos los que manejan la espada aun lo recuerdan.

Batiéronse en el parque de una quinta del Bosque de Bolonia. De Entraygues, herido en una mano, no quiso cesar en el combate. Habia dicho que aquel era un duelo á muerte. Alcanzó á Octavio en la espalda y vió brotar la sangre; pero esto no fué bastante. Tuvo mucho que hacer por mas que Octavio se contentara con defenderse; le hirió en la mano y Octavio entró en calor: cogió su espada con la mano izquierda y desarmó por dos veces á su adversario.

Los testigos mediaron entre ellos y declararon que el honor estaba satisfecho.

Pero el duelo volvió á continuar. De Entraygues se batia como un loco furioso. Concluyó por echarse sobre la diestra espada de Octavio. La sangre brotó del pecho. Cayó rugiendo y agitando su espada.

—Y bien, dijo á los testigos con una risa horrible, el honor ha quedado satisfecho.

El honor solo hubiera quedado satisfecho si el señor de Entraygues hubiese podido convertir al amante en marido.

El duelo no habia terminado. Volvió á empezar entre el señor de Entraygues y su mujer.

Cuando el conde fué llevado á su casa, preguntó por la condesa. Se le dijo que habia partido á la hora misma en que se verificaba el duelo y se le entregó esta carta:

«Adios, caballero, voy á Irlanda á casa de mi

abuela. No necesitamos de la separacion de cuerpos, toda vez que se ha verificado desde mucho tiempo, ni de la separacion de bienes, toda vez que os los habeis comido. Adios.

»ALIZA DE CHARMOY.»

Con la misma tinta escribió á Octavio lo siguiente:

«Decididamente vuestro amor trae desgracia. Vos casi habeis matado á Violeta y á mí me habeis desterrado. No os digo donde voy porque tampoco vendrais.

»ALIZA.»

XXVI.

UNA EMBAJADA GALANTE DE OCTAVIO DE PARISIS.

Octavio, á semejanza de Gaston de Villeroy, se fastidiaba bastante aguardando su credencial de ministro plenipotenciario en Alemania, por mas que no se entusiasmase demasiado por la orilla derecha del Rhin.

Aguardando este nombramiento el jóven no se consumia en el orgullo engañado.

Uno de sus amigos, Guillermo de Montbrun, debía casarse con la señorita Lucila de Courthuys en la capilla del Senado.

Las esquelas de convite se imprimian. Al siguiente dia esta nueva debía estallar en todos los salones de Paris.

Como Octavio, Guillermo frecuentaba estos salones desde el mejor hasta el peor.

—Por qué vienes tan de mañana? preguntó á su amigo Octavio que se despertaba.

—Porque no hay un instante que perder. Me prometiste que estarias á mi lado en las cuestiones de honor y te despierto.

abuela. No necesitamos de la separacion de cuerpos, toda vez que se ha verificado desde mucho tiempo, ni de la separacion de bienes, toda vez que os los habeis comido. Adios.

»ALIZA DE CHARMOY.»

Con la misma tinta escribió á Octavio lo siguiente:

«Decididamente vuestro amor trae desgracia. Vos casi habeis matado á Violeta y á mí me habeis desterrado. No os digo donde voy porque tampoco vendríais.

»ALIZA.»

XXVI.

UNA EMBAJADA GALANTE DE OCTAVIO DE PARISIS.

Octavio, á semejanza de Gaston de Villeroy, se fastidiaba bastante aguardando su credencial de ministro plenipotenciario en Alemania, por mas que no se entusiasmase demasiado por la orilla derecha del Rhin.

Aguardando este nombramiento el jóven no se consumía en el orgullo engañado.

Uno de sus amigos, Guillermo de Montbrun, debía casarse con la señorita Lucila de Courthuys en la capilla del Senado.

Las esquelas de convite se imprimian. Al siguiente dia esta nueva debía estallar en todos los salones de Paris.

Como Octavio, Guillermo frecuentaba estos salones desde el mejor hasta el peor.

—Por qué vienes tan de mañana? preguntó á su amigo Octavio que se despertaba.

—Porque no hay un instante que perder. Me prometiste que estarias á mi lado en las cuestiones de honor y te despierto.

—Habla: se trata de un duelo?

—Sí, de un duelo á muerte: me caso.

Octavio se incorporó en la almohada.

—A qué viene este bromazo?

—He encontrado una mujer adorable; no te lo he dicho mas pronto, conociendo por tus instintos que me la hubieras robado. Y sin embargo, á Dios gracias, no es mujer que se deje robar. No puedes figurarte lo que es: es un ángel!

—Un ángel con cincuenta mil libras de renta? El pan es tan caro en la mesa!

—No hablemos de dinero.

—Tienes razon: es cosa que siempre se tiene y no se tiene.

—Querido, no vengo á hablarte de la nóvia ni del dote.

—A propósito: qué dirá aquella dama que entreví una vez bajo los árboles de la Valliere en Versalles? Iba muy velada, pero creo que era hermosa. Andaba como una reina y si despues ha cojeado como la señorita de la Valliere habrá sido porque se debió torcer un pié paseando contigo.

—Precisamente vine aquí para hablarte de ella.

—Es necesario entonces que yo la robe?

—No voy á pedirte este servicio. Pero, en fin, tú con frecuencia has sido mi amigo.

—Esplicate, esfinge.

Guillermo de Montbrun se echó en un sillón.

—Hélo aquí. Soy adorado como todos los que van

á casarse; una muger no te ama sino cuando otra muger se le pone frente á frente. Esto es ya viejo.

—Oh! amigo mio! cuan desgraciado eres si te aman.

—No me hables de ello; ya lo sabes. Y bien, mi querido embajador en ciernes, es necesario que vayas en busca de la dama en cuestion, y que le arranques el amor de su alma.

—Es muy sencillo. Me dirijo á ella y la digo: «Señora, no ameis á mi amigo Guillermo, porque ha entregado su corazon á otra muger.» Y cuando la haya hablado la dama contestará: «Ya no le amo.» Esto se hace así siempre. Temes que dé de puñaladas á la blanca desposada?

—Lo temo todo; temo, sobre todo, que no se mate á si misma. Cuando una muger cae en la bestialidad de amar, es capaz de cometer las demás torpezas.

—Entonces obrarás mejor no diciéndola nada, hasta despues de la luna de miel.

—Oh! si no hubiese periódicos! Pero uno de estos dias leerá la noticia, y caerá sobre mí como una avalancha ó como un rayo. El amor que empieza es una gran cosa; pero el amor que acaba....

—He aquí porque vuelves á empezar.

—No riamos; esto es muy formal.

Guillermo de Montbrun se levantó y llevó á Octavio, siempre acostado, un paquete sellado con sus armas, que contenia unas cincuenta cartas, pálidos recuerdos ya sellados por la tumba.

—He aquí sus cartas. Tu irás á su casa; la encontrarás en ella á las dos. Su marido no vá á ella sino cuando ha salido de la Bolsa...

—Donde se siente feliz. Como se llama él, ó como se llama ella?

—Se llama la señora... la señora de Revilly.

—De veras? No la conozco; pero se dice que es hermosa.

—No frecuenta la sociedad. Se habia aprisionado en nuestro amor con una ventana abierta sobre el cielo. Ya lo sabes: las mugeres arreglan todo esto: Dios y el Diablo.

—Porque las mugeres son la obra de Dios y del Diablo. Pues bien: llevaré estas cartas á la señora de Revilly.

—Y naturalmente le pedirás las mias. Ya comprenderás que si al siguiente dia de mis bodas tuviese el capricho de enviarlas á mi muger, Lucila no me perdonaria el haber escrito á otra con tal elocuencia del corazon.

Parisis miró sorprendido á su amigo Montbrun.

—En verdad que estás precioso al inquietarte por semejantes bicocas. Tu muger te perdonará tanto mas facilmente cuanto mayor haya sido tu elocuencia. Pero en fin, tu quieres romper; rompamos.

Octavio consultó el reloj.

—Las diez. Hoy no tendré tiempo de ocuparme de mí mismo. Tengo que arreglar un desafio lo cual quiere decir que se llevará á cabo; debo hacer una

visita al ministro para probarle que no le guardo rencor; tengo que romper una cadena para un esclavo blanco que ya ha aceptado otra; he de mostrar un caballo nuevo, ó sea pasear en el Bosque de Bolonia; he de asistir á una comida oficial y á un baile en la embajada de Austria. En fin, á la media noche podré empezar mi jornada.

—Sé que eres un un sábio y que para tí cada grano de arena que cae del reloj de la vida es un grano de oro.

El señor de Montbrun se habia levantado.

—Adios: cuento en tí. Ya sabes cuanto es necesario decir á la dama. Háblale de mi dolor y de mis deudas.

—Si el hombre se casa para escapar á una querida que le fastidia y esto se pone en la cuenta de los acreedores. Queda tranquilo: soy un excelente abogado para las causas desesperadas. Sabes porqué?

—Porque te divierten.

—Porque estudio la muger.

—Y porque no se aprende á conocerla sino despues de haber metido el escarpelo en todos los corazones.

—Oh! no soy tan buen médico.

—Volveré por la respuesta á las seis.

—Sí, me encontrarás: es la hora en que me vestiré para ir á comer.

Los dos amigos se estrecharon la mano.

—No olvides que ella vive en el boulevard Hauss-

man. Recuerdas el otro día en que me pediste lumbré para encender el cigarro? Estábamos en su puerta cochera. Que el cielo te guíe!

—Sé feliz: vé á cojer las flores de naranjo.

A las dos el señor de Parisis bajaba á pié por el boulevard Haussman para desempeñar su mision; como un abogado que vá á defender una mala causa buscaba buenos argumentos.

—Aquí es donde vive la hermosa, dijo de pronto mirando un palacio de arquitectura demasiado complicada.

—La señora de Revilly? preguntó.

Se le hizo una seña afirmativa y subió la escalera. El portero habia hecho resonar dos veces el timbre para anunciar la visita de un caballero. Cuando era una muger solo lo hacia oír una vez.

Octavio, conoció por la escalera, que habia entrado en una buena casa.

Un lacayo preguntó por su nombre y volvió en seguida para decirle que pasase adelante.

Vióse algo contrariado al ver dos señoras en vez de una.

La cosa iba mal; aquel día lo era de recepcion. Aunque era muger de mundo, la señora de la casa no pudo disimular cierta sorpresa al ver que el Señor de Parisis entraba.

—No aguardaba vuestra amable visita, le dijo sonriendo con gracia.

—Dispensad, señora. Ha sido necesaria toda una

historieta que os contaré para autorizarme á mi mismo á presentarme ante vos sin haber tenido antes el honor de haberos sido presentado.

La señora que estaba de visita comprendió que no se contaria esta historia en su presencia. Despues de algunas profundas reflexiones sobre la lluvia y el buen tiempo, se levantó y salió sin que se hiciesen grandes esfuerzos para detenerla.

El señor de Parisis habia estudiado ya la señora de la casa. Era muy hermosa, en toda la expansion de la segunda juventud, que es quizá la verdadera.

—Señora, prosiguió Octavio con gravedad, podeis concederme algunos instantes y abrirme un paréntesis de cinco minutos en vuestras tres horas de recepcion?

—No respondo de nada, respondió la dama mucho mas sorprendida con esta pregunta que con la llegada de Octavio: pero os diré que tendreis todas las probabilidades de no ser interrumpido, pues las verdaderas visitas no empiezan sino hasta las cuatro y sobre todo al regreso del Bosque de Bolonia. Hablad, caballero.

—Pues bien, señora habeis leído novelas? habeis estado en la comedia? Si: no es cierto? Enhorabuena: figuraos que sois una heroína de novela ó un personaje de comedia. Es otra cosa la vida, sobre todo, la vida del corazon?

—No os comprendo bien, caballero.

—Me parece que os he visto en la primera repre-

sentacion de una comedia en que hay una niña que se ama, y una muger jóven que se ha amado. Febvre está muy enamorado de la muger; pero vá á casarse con la niña: es la ley del mundo.

La señora palideció.

Octavio calló un instante para ver lo que diria; pero ella guardó silencio.

—Ya recordareis, prosiguió Octavio, que Febvre tiene tanto miedo de sí mismo que elige un embajador para dar el supremo adios á su querida.

A estas últimas frases la señora se levantó esclamando:

—Se casa! lo habia adivinado! Hace ocho dias sentí una corazonada.

Y la señora cayó aterrada en su sillón.

El señor de Parisis se levantó á su vez para cogerle la mano.

—Se casa, señora. Pero os ama. Vivirá al lado de otra, pero vivirá en vuestro recuerdo. Que quereis! el mundo es así. He aqui porque el alma aspira siempre á otra pátria, lo cual prueba que el divorcio debe ser decretado. La señora parecia no escuchar.

—Pero caballero, esto es imposible: ha olvidado que todo se lo sacrifique hasta el honor y el honor de mi casa; pensad caballero que mi marido lo sabe todo y que me ha maldecido. No quiere volverme á ver. El escándalo no ha estallado, porque mi marido es un hombre, galante. Pero me ha desterrado de mi familia. Heme aqui sola! sola! sola!

La dama se levantó. Su palidez y desesperacion eran espantosas.

—No me queda mas que el desconsuelo; no me queda otro remedio que la muerte.

—Todo se arreglará, señora. El bien engendra el mal, como el mal engendra el bien.

—Ah! caballero, no me pago de frases, cuando una vez se me ha dicho: «te amaré en la vida y en la muerte.» He sufrido de un modo fatal esta pasion, porque vuestro amigo hubiese muerto, si yo no le hubiese amado. Si supieseis cuanto he resistido! como le ocultaba los sentimientos de mi alma! como cumplía yo mi deber! y ahora que he caido, como todas las mugeres que caen, es decir, haciendo un sacrificio, se irá alegremente, sin curar de mis lágrimas, á hacer la dicha de otra! no: yo no lo quiero. Primero habrá un escándalo; tanto peor! yo le demostraré que no se me trata cual una muñeca. Cuando oirá mis sollozos, no se atreverá á mojar la pluma para firmar mi sentencia de muerte. Pero acaso tiene corazon vuestro amigo? y yo que creia tanto en el!...

La dama dijo todo esto con un acento de pasion que hubo de conmover á Octavio.

—He aqui toda una muger, se dijo.

Lo cual no le impidió el coger las cartas y presentarlas á la Hermiona feroz.

—Estas son vuestras cartas, señora.

La jóven dió un brinco.

—Mis cartas! las cogió y las echó al fuego.

—Oh! no, dijo Parisis, arderian demasiado pronto.

El sobre estaba ya ardiendo.

Octavio las sacó de la lumbre.

—Y se imagina que le devolveré las suyas? no, caballero: primero arrancará mi corazón. Oh! si supieseis!....

La jóven cayó por tercera vez en su sillón. Estaba casi muerta; su corazón iba á romperse y buscó su pomito de esencias. El señor de Parisis lo cogió en la chimenea y se lo hizo respirar.

—Caballero, dijo, sin duda me encontrareis muy ridícula. Sé que no se permite á una mujer el tener corazón, pero en fin ya que sois su confesor lo cual es una indiscreción que no comprendo, por mas que os considero bien educado, sed también el mio. Ya comprendéis que no soy de aquellas que dan toda su vida por un capricho. Si di tan profunda caída fué porque creía hallarle conmigo al fondo del abismo. Para mí la soledad es la muerte. Decídselo bien.

—Pero señora os queréis saturar del ideal sin poner los piés en la tierra. Pensad que si se casa es porque no tiene dinero.

—No tiene dinero! no se diría que yo me comí el suyo? A Dios gracias no se ha arruinado por mí. Nunca le he costado mas que algun ramo de lilas.

—No lo dudo. Pero en fin no tiene dinero. El mal estaba ya hecho. Qué queréis que haga, él que es ambicioso y que lleva un buen nombre? Nobleza obliga.

—Sí, nobleza obliga á ser un hombre honrado. Qué importa que no tenga dinero si en cambio yo le tengo.

Octavio sonrió.

—Perdonad, señora, vos apreciáis demasiado á mi amigo para someterle á ese régimen y yo os estimo demasiado para atribuir vuestras frases á la cólera.

—Pero caballero, mi fortuna es mia. Es tan mia como de mi marido que está reñido á muerte conmigo. Ahora mismo acaba de partir para una de mis haciendas..... pero teneis razon: estoy loca y no sé lo que me digo. Vuestro amigo es un cobarde, pues si me amase no diría que no tiene dinero.

—Qué quereis! el hombre no es perfecto; os ha adorado y os ama aun, pero su mala suerte le arranca á su dicha. Es necesario perdonarle.

—Perdonarle! jamás! Decidle que venga: quiero hablarle.

—Sí, pero no quiere escucharos: le consta que hablaríais bien y que tendríais razon.

Octavio se dijo á sí propio:

—Y bien! he sido un mal abogado; pero la causa es desesperada. Solo me puedo batir en retirada.

É inclinándose hácia la señora añadió:

—Señora, aquí teneis vuestras cartas: queréis darme las de mi amigo?

—Caballero, no quiero mis cartas ni quiero devolver las suyas. Sus cartas son mias como las mias son de él.

—Es vuestra última palabra?

—Sí. Adios, caballero. Una frase mas: decidle que le odio.

—Sabia, señora que me diriais esto; pero yo sé traducirlo.

Y acercandose á la jóven, prosiguió:

—Le odiais mucho, no es cierto; señora?

—Sí, dijo esta ocultando sus lágrimas.

Y volviendo á cobrar su dignidad, dijo.

—Me moriré, decid á Horacio....

—Horacio! exclamó Parisis.

Se imaginó que aquella mujer tenia dos amantes y la contempló maravillado.

—Pero señora, no es Horacio quien me envia, dijo, sino Guillermo.

—Guillermo! qué Guillermo?

Octavio se preguntó si representaba la comedia.

—Veamos, le conoceis perfectamente: hablo de Guillermo de Montbrun.

La jóven soltó una carcajada.—Señor de Parisis, dijo, os equivocasteis de puerta; dirigios á otro lado.

—Acaso no sois la señora de Reville?

—No: soy la señora de Argicourt.

Ambos se rieron de este error en la comedia.

—Justamente, prosiguió la jóven, la señora de Reville estaba aquí cuando vos entrasteis.

—Era ella! He aquí, pues, porque cuando he preguntado al portero por la señora de Reville, me ha dicho que subiera.

—Sí, señor de Parisis, es mi mejor amiga; pero ya intentará consolarse.

—El amor consuela al amor.

—Tengo un consejo que daros; antes de decirla que su amante ya no la ama, decidla que vos la amais.

—Quedad tranquila, señora. Conozco que soy un mal diplomático. En lo sucesivo procuraré enmendarme.

Octavio y la señora de Argicourt se habian convertido en los mejores amigos del mundo. Se consideraba tan feliz al no perder á su amante que no le faltó mucho para echarse en brazos de Octavio.

Este adivinó tal movimiento.

—Ah! señora, dijo fingiendo una pasión súbita: aquí seria donde yo me podria enganar mas facilmente.

Mas un pensamiento formal agitaba el corazon de la señora de Argicourt inclinó al pecho su cabeza y tomó la actitud de una de esas hermosas arrepentidas que piñta con tanta elocuencia y sencillez la señorita de La Valliere en su carta á Mabilion.

En su rostro se habia derramado una expresion de profunda tristeza.

El señor de Parisis la miraba con sorpresa: se inclinó hácia ella y cogió su mano.

—Y yo que me creia tan feliz! dijo ella.

—No se os ama aun, señora?

La jóven irguió con energia su cabeza y separó su mano.

—Pero, caballero esto era un secreto entre dos y vos habeis venido á sorprenderlo. Todo há concluído. No me atreveré á ser feliz.

En el acento de aquella mujer habia el dolor y la cólera. Parciaele que al arrancar este secreto de su alma, Octavio habia arrancado todo el encanto de su amor. Aquella soledad de dos—pues el amor hasta en Paris es siempre una soledad entre dos—quedaba eternamente violada; la jóven creia que el señor de Paris estaria siempre allí con su sonrisa burlona presenciando aquel espectáculo y las escenas mas íntimas. Era el mismo diablo que habia arrojado una luz fatal en el secreto de su vida.

Y como la señora de Argicourt se hallaba entregada por completo á la emocion del momento, se abandonó como un niño á su dolor y su cólera.

Octavio estudiaba aquel carácter con una curiosidad siempre creciente.

—He aquí, se decia, una mujer hermosísima que hace bien todo lo que hace: estoy cierto que cuando está con su amante no se anda con tonterias.

Juzgó que era necesario echarla en otra corriente de ideas. Parecia que rogaba á Octavio que la dejara sola con su dolor; pero él consideraba indigno, el no consolar con toda su retórica á tan hermosa criatura.

Fuera de esto Octavio tenia conciencia de que sentia algo mas que la curiosidad.

—Como, señora, dijo, porqué un hombre bien educado há sorprendido por una ventana abierta que vos

os consolabais del matrimonio con el amor, vais á sentir esto? Há pasado ya el tiempo de las heroínas que lloran. Vos sois demasiado hermosa para verter lágrimas.

—Quizá tengais razon, dijo la señora de Argicourt recobrando su sonrisa. El amor me ha perdido; mas á fuerza de amor quiero elevar mi pasion hasta el heroismo. No se condena por completo á una muger cuando sufre los impulsos de su alma.

—Señora, no se condena á una muger cuando tiene vuestro admirable rostro. «Hermoso rostro, hermosa alrúa,» ha dicho Lamartine.

—Soy hermosa? en verdad que no lo sospechaba.

—Acaso él no os encuentra bella?

—Quizá, pero es un alma taciturna que me adora en silencio.

—Y como se llama ese feliz Horacio?

—Quereis averiguar todo mi secreto? Se llama....

La señora de Argicourt se interrumpió.

—Se llama el Amor.

—Y sois dichosa?

—Sí, muy dichosa.

Era la expresion de la alegria despues de los impulsos de la cólera y de los celos. Sus lábios se agitaban como dos rosas despues de la tempestad.

—Pues bien, ya que sois tan feliz, señora, es necesario que yo os dé un beso; esto me traerá dicha.

La señora de Argicourt no lo queria, pero Octavio la acercó á su corazon.

—Un beso de hermano, no es cierto? dijo ella echando hacia atrás su cabeza.

—Sí, el beso de Renato á su hermana.

La señora de Argicourt presentó su frente; mas el señor de Parisis descendió á sus lábios.

—Veo que no jugáis, dijo ella muy risueña.

Por mas sentimental que fuese aquella muger, era una de las mas lujuriosas criaturas que la Borgoña envia á Paris. Ya se sabe que la Borgoña dá las mas hermosas nodrizas y la sangre mas viva; es la sangre de sus viñedos. Asi es que los niños que crian maman las cepas.

El señor de Parisis seguia apoyando su corazon en la señora de Argicourt.

Era una muger de treinta años, que se habia casado con un noble de provincia, sin iniciativa, sin carácter, sin energia, uno de esos hombres como hay muchos, que han nacido para morir sin haber vivido, porque la hada Pasion no ha mecido su cuna.

La señora de Argicourt, hija de un propietario de viñedos con gran fortuna, se habia casado con el señor de Argicourt por su titulo de baron.

En la ciudad de Dijon...

La hermosa dijonesa habia querido deslumbrar á todo el mundo, con el brillo de su escudo. Desgraciadamente cogió un marido cuyos viñedos ya usados desde hacia tiempo no debian embriagar á nadie. He aquí porque hácia los treinta años la hermosa dijo-

nesa abrió su segundo tomo con un amante mas borgoñon que el primero. Con su marido, solo habia bebido un vino ordinario; con su amante bebió un vino mejor. Pero ella no habia probado aun el rancio.

El señor de Parisis le reveló en aquel abrazo de diez segundos que aun existia el vino de Clos-Vougeot y de Romané, lo cual hubo de embriagarla de repente.

El amante que ella adoraba solo era un Dios en su fantasia. El señor de Parisis que estaba cien codos mas alto que él por la belleza, el talento, la nobleza y por su astucia donjuanesca, le hizo perder en diez segundos la mitad de su prestigio. Existen magnetismos despóticos que encadenan á una muger y transtornan su alma. Se decia de Octavio: «Todo lo que él toca se convierte en fuego.» como se dice de el sol: «Todo lo que él toca se convierte en oro.» Y en efecto, cuando habia tocado una muger podia volar impunemente de sus brazos pero toda su vida guardaba su recuerdo. Esto consistia en que nadie cual él tenia mas fuerza en la gracia ni mas fuego en la pasión.

La señora de Argicourt estaba embriagada.

El veneno del amor, el mas sutil de todos los venenos, habia penetrado en su alma y en su sangre. Lo sufría sin protestas como si sus brazos estuviesen encadenados entre rosas. Octavio inclinado sobre ella respiraba su aliento con adoracion y esparcía el suyo en sus ojos como para cegarla.

—Creo que sois el diablo, murmuró ella.

El timbre resonó una vez.

La jóven se desprendió á sus brazos y volvió su cabeza al espejo.

—Oh! Dios mio, dijo: me habeis despeinado!

Y huyó hacia su tocador.

Octavio no era hombre para quedarse pegado á la chimenea, y recibir una visita cualquiera. Por otra parte él no consideraba perdida la partida. Siguió á la señora de Argicourt que estaba ya en su tocador.

—Porque cerrais la puerta? le preguntó ella.

—Porque he entrado.

—Y porque habeis entrado?

—Porque yo tambien quiero arreglar mi peinado.

—Señor de Parisis, los dos estamos locos.

—Estoy loco, señora, porque os he visto.

La señora de Argicourt que se habia sentado en frente del tocador se levantó para recibir la visita; pero Octavio la detuvo.

—Ya sabeis que vuestros admirables cabellos están ahora tan desordenados como antes y que os han puesto aun mas bella.

La señora de Argicourt quiso salir; pero Octavio la cogió en sus brazos.

—Ved que se me aguarda, señor de Parisis, dijo.

—Y yo os aguardaba desde que existo, pues no he amado á otra que á vos.

Y despues de esta frase la dió un segundo beso.

—Esto es una tirania! hème aqui otra vez despeinada: voy á gritar.

—Pues yo os cierro la boca.

Y la dió un tercer beso.

—Oh! cuan desgraciada soy! he perdido la cabeza; quisiera pegaros.

Octavio sonreia mirando con pasion á la señora de Argicourt sin que por esto dejase de apoyarla á su pecho.

—Estoy desesperada. Si entramos juntos daremos un escándalo.

—Pues bien, me quedo aquí.

La señora de Argicourt quiso tomarlo á broma y dijo:

—Acaso estais en vuestra casa?

—El amor está siempre en la suya, señora.

Se puede matar de un golpe y con el ridículo á un amante en el corazon de su querida; sucede tambien que por medio de la comparacion se puede desmonetizar ó rebajar el valor de un enamorado. La señora de Argicourt se habia echado llena de pasion en brazos de su amante porque era un hombre que no era su esposo.

En aquel momento se veia frente á frente de aquel irresistible Parisis, del cual decian tan mal las mugeres y ella no pudo menos que medir y comparar su talla: Octavio sobrepujaba á Horacio con todas las superioridades, con su título de duque, con su altiva hermosura y con su irónico talento. Hasta en-

tonces habia llamado á su amante y segun el estilo dijónés su angel y su Dios; mas Parisis tenia algo del demonio. Sentia el infierno. Ella arriesgaba á ser condenada como todas las mugeres que buscan el paraíso.

Entretanto la persona que estaba de visita y que se fastidiaba al verse sola se colocó en el piano y tocó el vals de las Rosas.

—Bailemos el vals, dijo Octavio cogiendo á la señora de Argicourt por la cintura.

La persona que estaba de visita ejecutaba maravillosamente este vals que ha embriagado por espacio de cinco años á las pecadoras mas hermosas.

Y cuando resonó el postrer suspiro:

—Oh! Dios mio, dijo de pronto la señora de Argicourt; y mi visita!

—Oh! Dios mio, dijo de repente Octavio, y mi embajada!

XXVII.

EL VALS DE LAS ROSAS.

Octavio no habia descendido aun la escalera de la señora de Argicourt cuando pensó en la señora de Revilly.

Preguntóse como debia representar su papel; pero como era de aquellos que no creen sino en la inspiracion del momento, como no ignoraba que con frecuencia las baterias mejor situadas, pierden sus fuegos en un sitio, á la misma hora en que un accidente, una traicion, una cobardia, un acto de heroismo dá la plaza al enemigo, resolvió abordar, sin prévia reflexion, la amante abandonada.

Se presentó á su puerta. Habia vuelto despues de hacer su visita á la vecina, pero acababa tambien de salir.

Octavio se alegró tanto mas de esto, cuanto solo tenia cinco minutos que perder, para montar á caballo.

Llegó un poco tarde al Bosque, mas no por esto dejó de producir su efecto. El caballo que queria pre-

tonces habia llamado á su amante y segun el estilo dijónés su angel y su Dios; mas Parisis tenia algo del demonio. Sentia el infierno. Ella arriesgaba á ser condenada como todas las mugeres que buscan el paraíso.

Entretanto la persona que estaba de visita y que se fastidiaba al verse sola se colocó en el piano y tocó el vals de las Rosas.

—Bailemos el vals, dijo Octavio cogiendo á la señora de Argicourt por la cintura.

La persona que estaba de visita ejecutaba maravillosamente este vals que ha embriagado por espacio de cinco años á las pecadoras mas hermosas.

Y cuando resonó el postrer suspiro:

—Oh! Dios mio, dijo de pronto la señora de Argicourt; y mi visita!

—Oh! Dios mio, dijo de repente Octavio, y mi embajada!

XXVII.

EL VALS DE LAS ROSAS.

Octavio no habia descendido aun la escalera de la señora de Argicourt cuando pensó en la señora de Revilly.

Preguntóse como debia representar su papel; pero como era de aquellos que no creen sino en la inspiracion del momento, como no ignoraba que con frecuencia las baterias mejor situadas, pierden sus fuegos en un sitio, á la misma hora en que un accidente, una traicion, una cobardia, un acto de heroismo dá la plaza al enemigo, resolvió abordar, sin prévia reflexion, la amante abandonada.

Se presentó á su puerta. Habia vuelto despues de hacer su visita á la vecina, pero acababa tambien de salir.

Octavio se alegró tanto mas de esto, cuanto solo tenia cinco minutos que perder, para montar á caballo.

Llegó un poco tarde al Bosque, mas no por esto dejó de producir su efecto. El caballo que queria pre-

sentar, que era de buena sangre, produjo la admiración en todo el mundo. Los hombres decían en torno de Octavio. «Únicamente Parisís puede hallar estas gangas.» Y las mugeres esclamaban: «solo él puede montar tan buen caballo.»

Octavio pensaba vagamente en la señora de Revilly y en su embajada cuando de repente vió á esta muger en coche, la cual jugaba con su sombrilla como la princesa K** juega con su abanico.

—Decididamente es hermosa, dijo inclinándose con una sonrisa.

En el Bosque el dar un saludo no inquieta á nadie, pues siempre hay alguien que lo acepta.

La señora de Revilly, lo aceptó.

—El señor de Parisís dijo.

Un ligero rubor coloreó su semblante. Saludó con una gracia encantadora á semejanza de una muger de mundo que no pertenece completamente al gran tono cuando se vé saludada por el príncipe de Metternich, el conde Walewski ó el duque de Persigny.

—Está bien, dijo Octavio: somos ya antiguos amigos, toda vez que esta es la segunda presentación. Cuando mañana iré á su casa podremos hablar del pasado.

Y se afirmó en el concepto de que era hermosísima.

Al subir por la avenida de la Emperatriz, Parisís volvió á ver á la señora de Revilly; esta vez se pudo acercar á su carruaje.

—Perdonad, señora, dijo, si entro sin dar tres golpes.

Era una muger de talento y respondió en seguida:

—No hay nadie en casa, caballero.

—Una muger nunca está sola cuando está sola; pero esto no me concierne. Vengo, señorita, á pedir os una audiencia de cinco minutos.

—Una audiencia, caballero! pensais, tal vez, que concedo gracias?

—Aunque no sea mas que la de veros.

—Es una gracia que jamás concedo en mi casa, pues yo no recibo sino á mi esposo el cual no me mira. Vais esta noche á casa vuestro ministro á ver los príncipes estranjeros?

—Si me concedeis allí mis cinco minutos....

En aquel momento, el cochero que no se inquietaba por aquella conversacion, se alejó mucho del paseo de los ginetes para que Octavio pudiese oír la contestacion de la señora Revilly; mas por la manera con que saludó hubo de comprender que en aquella noche seria muy accesible entre la muchedumbre del ministerio, entre los príncipes, los artistas, los embajadores, —y—á pesar de la diplomacia de las mugeres—los espropiados y los que piden serlo.

Se dice que cuando se busca una muger no se la encuentra. No fué esto lo que sucedió por la noche á Parisís. Cuando subia la escalera seguia la cola de un vestido de magnífico aspecto que era de tafetan, sem-

brado de flores y cubierto de blondas. Un miembro del Instituto de la Academia de Antigüedades y de Bellas Letras que no habia andado sino en los jardines griegos, pisó aquella cola, lo cual hizo que la dama volviese la cabeza.

—Es ella, dijo Octavio.

Y la saludó salvando tres peldaños.

—Hay gentes, la dijo, que hacen su camino, pero que no saben andar nunca en el mundo.

—Teneis razon. Si no me inclino no tendria ya vestido.

Octavio observó que el traje de la señora de Reville no era precisamente espléndido. Un lazo de cintas en los brazos, dos dedos de gasa en la cintura y dos pequeños nidos en el seno ó mejor dicho dos adornos que parecian dispuestos á emprender su vuelo, hé aquí su traje, el cual revelaba que la señora de Reville era una mujer bien formada.

—Venís sola, señora? la preguntó Octavio.

—Sí; hoy es dia de liquidacion; mi marido hace bailar los números. Quizá se os ha dicho que tenia la locura de los millones. Yo, que soy sábia como Minerva, vengo al baile para hacer danzar mis diamantes.

—Y bien, cojed mi brazo, señora.

—Eso no. Qué se diria?

—Temeis ser expropiada?

Aun que no queria la señora de Reville, colocó su mano sobre el brazo de Octavio.

Pasaba tanta gente que pensó que nadie lo veria.

Se equivocaba; Octavio era un hombre á la moda y un elevado personaje que conocia todo lo que pasaba en Paris acentuó su sonrisa cuando aquella hizo su entrada.

—Ya lo veis, dijo á Octavio, me habeis comprometido horriblemente; ya estoy desorientada. Hacedme valsar para que me recobre. Octavio pensaba, entregado á su femeníl curiosidad, que la señora de Reville era un tipo; mucha chispa y ni un átomo de talento. Pedia que la hiciese valsar para reponerse porque el torbellino era su elemento.

No andaba en la vida sino que daba vueltas.

Parisis valsó con ella. Era hermoso el verles bailar en su juventud y belleza el baile de las Rosas con la mas adorada desenvoltura.

Los bailarines de ocasion que poblaban los salones, eran eclipsados por ellos.

Octavio no podia menos de pensar que aquella era la segunda vez en el mismo dia que oia el vals de las Rosas con verdadera alegría.

La señora de Reville que era apasionada hasta morir, del vals, apoyaba su embriagada y ardiente cabeza en el pecho de Octavio que se estremecia bajo el calor de sus lábios y sobre la nieve de sus brazos.

Despues del vals, la señora de Reville percibió dos sillas cerca una puerta y arrastró á ellas al señor de Parisis, diciéndele:

—Ha llegado la hora de ocuparnos en asuntos formales; me pedisteis una audiencia y la concedo. Des-

pachad luego, pues no teneis mas que cinco minutos. Ved sino; aquí viene un danzante, un alma en pena que se acerca.

—Señora, os prohibo bailar el primer rigodon si no es conmigo.

La señora de Revilly soltó una carcajada que impidió al danzante el que se acercase hasta ella.

—Perfectamente, dijo la señora de Revilly, prefiero que estaba libre hasta las dos de la madrugada mas parece que mi esposo os ha dado sus poderes. Quedaríais bien cogido si yo aceptase la palabra y si bailase con vos, pues veo allá una hermosa dama que os mira con la palidez de los celos.

—Señora, cuando estoy en sociedad no estoy en ella con las pasiones de la vispera. Quereis conocer mi filosofía del amor? El mas precioso sentimiento que hace latir el corazon es aquel que no tiene mañana.

—Me explicaré: encontrar una mujer adorable cual vos, amarla con dulzura y furor á un mismo tiempo, soñar juntos que Dios nos arrojó sobre la tierra para encontrarnos una hora en el recuerdo del cielo bajo las nubes de fuego de nuestra alma repentinamente enamorada; embriagarnos en un beso supremo cuando el corazon se precipita sobre los labios; oh! señora: hé aquí el soberano amor, hé aquí la dicha inesperada! Una hora así discurrida es un siglo en que se recuerda toda la vida, en que se recuerda la eternidad.

La señora de Revilly no estaba acostumbrada á esta elocuencia: miró sorprendida á Octavio que habia

cogido su mano bajo el pretesto de admirar su brazalete.

—Entonces, dijo, para vos, caballero, el amor no tiene mañana.

—Un mañana quizá y hasta quizá un pasado mañana; pero qué quereis que hagan dos amantes que caen en la costumbre? Esto es odioso, es ridículo, es inconveniente. Si os gusta el vino yo os compararé esto á aquellos bebedores que no prueban jamás de una botella cuando ha sido destapada. En la botella que contiene el amor, únicamente la primera gota es la que dá la embriaguez divina.

La señora de Revilly, por la primera vez de su vida, no se percibió de que se bailaba en torno suyo.

Octavio le pintó muy satánicamente el cuadro de su amor con Guillermo de Montbrun, ó mejor dicho, hizo su caricatura. Demostró á la jóven todo lo ridículo de esos antiguos suspiros lanzados al viento, de esas posturas académicas, de esas mentiras oficiales; desplegó ante ella con una complacencia burlona toda la astucia de los papeles que se representan mejor ó peor en esa eterna comedia: probó que el amor no engendraba sino el odio, que los caminos gastados no daban sino polvo, que en este mundo solo existen comienzamientos, que el siguiente día al de mañana trae siempre una novela enfadosa, que es necesario dar á leer á la doncella ó camarera.

Ya se comprenderá que en esta conversacion el

nombre de Guillermo de Montbrun no fué pronunciado.

El señor de Parisis estaba tan elocuente que á cada una de sus frases la querida de su amigo le decia por lo bajo: «Es cierto! es cierto!»

—Creedme, señora, continuó Octavio recurriendo á la elocuencia de los ojos: no hay en este mundo sino lo imprevisto y el primer capitulo. Un hombre y una mujer que van á amarse son adorables porque ponen en juego todas las fuerzas, todas las gracias, todas las poesías del alma y del cuerpo; un hombre y una mujer que se han ya amado meten en la vaina y para tiempos mejores sus coqueterías mas irresistibles; no viven sino que duermen.

—Es cierto! es cierto! murmuraba siempre la señora de Revilly; cuando Guillermo está conmigo, no encuentra nada que decirme.

Octavio iba á dar su último golpe.

—Existe, señora, un sentimiento que domina todos los otros, y es el de la dignidad del alma.

—Ah! señor de Parisis, me hareis morir de risa: es esto un sermón?

—No, señora, me atengo á lo dicho, y vais á comprender. Suponed por un momento, y esto es una suposición, que habeis tenido un dia de amor; no es preferible para vos romperlo en seguida que arrastrar un amante que azota la cola, para engañarse y engañaros á vos misma? Quién no ha tenido sus horas de locura? estas son las que Dios y la conciencia

perdonan, porque es necesario sufrir las tempestades. Pero lo que Dios y la conciencia no perdonan nunca, es el querer perpetuar su locura cuando la luz está ya hecha. Yo aprecio mas una mujer que ha tenido diez amantes en sus aventuras, que una mujer que guarda un amante por reflexion.

—Os admiro, hé aqui una moral nueva. Decid: os ha autorizado el señor Duruy para que hagais conferencias? Era indispensable decírmelo pronto para pagar mi silla. Y por qué me sermoneais así?

—Linda pregunta! porque he valsado con vos y porque os amo.

La señora de Revilly parodió los dos versos de la Cigarra y la Hormiga:

Me amais y estoy contenta;
Pues dancemos entretanto.

Se iba á bailar un rigodon.

—No me gusta el baile, dijo la señora de Revilly; pero en fin, se tiene que hacer lo que querais.

Octavio se resignó, pero no bien habian hecho algunas figuras cuando vió á uno de sus amigos, el marqués de Sedilo, á quien tres ó cuatro rigodones no asustaban. Le llamó y le entregó la mano de la señora de Revilly.

—Señora, dijo, mi amigo, un noble italiano que danzaria sobre un volcan, va á bailar por mí; nos encontraremos en seguida y me direis si habeis quedado contenta.

—Esto es impertinente, dijo entre dientes la señora de Revilly.

Quiso montarse en cólera; pero el joven era tan seductor hasta en su impertinencia!... Por otra parte, el noble italiano era un hombre encantador. Cuando el rigodon hubo concluido, la señora de Revilly volvió á su silla y buscó con los ojos al señor de Parisis. Sentía la soledad en torno suyo.

—Habrá volado ahora cabalmente que ha alejado á mis amigos?

El marqués de Sedilo la habia saludado y se habia esquivado como un hombre que va á sus negocios amorosos.

Octavio reapareció y cogió su puesto entre los dos salones.—Y bien, señora, os ha gustado mi amigo?

—Sí, para bailar.

—Es que yo no he tenido la pretension de dároslo para que os robe. A propósito: hasta que hora permaneceréis aqui?

—A qué viene esta pregunta? Teneis vos la pretension de robarme?

—Otro diria:—Quizá... pero yo digo:—Sí.

—Sois impagable.

—Comprenderéis perfectamente, señora, todo el riesgo que podeis correr volviendo sola á vuestra casa, situada entre las soledades del boulevard Haussmann; avisad antes al prefecto.

—Y con vos no correré ningun riesgo? sois admirable! y qué dirian mis criados?

—Sé perfectamente que temeis mas á vuestros criados que á la opinion pública; mas si volveis sola á vuestra casa, que dirán ellos? Derramarán lágrimas por vuestro abandono. «Pobre señora!... siempre va sola!... un marido que no se ocupa de ella!... un amante que la hace traicion!»

La señora de Revilly se estremeció y casi se levantó de su silla.

—Un amante que me hace traicion! quién os dijo esto? yo quisiera ver quien me acusa de tener un amante.

—Me equivoqué: teniais un amante; pero ya no le teneis.

—Al hablarme así, estais loco, caballero.

Parisis cogió su abanico y la dió con él algunas oleadas de aire.

—Veamos, no se nos espia tras la puerta: estamos perfectamente solos. Por qué gastar inútilmente las expansiones de la dignidad? Conozco mucho el gran mundo para no saber que el señor Guillermo de Montbrun ha sido vuestro amante.

La señora de Revilly se mordió los labios y comprendió que no podia negarlo.

—Por qué decís *ha sido*, caballero?

—Porque he aprendido á conjugar los verbos del pasado y del futuro. *Ha sido*, señora, quiere decir que no lo es.

—Y desde cuandó?

—Desde que ha encontrado á la señorita Peau-de-

Satin y desde que se ha arruinado entre el polvo de sus caballos.

La joven, por mas trastornada que estuviese, se contuvo y con el aire mas sencillo del mundo dijo á Octavio:

—Si fuésemos á tomar un helado?

—Sí, señora. Ya que toda la Academia esta aquí, digamos como su Diccionario: «Vamos á pintarrogear un poco.»

El tumulto, el vaiven y el movimiento de la fiesta debian disimular la emocion de la señora de Revilly. Su rápido pensamiento abrazó todo el periodo de su amor. No dudó de las frases de Octavio, sobre todo cuando recordó que desde hacia unas semanas Guillermo estaba violentado, ya que no aburrido. Juzgó que no habia querido romper con ella sino por un sentimiento de piedad.

—Cuántas coquetas! murmuró ella!

El señor de Parisis la oyó.

—No me habéis de ellas, señora, me cogerán todos mis amigos.

—Y á vos por añadidura.

—Ciertamente, si todas ellas fuesen cual vos.

—Cual yo?

—Sí, me echareis á la puerta de vuestro coche si vos no quereis venir al mio.

—Qué hora es?

—Es la hora de llamar vuestros lacayos ó los míos.

—Vamos al comedor.

El que estudia el corazon humano observa que la mujer, criatura ideal, pero golosa, no quiere perder sus derechos á los festines cualquiera que sea el estado de su alma. El diablo sabia perfectamente esto cuando le dió á comer la manzana.

En el comedor, la señora de Revilly cogió una taza de chocolate, un bizcochito, un café helado, un sandwich, un pedacito de naranja y un racimo de uvas.

Qué no hubiese devorado sin la fatal noticia?

Mientras se desesperaba así, en el comedor, Guillermo de Montbrun la contemplaba oculto entre un grupo de gente. Habia venido al ministerio de Negocios Estrangeros para encontrar en él á su novia. Pero el ver á esta no le habia podido arrancar por completo el recuerdo de su querida. No dudaba de su dolor, pues en su concepto si Octavio estaba con ella era tan solo para consolar aquel corazon destrozado.

Hubiese querido hablar á su amigo, pero viendo que la señora de Revilly volvia á coger su brazo remitió su curiosidad para el siguiente dia.

La joven no habia tomado completamente por lo sério las bromas de Parisis. Se decia que Guillermo deseaba hacer ver que tenia una novia para ocultar mejor su juego.

Cinco minutos despues los criados gritaban á un mismo tiempo desde lo alto de la escalera:

—Los lacayos de la señora condesa de Revilly! los lacayos del señor duque de Parisis!

Lo cual hizo decir al duque de Aquaviva que en esta mezcla de nombres dados en voz alta, el de Octavio salía siempre al lado del de una mujer hermosa: «Es un contacto hijo del azar!...»

En el momento en que el señor de Parisis y la señora de Revilly bajaban la escalera, Octavio, que conocía mucho los hombres, dijo á aquella que volviera su cabeza.

—Para qué?

—Para ver á Guillermo de Montbrun.

Octavio no se había engañado. La curiosidad, el amor y los celos, habían arrastrado á su amigo hasta la escalera.

—Él es! dijo la señora de Revilly sorprendida. A qué viene? supongo que no ha venido aquí para encontrar á la señorita Peau-de-Satin.

—No, pero suponed que haya venido por vos.

La señora de Revilly estaba furiosa.

—Oh! dijo, si yo le hubiese amado!

Octavio soltó esta sentencia profunda:

—Nunca se ha amado á los amantes que no se aman.

El coche de la señora de Revilly fué el primero en presentarse. Octavio dió la mano á la jóven y se sentó resueltamente á su lado despues de haber dicho á su cochero que le siguiera con su carruaje.

La señora de Revilly era una mujer encantadora. Protestó al ver á Octavio á su lado; quiso hacerle bajar y hasta quiso bajar ella misma del coche. Mas el

jóven la habló con tal dulzura, magnetizó su cólera con tanta oportunidad, cogió sus manos con tanto amor, que ella se dejó desarmar poco á poco.

Un viaje nocturno desde el muelle de Orsay hasta los antiguos mataderos del Roule, cruzados hoy dia por el boulevard Haussmann, es un viaje hermosísimo. Se parte á las dos de la madrugada de la plaza de la Concordia, se sigue la avenida Gabriel, se interrumpe el silencio de la calle del Eliseo, se cruza la plaza Beauveau, se sube por la calle de Miromenil y se llega al término del viaje.

Mas por qué este es hermoso? es porque se ve errar sobre los muelles las sombras enamoradas de las mujeres del directorio que han esmaltado el Cours-la-Reine? Es por los ramos de los jardines de la avenida Gabriel, ilustrada por la señora de Pompadour?

Preguntadlo á Octavio de Parisis.

Me olvidaba decir que este viaje es hermoso cuando se hace en el coche de la señora de Revilly.

LA ÚLTIMA FRASE DE LA EMBAJADA.

Cuando Guillermo de Montbrun se presentó al siguiente día en casa de Octavio de Parisis, estaba pálido é inquieto.

—Y tu embajada? le preguntó.

—Todo va bien, querido. Te debo una buena fortuna.

—Una buena fortuna! dijo Guillermo con inquietud.

—Oh! no hablo de la señora de Revilly. Pero me equivoqué de puerta.

Y Octavio contó su aventura con la señora de Argicourt.

—Hé aquí por qué todo va bien, dijo Octavio, que acabó de contar su aventura.

—Estás seguro de que no vendrá como una Hermiona furiosa?

—Todo ha concluido; ni una palabra mas; os veis dentro seis meses.

Guillermo disfrazaba mal su emoción.

—Pobre señora! y cómo recibió esta noticia?

—Perfectamente bien, respondió Octavio que no habia dicho una palabra del matrimonio á la señora de Revilly.

—Te ries?

—Quieres que llore contigo?

—Nó, pero conozco á la señora de Revilly y no se consolará.

—La conozco tan bien como á tí. Vé á casarte y ella tendrá la grandeza de alma de no asistir á tu boda.

—Y mis cartas?

—Todo es humo.

—Las ha quemado?

—Vé á casarte en paz.

No sabiendo lo que pensar, y sintiendo á un mismo tiempo el dolor de la ruptura y la dicha de verse libre, cogió la mano de su amigo y le dijo:

—Te doy gracias.

—No hay de qué.

Parisis no pudo ocultar una sonrisa burlona.

—Te ries siempre?

—No.

Guillermo suspiró por segunda vez.

—Ah! dijo, era una hermosa querida!

—Con tres puntos admirativos.

—Reitero mis gracias: la hermosa niña con que voy á casarme te deberá su dicha.

—Quien sabe.

Así terminó esta historia de una embajada extraordinaria en el año de gracia de 1867.

Los asuntos del corazón, que son los más graves, puesto que son los que hacen entrar el mundo á sangre y fuego, alcanzarían un buen término si siempre se eligieran diplomáticos como Octavio de Parisis.

Peró no todo había concluido. Este enredo galante debía tener su desenlace trágico.

Octavio creía que las mugeres se dan y se retiran como pueden hacerlo con un ramo ó un abanico. Las más ligeras y las más alegres sufren con más intensidad que los hombres, las sacudidas de la pasión. La señora de Revilly no estaba aun consolada, porque había cometido un pecado más: «Con el amor no se juega,» le había dicho Alfredo de Abusset, cuando era aun muy niña.

XXIX.

EL NAUFRAGIO DEL CORAZON.

Segun había dicho Guillermo de Montbrun, verificó su enlace con la señorita Lucila de Courthuys en la capilla del Senado.

El señor de Parisis asistió naturalmente á la ceremonia. Esta se verificaba más bien en un salon que en una iglesia. No parecía sino que se continuaba allí una conversacion empezada el día anterior en alguna reunion del gran mundo. Cuando se acercó á su amigo Guillermo, encontró á este, feliz pero inquieto.

—Siempre vá bien lo que concluye bien, le dijo Parisis á media voz.

—Sí, amigo mío, pero no estaré contento sino despues de la luna de miel; siempre temo que la señora Revilly venga á interrumpir la fiesta.

Los dos amigos habían cambiado estas frases con gran rapidez al terminar la misa.

La jóven desposada radiante de belleza, parecia interrogarles con su mirada. Había observado la in-

Los asuntos del corazón, que son los más graves, puesto que son los que hacen entrar el mundo á sangre y fuego, alcanzarían un buen término si siempre se eligieran diplomáticos como Octavio de Parisis.

Pero no todo había concluido. Este enredo galante debía tener su desenlace trágico.

Octavio creía que las mugeres se dan y se retiran como pueden hacerlo con un ramo ó un abanico. Las más ligeras y las más alegres sufren con más intensidad que los hombres, las sacudidas de la pasión. La señora de Revilly no estaba aun consolada, porque había cometido un pecado más: «Con el amor no se juega,» le había dicho Alfredo de Abusset, cuando era aun muy niña.

XXIX.

EL NAUFRAGIO DEL CORAZÓN.

Segun había dicho Guillermo de Montbrun, verificó su enlace con la señorita Lucila de Courthuys en la capilla del Senado.

El señor de Parisis asistió naturalmente á la ceremonia. Esta se verificaba más bien en un salón que en una iglesia. No parecía sino que se continuaba allí una conversacion empezada el día anterior en alguna reunion del gran mundo. Cuando se acercó á su amigo Guillermo, encontró á este, feliz pero inquieto.

—Siempre vá bien lo que concluye bien, le dijo Parisis á media voz.

—Sí, amigo mío, pero no estaré contento sino despues de la luna de miel; siempre temo que la señora Revilly venga á interrumpir la fiesta.

Los dos amigos habían cambiado estas frases con gran rapidez al terminar la misa.

La jóven desposada radiante de belleza, parecia interrogarles con su mirada. Había observado la in-

quietud de su marido; adivinaba que Octavio poseía el secreto de Guillermo.

Toda jóven desposada tiene una nube en su horizonte.

Después de la misa, Parisis se dirigió hacia el boulevard Haussmann. Iba allí como un amante desocupado ó como un filósofo aficionado á estudiar los latidos del corazón de una muger, á la cual se había hecho traición? creo que ambos sentimientos le impulsaban; pero sobre todo era el primero, puesto que se decía: «Si la señora de Reville no está en casa, visitaré á la hermosa dijonesa.»

Pronto se verá que subió á casa la hermosa dijonesa porque la señora de Reville no estaba en la suya.

Al acercarse á la habitación de la jóven, á la cual se había hecho traición, vió nueve coches de luto que seguían otro fúnebre; todo era pomposo y blasonado como en los entierros de primera clase. Llamóle la atención una R debajo de una corona de conde.

—Reville! dijo de pronto; será acaso su esposo?

Y aguardó aun que esta R no se referiría á Reville.

Sin embargo por mas que los coches de luto se hubiesen ya alejado, Parisis se detuvo frente la puerta de la señora de Reville sin que se atreviese á entrar en ella.

Se dirigió á la otra parte del boulevard y examinó las ventanas como si quisiese leer en la fachada de la casa.

Nadie estaba en las ventanas y en vano había interrogado el triste cortejo. Contemplando la fachada del palacio de Reville miró la fachada del palacio de Argicourt. Se le apareció un rostro medio velado por una cortina de guipur. Le pareció que era el de la señora de Reville. Entonces penetró alegre en la casa de Argicourt.

El conserje, que había querido figurar en el espectáculo, no estaba en su tugurio. Como á Parisis le constaba que el marido había ido á la Borgoña subió á su casa. Llamó y abrió una doncella.

—La señora de Reville? la preguntó.

La doncella no comprendió y le abrió el recibidor sin contestarle.

Apareció la señora de Argicourt.

—Ah! cuan feliz soy al veros, dijo el jóven estrechando su mano; temía que os encontraseis en aquel horrible féretro.

—Pobre muger! dijo la señora de Argicourt.

—La conocéis? preguntó Octavio sorprendido.

—Pero estais loco? La señora de Reville es la que ha muerto.

Octavio dió tres pasos hacia atrás.

—Oh! Señora: os pido mil perdones: creí ver á la señora de Reville.

—Como! ella era rubia y yo soy morena. Os agradezco el que recordeis así mi semblante.

—Que há ocurrido? preguntó Parisis aterrado.

Que había ocurrido, en efecto? Tres días antes una

esquela había aterrado á la señora de Revilly. Una amiga que conocia sus amores, le había enviado la esquela de matrimonio en que se anunciaba el de Guillermo de Montbrun con la señorita Lucila de Courthuys. Ella no vivía en el mundo en que iba á vivir su amante. Creía á este en Lóndres, desde el dia anterior. No tenía ningun presentimiento y leyó y volvió á leer veinte veces la carta, inundándola con sus lágrimas.

El señor de Parisis, durante una noche de baile, había podido hacerla olvidar al señor de Montbrun, por no sé que especie de seducción inesperada. El vals, la orquesta, las buenas ocurrencias, todas las mágias de una fiesta nocturna la habían exaltado y se había abandonado al movimiento de una pasión repentina. Mas al siguiente día, al despertar, se había horrorizado de su falta y, —he aquí la lógica de las mugeres! — Había pedido perdon á un mismo tiempo á su amante y á su marido.

Octavio creyó haber seducido á una muger y no la había sorprendido mas que en una expansion de embriaguez. Si hubiese ido al siguiente dia á llamar á la puerta de aquella muger, de fijo que no le hubiese abierto. Si ella le hubiese encontrado se hubiese ocultado. Si le hubiese hablado, ella hubiese dicho: —«No os conozco.»

Y que hizo aquella muger despues de haber leído aquella esquela de matrimonio, que para ella fué como una esquela funeraria? Debía ir á comer á Chatou

á casa de unos amigos que la aguardaban todos los juéves. Fué allí.

La hubiera sido imposible el permanecer en su casa donde todo le recordaba su desgracia. La pobre muger no sabia que la desgracia es un huesped que os sigue á todas partes y que se hace aun mas terrible fuera de casa, toda vez que los rostros estraños os internan aun mas en el infierno de la desesperacion.

Antes de subir en el tren se detuvo en la iglesia de San Agustin. Porque? Su segundo adulterio le había abierto los ojos sobre el primero? La segunda caída la había mostrado el horror de la primera? O era esto el efecto del dolor que le ocasionaba la perdida de su amante?

Cuando llegó á la casa de sus amigos no dijo nada; ocultó su dolor, trató de sonreír y les engañó poniendo un semblante risueño. La comida se sirvió en un pabellon de ramage situado á la orilla del agua frente á una barca empavesada que aguarda. Como le decia que no tenia apetito comió algunas fresas y bebió unas tras otras tres ó cuatro copas de Málaga. Despues se entró en la barca, segun costumbre, pues todas las semanas se iba á Bougival, donde se encontraban otras Amfitrites parisienses que vivían en el campo.

Las amigas de la señora de Revilly observaron que estaba silenciosa; inclinaba melancólicamente su cabeza sobre las ligeras ondas murmurando con frecuencia:

—No es cierto que hoy el agua es hermosa?

Cuando la barca se acercó á la orilla trató de coger algunas flores acuáticas.

Cogió un hermoso nenúfar que enseñó á todo el mundo. Se la oyó decir casi en voz alta:

—Cuando pienso que no ha venido á decirme nada!

—La barca volvió al centro del río y vagó con las velas desplegadas. La señora de Revilly se inclinó sobre el agua bañando en ella el nenúfar que había cogido en la orilla.

La flor se escapó de su mano.

—Oh! Dios mio! exclamó.

Le arrancaba esta exclamacion el nenúfar? Se inclinó sobre la barca y cayó.

—Oh Dios mio! gritaron á su vez sus amigas.

Habia un hombre que conducia el barquichuelo: era un atrevido navegante de agua dulce, que como todos los navegantes, no sabia nadar. Ya se sabe con que imprudencia los parisienses y sobre todo las parisienses se aventuran en el Sena ó en las orillas del Océano. El jóven quiso echarse al agua; pero sus hermanas le detuvieron. El vestido de la señora de Revilly flotó en la superficie; mas pasaron cinco minutos sin que un salvador apareciese. Cuando se llevó á la pobre mujer á la orilla habia muerto. En vano los médicos lo intentaron todo: no abrió los ojos. Su alma enamorada y herida habia volado.

—Comprendéis esto? dijo la señora de Argicourt al

señor de Parisis: una mujer que siempre estaba riendo!

—Sí, dijo Parisis profundamente impresionado: tomó su corazón por lo serio. Cuanto mas estudio á las mujeres menos las comprendo.

—Su marido no se consolará, dijo la señora de Argicourt. El hablaba tambien de morir.

—Tampoco se consolará Guillermo de Montbrun.

La señora de Argicourt concedió una lágrima á la señora de Revilly.

—Era una vecina encantadora, dijo: yo la oia cantar como una ave y la veia sonreir en el balcon; mi alma está de luto.

Octavio miraba á la jóven.

—Es extraño! se dijo á sí mismo; siempre me parece que veo la señora de Revilly en la señora de Argicourt.—Adios, señora, dijo en voz alta. Volveremos á hablar de ella.

Y cuando estuvo solo añadió:

—Oh las mujeres! que abismo de tinieblas! La pobre difunta habia encontrado muy sencillo el tomar un amante mientras que su marido jugaba á la bolsa; encontró muy sencillo el hacer traicion á éste durante una hermosa noche; y, porque él, á su vez, le es infiel, se arroja al agua! Que esplique esto quien pueda: yo no lo comprendo.

Y pensando en ambas mujeres contiunó:

—Me será ya imposible el volver á ver á la señora de Argicourt.

ALERE FLAMMAM
VERITATIS

LAS METAMORFOSIS DE LA SEÑORITA VIOLETA
DE PARMA.

El sábado había gran recepción en casa del señor Mabile: celebrábase una fiesta con linternas chinecas, convirtiendo aquello en palacio veneciano adornados con fuegos de artificios cuyo ramillete final eran las bodas universales. Los galantes del Bosque Dorado y las señoritas del Bosque Hermoso no se habían dado allí cita mas que para contraer matrimonio y divertirse en seguida.

Octavio de Parisis había ido, como todo el mundo, á fumar allí un cigarro. Había venido con Miravault que quiso darle el brazo durante veintiocho minutos: en el trigésimo minuto debía estar en el concierto de los Campos Eliseos.

Habían entrado apenas allí cuando observaron que decididamente la gran escuela era siempre la afección de los franceses.

—No oyes esos vocablos dignos de las gramáticas heráldicas?

—Aludíase á una jóven de diez y siete años que

salía de las faldas de su madre y que decía á una de sus amigas:

—No me apures querida, ó bien de un puñetazo voy á romperte el bautismo.

La dama así apostrofada respondió elocuentemente en idioma javenés, cuya traduccion no acierto.

Había allí gran muchedumbre cuando llegó otra mujer encopetada. Se envolvió en su dignidad y dijo:

—Abrid paso señoras y caballeros que soy una mujer honrada. Y pasó.

Un inglés que no sabía andar se enredó en la cola de su traje. Volvióse y con una urbanidad exquisita:

—Milord Mofletudo! le dijo con un acento inglés.

El ofendido le pidió satisfaccion.

—Satisfaccion! sois vos que debeis darla puesto que habeis rasgado mi traje.

—Cállate, dijo el inglés, ó te envío á la sombra.

—Cállate ó te sacaré al sol.

—Señora, respondió el amigo del inglés, todo puede arreglarse: un hombre mal educado diría «salido» pero nosotros conocemos demasiado el mundo para no decirnos «salgamos.» Y para darse satisfaccion se citaron en el café inglés.

Quién era aquella mujer que se daba en espectáculo?

Octavio no quedó poco sorprendido al reconocer en ella á Violeta, que había destrozado cuanto le quedaba de su traje virginal para revestir, en plena luz, el vestido con cola.

No comprendió nada.

Constábase, sin embargo, que las metamorfosis de las mujeres de Ovidio no se hacen con mas rapidez que las metamorfosis de las mujeres de Paris.

Violeta le habia reconocido y habia reprimido los latidos de su pecho, dejando caer en él una mirada llena del mas alto desden y de amarga burla.

—Violeta! exclamó Octavio como para detenerla en su camino.

No se volvió. El jóven andó con rapidez; pero Miravault le detuvo.

—Ya sabes, por si tienes que hacer aquí, que yo me voy enseguida.

Octavio no dejó á su amigo, prometiendose hablar mas tarde á Violeta. Dieron tres ó cuatro vueltas. Violeta habia tomado asiento en el *salon de honor*, donde pronto se vió rodeada por un círculo de hombres á la moda.

Se hacia pasar por extranjera, como una mujer sin clasificacion que venia de tomar los baños de mar en Brighton y que iba á hacer saltar la banca de Wiesbaden.

Dando vueltas Octavio echó sobre ella una mirada; por mas que estuviesen separados por un círculo de hombres calaveras y elegantes, la jóven no perdió aquella mirada de Octavio; ella le odiaba, pero deseaba verle aunque no fuese mas que para humillarle; habia roto su vida, habia roto su corazon, y ella, á su vez, hubiese querido romperle.

Era el amor en la cólera.

Sentíase dichosa al verse de aquel modo obsequiada y deseaba picar su amor propio á fin de reconquistarle.

No se engañaba. Octavio habia cesado de quererla bajo su dulce y sentimental figura de mujer honrada: tierna y cariñosa como una esposa, soñadora y poética como una nóvia, fiel entregada á él por completo, fiel hasta la muerte y convertida en perro de la casa. Cuando Parisis vió que pertenecía á todo el mundo, sintió que aun la amaba. Era otro amor que se levantaba mas enérgico sobre las antiguas raices, amor estrañamente furioso y terrible que enciende el fuego en la sangre y convierte el corazon en un infierno.

Octavio, sin embargo, tuvo bastante calma para aguardar que Miravault le dejase para ir al *salon de honor* y no se inquietó lo mas mínimo por la improvisada córte de Violeta. Apartó alguno de sus adoradores y arrastrando hácia ella una silla, se sentó á su lado sin cumplidos.

—Violeta, dijo el mancebo, esplicame porque camino llegaste hasta aquí.

Estas frases produjeron una revolucion entre los cortesanos de Violeta.

—Como! dijeron, tambien la conoce?

—Ya sabes que Parisis conoce á todo el mundo: la habrá encontrado en la China ó en América.

—Basta de bromas, dijo otro de los cortesanos:

cuando quiero hablar á una mujer siempre Octavio me contesta.

Ninguno de los que allí estaban era hombre para ceder su puesto ante la punta de una espada. Todos eran valientes como el acero. Pero tal era el imperio de Octavio, que se le reconocia siempre como un maestro: todo el mundo cedia sin que se creyese dar un paso hácia atrás. Necesario es que la superioridad tenga sus privilegios. Fuera de que todo el mundo queria ser el amigo de Octavio.

Despues de haber mirado con frialdad al hombre que habia querido tanto, Violeta volvió la cabeza y quiso proseguir la conversacion empezada antes que llegase Octavio.

Este insistió en su pregunta, y como ella le mirase por segunda vez con la misma frialdad, el jóven soltó la carcajada. Entonces fué ella quien le preguntó:

—Por qué reís, caballero?

—Rio, señora, porque al mirar vuestra mano he encontrado un recuerdo y otra existencia. Ya sabeis que creo en la metempsicosis: pues bien, cuando hace algun tiempo erais una virtud irreprochable, pusisteis en vuestro dedo ese anillo de seis francos cincuenta céntimos que se oculta como una violeta entre rosas, ó, mejor dicho entre diamantes.

Trasladada de repente á su existencia pasada, Violeta se levantó y dijo á Octavio que se sirviese dar una vuelta con ella.

Aquellos jóvenes se miraron y se ofrecieron las petacas.

—Juré no hablaros mas, dijo Violeta al duque de Paris; mas vos sois el tirano de mi vida y en cuanto os veo me convierto en vuestra esclava. Yo os ódio!

—Y yo tambien, dijo Octavio; mas por qué estais aqui?

—Por qué estoy aqui? Necesario es frecuentar el mundo cuando se es una mujer de mundo. Por lo demás, sabed que no soy ya la Violeta de antes: me llamo Violeta de Parma. La pobre Violeta de la calle de San Jacinto ha sido pisoteada por vos y su último perfume ha volado al cielo de los enamorados.

—Violeta de Parma! enhorabuena.

—Gané en grado; ya comprendereis, querido, que despues de vuestro generoso abandono debia elegir entre la vida y la muerte, entre una muerte en el sepulcro ó en algun sombrío taller donde se olvida todo á fuerza de trabajo. Solo la alegría del corazon, solo la virtud, pueden transigir con todo aunque sea con la miseria. La muerte no me quiso á mí y yo no la he querido á ella, del mismo modo que no he querido las miserias del trabajo. No os estrañeis de verme así: yo soy vuestra obra. Adios, querido: mañana á las ocho salgo para Dieppe.

taba muy fastidiada: se esperaba la hora del paseo, se hacia la siesta sobre los periódicos del día y se hablaba mal del prójimo y de sí mismo, cuando el señor de Parisis que guiaba su carruaje con unos lentes sobre la nariz, un cigarro en los labios y una señorita á su lado, entró en el pátio al rumor de sus dos caballos negros.

Todo el mundo se asomó á las ventanas.

—El señor de Parisis!

Este nombre corrió de labio en labio con una sonrisa de curiosidad y de sorpresa.

—Y bien, dijo la señora de Valbon, mirando á Violeta de Parma desde lo alto de su balcon y sobre todo desde lo alto de su grandeza: hé aquí lo que se llama obrar con audacia.

—Parece, dijo la señora de Montchartrin, que el señor de Parisis no se enreda mucho en el Bosque de las preocupaciones.

Desde que habia nacido el señor de Parisis lo habia todo desafiado. Así no se inquietó mucho de los rostros que, llenos de sorpresa, miraban en torno suyo. Esto sin embargo, comprendió que se ofrecia un poco en espectáculo; era la primera vez que llegaba á Dieppe y creia que el gran mundo se hallaba en Trouville. No pensaba que encontraría allí antiguos conocidos. Pero fué valiente en su papel y era un gran cómico de la vida.

Comenzó por pedir dos salones y cuatro dormitorios para Violeta.

XXXI.

EL VIAJE Á DIEPPE.

En un hermoso día de Agosto, Octavio de Parisis y la señorita Violeta de Parma llegaron á las dos de la tarde á la Fonda Real de Dieppe, lo que ocasionó un gran escándalo, no solo en la ciudad de Duquesne, sino en toda la Normandía.

Sin embargo, qué de mas sencillo y mas legítimo? El señor de Parisis no tenia consejo de familia y la señorita Violeta estaba emancipada.

Pero lo que escandalizaba á las madres de familia y á las niñas solteras, consistía en que el señor de Parisis pertenecía al gran mundo, estaba emparentado con las familias distinguidas y era deseado para marido por el barrio de San German y por el barrio de San Honorato.

En la fonda real habia algunas mujeres de la corte: las mismas que en todos los inviernos son adornadas con brillantes epitetos por los cronistas á la moda.

En Dieppe todo el mundo se fastidia, por mas que se divierta. En aquel día la gente de la fonda real es-

—La señora condesa espera á alguien? dijo un muchacho de servicio que habia visto una corona en el carruaje y en los arneses.

—Sí, la señora espera á su madre, á su tío el archidiácono y á su tía la canonesa.

Dijo esto bastante alto para que lo oyese todo el mundo.

—En cuanto á mí, prosiguió Octavio, solo necesito un dormitorio y un gabinete de tocador. Se me olvidaba: una cuadra para ocho caballos.

Por mas que no hubiera sino escépticos en torno suyo, habló con tal naturalidad, que nadie se atrevió á decir que se burlaba. Verdad es que se le tenia por un hombre tan original y tan fantástico que en él las cosas imposibles no estrañaban.

Habia bajado del carruaje y la señorita Violeta bajó en sus brazos. El joven la confió á una doncella de servicio y se dirigió, risueño, á estrechar la mano á algunos de sus amigos del *turf* y del club.

—Quien es esa prógima? le preguntó uno de estos.

—No la conozco, dijo con frialdad Octavio: venia á Dieppe y hemos viajado juntos; me ofreció un cigarrillo y nos hemos hecho los mejores amigos del mundo; pero no he visto ni su tren, ni su gente de servicio. Creo que está en su primera campaña; no digo nada mas porque no he entablado aun guerra con ella.

El señor de Parisis se aseguró de que sus caballos

estarian bien alojados y que tendrian un buen pioso. Luego subió, sin hacerse de rogar, al tercer piso.

Media hora despues se echaba al mar.

Pasada una hora escuchaba en la playa y en compañía de algunos fumadores, la orquesta del casino, una verdadera orquesta normanda.

A las seis comia con aquellas damas de la corte que no cesaban de interrogarle acerca su compañera de viage.

A las ocho estaba cerca del mar con Violeta, que no comprendia porque sus olas hacian tanto camino sin adelantar nunca.

A las diez jugaba sencillamente con las damas de la corte; á las once improvisaba un *lausquenet*.

A las doce....

Aquí el novelista vuelve la página.

Al siguiente dia, Octavio fué á ver á sus amigos que presenciaban el espectáculo ofrecido por las bañistas. Todos empuñaban gemelos de larga vista, y contemplaban las hermosas evoluciones de aquellas damas, bien como se mira á las bailarinas de la Opera.

Todos quedaban maravillados, admirando una cuadrilla de intrépidas nayades que sabian nadar y que jugaban al volante; hermoso juego en que el viento, la onda y lo imprevisto hacen bailar á las aficionadas.

Oyense los gritos y las carcajadas. Hermosísimo cuadro para Isabey ó para Ziem. La mar estaba azul

y como esmaltada de perlas; algunos buques poblaban el horizonte; el sol perdido entre las nubes transparentes esparcía los mas vivos rayos sobre las ondas; las desatadas cabelleras, negras como el ala del cuervo y rubias como el oro, flotaban aquí y allí sobre las ondas; el mar hacia subir y acercar á las bailarinas y sus admiradores se arrancaban uno á otro los gemelos. Cada vez que la blanda y amorosa onda se retiraba, se sorprendia á través de la húmeda gasa la fina ú orgullosa escultura del pié, de la mano, de la garganta y del hombro de una de aquellas damas.

Afirmose con gran autoridad, que aquel era el gran libro heráldico que jugaba al volante. Citábase una duquesa, una marquesa, una lady y una doncella de ilustre nombre.

Octavio de Parisis se hubiese quedado sorprendido si alguien le hubiese dicho que todo su juego de cartas estaba allí. Solo faltaba en él la dama de Espadas.

Sí, la dama de Palos, la dama de Oros y la dama de Copas, estaban allí, enviándose mutuamente el volante.

Por la tarde, cuando la playa estaba aun desierta, algunos curiosos reunidos á otros vagos hubieron de murmurar viendo que llegaba en traje blanco y en la mas adorable negligencia la señorita Violeta de Parma con una cestita en la mano.

Se sentó cerca de la orquesta y bajo una tienda solitaria.

—No veis con que mal aire está andando? exclamó una señora.

—Por el contrario, replicó una doncella: veo que anda muy bien.

—Llamais andar bien á esto? si se mueve como una tortuga!

—Esto es cabalmente lo que le dá esa negligente gracia que le sienta á maravilla.

Habia allí un retórico que se atrevió á comparar ante su madre á la señorita Violeta de Parma con un lirio que balancea el viento y con un cisne que se desliza sobre un lago.

Cuando la compañera de viaje de Octavio se hubo sentado sobre una de las abominables sillas que adornan la playa de Dieppe, contempló el mar y abismó en él su pensamiento.

El mar tiene tan grandes elocuencias que habla á todas las almas, hasta á las mas sencillas; abre en el pensamiento no sé que inesperados horizontes. Es un libro escrito en hebreo; mas sus caracteres tienen figuras espresivas que dicen mil cosas estrañas. Hasta hoy unicamente Victor Hugo se há atrevido á ilustrar este hermoso libro. Pero el alma menos iluminada de poesia, no es del todo estraña á las sublimidades de esta lengua de lo infinito.

Creo que la señorita Violeta de Parma no fué la primera en romperse la cabeza en el abismo de estos sueños: miraba con curiosidad las ligeras embarcaciones adornadas con su traje blanco y color de na-

ranja, contemplaba las gaviotas que se perdían en la onda para buscar su presa.

De repente, como si el amor del trabajo fuese en ella un hábito invencible, cogió de su cestito una tapicería comenzada y empezó á trabajar sin que levantara sus ojos como una colegiala perfectamente enseñada; hilaba un ave azul, color del tiempo.

Como por la mañana, Octavio fué á la playa; su nombre zumbaba en todos los oídos; mas el jóven no daba importancia á los cuentos que sobre de él se inventaban. Las burlas de los otros no llegaban jamás «á la altura de su desprecio.»

Saludó con gravedad á Violeta y la habló con cierta reserva; cualquiera que hubiese estudiado su actitud no hubiese reconocido entre él y ella mas que una amistad pasajera, no violada por el aire de familiaridad á la moda que priva en el gran mundo. Hasta las vecinas quedaron edificadas por su plática.

—Y bien, decía el señor de Parisis, como os vá en Dieppe? permanecéis aquí toda la estacion? el aire del mar vá á costiparos. Recibisteis cartas de vuestra familia.

Y la señorita Violeta respondia.

—No me fastidio; pero no me atrevo á meterme en estas ondas furiosas. Me siento contrariada por no haber recibido cartas esta mañana. Ya os dige que el archidiácono padecia de gota. He ido á orar por él en dos iglesias. Ignoro si el aire del mar me vá bien; pero se que he almorzado como cuatro. Si veis á mi

doncella de servicio, decidla que me traiga pescado.

En una palabra aquello era una conversacion irreprochable: me olvidaba deciros que Violeta concluyó su período, con estas adorables frases:

—Ya sabes que me cargas.

A lo que replicó Octavio:

—No es estraño, puesto que me cargo á mi mismo.

Este era el termómetro de toda la gente de la playa.

El señor de Parisis no echó raíces al lado de su querida y fué á sentarse en frente, contra el casino, entre un grupo de doncellas que aun no había saludado en Dieppe.

No faltó quien le preguntara por aquella hermosa desconocida, por aquella Ofelia de Shakespeare, pintada por un acuarelista de hoy dia—Chaplin ó Vidal—ó mejor dicho, pintada por ella misma.

El jóven continuó en su papel: no la conocia sino por haber viajado con ella. Era una muger escéntrica de la mas alta virtud, que temia tanto mas al diablo cuanto era tanto mas recatada. Viajaba de incógnito como las princesas; tenia un hermano que era zuavo pontificio, un tio archidiácono y una tia abadesa. El jóven deseaba entrar en intimidad con ella; mas no esperaba franquear el diintel de la urbanidad honesta y pueril.

En el grupo que le escuchaba, Octavio hubo de notar una jóven que tenia un pájaro azul en su sombrero.

Reconoció á la hermosa jóven del Bosque de Bolonia y de la Opera en aquella rubia de ojos negros, de una belleza estraña, que no tenia ninguno de los caracteres de convencion y que se distinguia por su noble y natural orgullo. Recordaba esos tipos del Corregio y de Prudhon, que al primer golpe de vista se apoderan del alma y del cuerpo: observábase una nube de voluptuosidad en la pureza ideal de sus ojos y en la virginidad de los lábios veíase el aguijon del amor. Se deseaba amarles con violencia y con dulzura; se deseaba vivir y morir por ellos. Era como el matrimonio mas profundo y mas impenetrable del alma y los sentidos, el apretón de los brazos y la expansion del corazón.

Aquella era la primera vez que Parisis veía ó creía ver á su prima de tan cerca. Claro está que no sospechaba que tenia en frente de sí á la Margarita de las Margaritas, y á la dama de Espadas.

Hilaba tambien la lana como Violeta. Singular coincidencia! mientras Violeta hilaba un pájaro azul, la señorita Genoveva de la Chastaigneraye hilaba un ramo de violetas.

Por mas que la jóven fingiese no escuchar las ocurrencias de Octavio no perdía una frase, y sonreía con el estremo de sus lábios.

Las tres damas que se veían en torno suyo, la marquesa de Fontaneilles la princesa de Campagnac y lady Harrisson, fueron saludadas en aquel instante por dos jóvenes, que, no conociendo á Parisis, no le

hicieron caso. Probablemente eran de ilustre cuna ó amigos muy simpáticos, toda vez que las tres damas se levantaron, bien como si obedeciesen á la misma idea. La señorita de la Chastaigneraye se encontró, pues, sola por un instante con el señor de Parisis.

—Señorita, dijo Octavio con gravedad: podria preguntaros porque habeis sonreido tan maliciosamente.

—Caballero, dijo Genoveva, he sonreido como sonrío siempre cuando voy á una comedia.

—Entonces soy un cómico?

—Si, caballero. Cuando hablais á comediantas como esas tres damas, ó, mejor dicho, á mugeres que están familiarizadas en las tablas del gran mundo, que aprendieron, cual vos, el arte de hablar para difrazar sus pensamientos, vos teneis la probabilidad de ser creído bajo vuestra palabra; se hallan tan acostumbradas á mezclar la verdad con la mentira que no saben distinguir lo verdadero de lo falso. Pero yo, que no he entrado aun en la escena de la vida, ni siquiera para representar el papel de dama jóven, yo he traducido lo que vos digisteis en el language de los corazones sencillos.

—Os suplico, señorita, que me deis la traduccion. Genoveva miró hácia las tres damas.

—Con mucho gusto, dijo sin hacerse de rogar; comienzo por advertiros que conozco la geografia del mundo sin haber viajado mucho sobre el mapa parisiense. Pues bien, desde el primer golpe de vista re-

conozco el carácter de las nacionalidades. Así yo no confundiré jamás una mujer del gran mundo con una mujer del medio mundo, por mas que se confundan entre ellas por los penachos del lenguaje y de sus adornos; tampoco he de confundir á una mujer del medio mundo con una señorita que no pertenece al mismo, cualquiera que sea su aire y su talento. Hé aquí por qué, caballero, os traduciré lo que digisteis ahora mismo:

—«Es una jóven que no es del todo escéptica, ya que se parece á sus semejantes; se distingue por su gran alta virtud, porque no tiene virtud, puesto que la virtud no es alta ni baja. Si ella teme mas ó menos al diablo es porque siempre está perseguida. No viaja de incógnito porque no tiene nombre. Si viaja como las princesas es porque es una princesa de teatro. No tiene ningun hermano zuavo al servicio del papa, ni ningun archidiácono al servicio de Dios, ni ninguna canonesa al servicio de los pobres. Vos no deseais entrar en su intimidad, sino que deseais salir de ella; pero los hombres no saben jamás batirse en retirada en estas batallas perdidas.» Hé aquí caballero mi traduccion literal.

—Señorita, si yo fuera un hombre de mal gusto, diria que es una traduccion libre; pero habeis hablado con tanto acierto que seria indigno de contestaros si yo tomase por vos una careta. Decid señorita quien os ha dado esta piedra de toque?

—Mi piedra de toque es mi corazon, caballero. En

la juventud, el alma es una gotita de rocío que Dios ha puesto sobre una amapola ó una violeta: la gota de rocío refleja el cielo, lo vé todo, hasta la estrella mas lejana, hasta la nube mas perdida. Cuando las pasiones llegan, la gota de rocío cae en el torrente que arrastra la arena de las montañas: no vé mas que el caos.

—Teneis razon: hé aquí porque la juventud es perla que no tiene precio.

Y el señor de Parisis añadió:

—Pero decid, señorita, en qué escuela aprendisteis?

—En la de Dios.

Y al decir estas frases, la señorita de la Chastaigneraye fijó sus aterciopelados ojos en Octavio. Era la mirada de la virtud misma. Aquellos hermosos ojos francamente abiertos y dulcemente sombreados por largas pestañas, derramaban una espresion tan divina de candor, que el señor de Parisis se sintió conmovido hasta el fondo de su alma. El que habia mirado á tantas mujeres con amor, con voluptuosidad, con pasion, hubo de estremecerse como si sintiera una emocion que no habia conocido hasta entonces. Siempre habia negado lo que él llamaba la hermosura y el encanto de las colegialas y en aquel momento hubo de reconocer que habia negado la primera mitad de la muger.

Las tres damas volvieron á sentarse.

—Y bien, señor de Parisis, vos habeis depositado vuestra carta en el buzón de nuestra hermosa amiga,

dijo la duquesa; pero os advierto que no es la primera carta que recibe y que su corazon no admite á nadie ni aun en la antecámara.

Llegó otra visita. El señor de Parisis se acercó á Geneveva.

—No me atrevo, le dijo con dulzura y con cierta melancolla, á poner mi carta á vuestras plantas. Soy como el viajero que desea coger una flor salvaje en el lago; pero no la coge para que la gota de rocío no caiga en el abismo.

Geneveva se ruborizó y palideció á un mismo tiempo. Por la primera vez de su vida cogió su abanico y lo pasó por su rostro. En el famoso baile de máscaras solo tenia en frente suyo á un lobo.

Octavio se sentia como emparedado. Miraba con adoracion á Geneveva. Parechale que un rayo descendia al fondo de su alma esparciendo en ella una luz divina.

—A propósito, dijo la señora de Fontaneilles que se queria reservar su golpe de efecto: no os he presentado á la señorita Geneveva de la Chastaigneraye.

—De las Chastaigneraye! exclamó Parisis.

—Se levantó y se inclinó.

—Señorita, dijo, sois mi prima, tengo el honor de presentaros al señor Octavio de Parisis, al cual nunca habiais visto.

Geneveva que hasta aquel dia no habia mentido, no representó mal su papel.—Os hé visto primo, dijo, pero hace ya tanto tiempo que no lo recuerdo.

—Permitid, prima, que os dé un beso.

—Ah! primo mio! delante del mar? qué dirá el flujo.

—El flujo retrocederá asustado, observó la señora de Campagnac.

Se besaron con franqueza, lo que hubiera asustado á Violeta si por otra parte no hubiese estado mirando á un grande de España que fumaba por ella.

—Era un cigarro de España de primera clase.

—Parisis habló de su tia, de su estancia en Paris y de lo que sentia no haber visto á Geneveva.

—Yo, primo mio, dijo esta, os veia todos los dias.

—Donde?

—En todas partes; en el Bosque, en la Côte y en la Opera.

—Ah! si: ya lo recuerdo; mas era necesario decirme que yo tenia la mas hermosa prima del mundo.

—Esto era necesario adivinarlo.

—Esplicadme, prima, porque milagro nos encontramos aquí, nosotros que somos borgoñones, sobre esta playa normanda como unos naufragos.

—Nada se esplica, primo: es imposible hallar el porque ocurren los grandes sucesos que trastornan el mundo. Como quereis, pues, saber porqué nos encontramos aquí? Supongo que no habreis venido para verme.

Y Geneveva echó una rápida ojeada á Violeta.

—Voy á deciros porque estais aquí los dos, interrumpió la señora de Campagnac: os encontráis aquí

porque estaba escrito. El destino ha sido quien ha determinado vuestro encuentro; no soy una tiradora de cartas; pero leo en los astros..... y en los corazones.

Se entabló una conversacion que se perdió de vista sobre la casualidad y el destino. Nadie se convenció de las razones espuestas y todo se desvaneció en las armoniosas notas del vals del Fausto que se enlazó amorosamente con los himnos del mar.

El señor de Parisis continuó allí, no obstante las señas de Violeta; pero esta, habiendo roto su abanico, Octavio juzgó que no tenia mas remedio que dirigirse hácia ella.

Saludó á las damas diciendo:

—Ya hablaremos de esto.

—Y dirigiéndose hácia Violeta murmuró: «que desgracia que Genoveva sea mi prima!»

Parecíale que todo su amor habia caído en el mar. El corazón ama lo desconocido, se quiere lo que viene de léjos.

—Nunca se ha amado á una prima, prosiguió Octavio.

Violeta movió un escándalo. Octavio comió con ella á fin de apaciguarla. Pero estaba distraído. Violeta le preguntó si creia estar aun á la orilla del mar con las mugeres de gran tono.

—Chist! dijo Octavio, ni una palabra mas sobre estas señoras.

Violeta habló en voz mas alta y soltó algunas pi-

carecas frases acerca las grandes señoras que cojen á las pequeñas sus modas y sus amantes.

Octavio se enfadó y salió para fumar un cigarro en la playa. Cuando volvió, pasada media hora, se le dijo que habia partido con el tren de las ocho con el grande de España.

—Tanto mejor! exclamó el jóven.

Esta fué su primera frase. Luego dijo: «Tanto peor.»

Violeta habia partido furiosa y llena de celos. Creia vengarse.

El duque de Parisis fué al concierto de la tarde, esperando allí á su prima Genoveva con la señora de Fontainelles y sus demás amigas.

Genoveva y la marquesa habian partido en el tren de las ocho.

No echó raíces en Dieppe y marchó en el tren de las doce de la noche. No buscó á Violeta. Corrió á casa la marquesa de Fontaneilles, donde supo que la señorita de la Chastaigneraye habia ido á juntarse con su tia en el castillo de Champeauvert, sin detenerse en Paris. La señorita Regina de Parisis habia caído enferma y habia llamado á su sobrina por el telégrafo.

—Iré á ver mi tia, dijo Octavio, pensando en Genoveva.

XXXII.

LOS CINCO MILLONES DE LA SEÑORITA
REGINA DE PARISIS.

La señorita Regina de Parisis había sido víctima de una pleuresía cogida en su parque cierto día de borrasca; el médico de Champanvert, que era un médico *bastante bueno*, se inquietó por ella. Regina se resignó á morir santamente, pero no quería morir sola.

Cuando Geneveva regresó, el médico le dijo que perdería su tía.

—Muero contenta, dijo la vieja solterona, tratando de levantar su mano para rechazar á Geneveva, bien como si esta quisiese ahogarla con sus abrazos. Vé con cuidado: el aire me falta y casi no respiro.

Contemplaba á su sobrina con esa alegría de los corazones amantes que vuelven á encontrarse, y añadió:

—Todo ha concluido, mi pobre Geneveva. Pronto dejaré de verte, yo que tanto te he amado. Pero en fin, estoy consolada: muero en el seno de Dios y hallaré otros ángeles en el cielo.

Geneveva quiso naturalmente convencer á su tía de que no estaba enferma.

—Sí, sí, dijo esta, me siento muy mala. En prueba de ello que he hecho ya mi último testamento.

—Vuestro último testamento, tía! para qué?

—Para hacer bien: conozco el mundo: en él hay los que me aman á mí, y los que aman mi dinero. Aquellos, te respondo de ello, me inspiran un amor platónico: en cuanto á tí...

La señorita Regina secó dos lágrimas.

—Ya verás, prosiguió, coge mi caja de labores.

Geneveva cogió la caja de labores y quiso darla á su tía.

—Nó, mira lo que hay dentro... esto es. Coge este papel y lé-lo. Es un billete de cinco millones. El banco de Francia cobró su oro y no acostumbra á librar muchos de estos documentos.

Geneveva no quería tomar el testamento.

—Lo comprendo, dijo, tu amor hácia mí tiene demasiado pudor. No se paga con millones. Tú fuiste mi juventud cuando ya era vieja; tú has sido mi sonrisa, tú has sido mi alegría. Yo te bendigo!

Geneveva cayó arrodillada bajo esta última palabra.

—Y Octavio? dijo ésta levantando su hermosísima cabeza.

—Octavio! Vendrá á pedir tu mano y tendrá cual tú cinco millones, sin contar los tesoros de tu alma.

—No conocéis á Octavio, querida tía: si quereis

que no se una á mí en matrimonio es indispensable hacerme rica.

—Pero tú no sabes que arruinó en tres cuartas partes su fortuna? yo me lavo las manos.

—Pero si supieseis, tía, lo que es caballeresco! sus amigos le cuestan caro. Sin Octavio, aquel que ellos llaman el príncipe Azul viviria en Clichy desde hace tiempo. Todo el dinero que ha ganado en las carreras lo ha dado á los pobres, y Dios sabe si el dinero de las carreras ha contribuido á su ruina. Es el juego de quien gana pierde.

—Cállate. Si Octavio dió á los pobres, consiste en que en Paris los pobres son mujeres... Y qué mujeres! Geneveva habia tenido noticia en su viaje á Paris de algunas bellas acciones anónimas de Octavio. Las comunicó á su tía dándoles una grandeza verdaderamente épica.

—Vamos, vamos, dijo la señorita de Parisis, todo va bien; pero hay nada tan natural en un Parisis? No es necesario canonizar á Octavio por haber abierto sus manos llenas de oro. En cuanto á mí, yo no le perdono el no haberse unido contigo cuando le diriji este ruego.

—Pero tía: no olvideis la leyenda de los Parisis. Fuera de que jamás he querido formalmente unirme á Octavio.

—Es esto verdad ó mentira?

Geneveva contó á su tía el encuentro sobre la playa de Dieppe.

—Os juro, tía mia, que seré la duquesa de Parisis, dijo.

Al hablar así, Geneveva habia traído una pluma mojada en tinta y una hermosa hoja de papel.

—Escribid, tía.

—Qué quieres que escriba?

Geneveva dictó otro testamento á Regina; pero la señorita de Parisis exclamó:

—Jamás escribiré esto!

Murió al siguiente dia por la tarde.

Geneveva dió orden para que se enviasen despachos telegráficos á toda la familia, y hasta dictó el siguiente billete á Octavio:

*«Señor Octavio de Parisis, avenida de la Emperatriz,
Paris.»*

«Mi tía acaba de morir; estoy desesperada y vos no vendreis.

»GENOVEVA DE LA CHASTAIGNERAYE.»

Octavio partió en seguida.

Llegó á tiempo para asistir á los funerales; abrazó fraternalmente á Geneveva y fué á dormir al castillo de Parisis.

Cuando á la mañana del siguiente dia saludó la sepultura de su familia, parecióle que asistia aun á los funerales. Tan vivo halló el recuerdo de sus abuelos.

A medio dia se le mandó un recado diciéndole que

iba á empezar el inventario sobre la herencia de su tía. Al principio quiso enviar á él un apoderado; mas el juez de paz y el notario habian insistido para que asistiese á él en persona á causa de los innumerables testamentos ó codicilos que su tía se habia complacido en firmar.

Aquello era la tela de Penélope.

Aquella mujer, que habia pasado su existencia sin dar un paso, exclusivamente ocupada en rogar á Dios y en amontonar el oro sobre el oro, habia vivido soñando. Jamás la acción la habia tentado: su amor por el dinero era un amor platónico, ya que lo ocultaba y no se servía del mismo. Pero una de sus mayores distracciones consistía en soñar en todas las locuras del lujo, en todas las aventuras de viaje, en todas las buenas obras y en todas las magias y hechicerías que podía realizar con las manos llenas de oro. En los últimos años solo habia pensado en sus herederos. Siempre que hacia un testamento era para seguir con la mente y en el porvenir las evoluciones de su fortuna. Pronto se decía que se habia engañado y elegía otro heredero hasta el día en que volvía á decirse que tambien estaba engañada.

Tan pronto este heredero era una sobrina, un sobrino, un primo que viajaba por las Indias, ó bien una comunidad religiosa; nunca se habia atormentado tanto al papel sellado; mas no se juega con cinco millones todos los días.

Sabíase en el país que la señorita Regina volvía á

comenzar siempre la obra de su última voluntad. No lo ocultaba á nadie y decía á todo el mundo que legaría sorpresas. Su único dolor, en la idea de la muerte, consistía en no poder levantar su cabeza en el fondo de su tumba para ver el rostro que sus herederos pondrían.

Aunque Octavio de Parisis fuese el jefe de la familia, parecia tener menos probabilidades que otro de ser el heredero. Jamás habia ido á ver á su tía. Apenas si una vez al año le escribía cartas de cuatro líneas de hermosísimo estilo, aunque muy breves. Hé aquí una que se halló en la correspondencia de Regina.

«Os saludo, mi querida tía! Adios tía mia!

»Qué dicha la de tener una tía cual vos y que desgracia la de no verla nunca! Tengo vuestro retrato y os hablo todas las mañanas; me decís cosas que llegán al fondo de mi alma; juro todas las noches que iré á echarme en vuestros brazos, pero no soy mas que un sobrino desnaturalizado y merezco vuestras maldiciones.

»OCTAVIO DE PARISIS.»

Verdad es que con una tía tan fantástica cual ella esta carta era quizá un verdadero título á la herencia. Un heredero vulgar hubiese escrito planideras torpezas á lo menos doce veces al año.

En el último invierno, como se sabe, habia visto su tía en Paris, sin que le prodigase las caricias de un

heredero presunto. Un día había rehusado el comer con ella y solo otra vez había encontrado un momento para tomar con ella el té, sabiendo con anticipación que Genoveva estaba ausente. Hasta había hecho incomodar á su tía; pero Octavio no era hombre para adoptar los buenos hábitos; nada le había podido decidir á que volviera á casa de su tía, parte por que no encontraba una hora libre, y el resto porque temía hallar con ella á su prima.

Esto sin embargo, no desesperaba de coger una parte de la herencia. El era el único representante de los Parisís, y su tía no se atrevería á desheredar este nombre.

Empezóse el inventario de los documentos. Había cinco herederos directos: Octavio de Parisís, la señora Genoveva de la Chasteigneraye, un joven teniente de navío al servicio del emperador, la señorita Portien, un miembro de la familia Parisís que se había vulgarizado, y dos niñas que estaban aun en el convento, y á las cuales representaba otro notario.

La señora Portien no era querida de nadie en la comarca, porque era mala y avara. En todas las familias hay la imágen del bien y del mal. Genoveva era el ángel, la señora Portien el demonio. Y lo peor era, que no era un demonio hermoso.

El primer notario trajo cuatro testamentos depositados en su despacho; el cuarto destruía naturalmente los tres primeros. Octavio pidió que se leyesen todos por orden de fechas para que se pudiesen

apreciar las varias inspiraciones de la testadora.

Todos comenzaban por esta invariable y antigua fórmula: «Lego mi alma á Dios.»

En el primer testamento no se separaba casi nada del espíritu de la ley; se contentaba en hacer algunos legados á los pobres de la comarca.

En el segundo daba el castillo de La Roche-l' Epine á su sobrino Octavio de Parisís, encargándole que entregara sus rentas al hospicio de Tounerre, donde poco faltó que Regina entrase para hacerse hermana de la caridad.

En el tercero daba un millon y su legítima á su sobrina Genoveva de la Chasteigneraye.

En el cuarto, este millon pasaba á las dos huérfanas.

El notario no conocía mas testamentos. Removió bastantes pergaminos, títulos de propiedad de Champauverd y de la Roche-l' Epine. Mientras parecia buscar Octavio y Genoveva se miraban con una sonrisa tranquila.

De los cinco herederos. Octavio y Genoveva, eran por decirlo así, los únicos interesantes. Y en efecto eran los únicos pobres. Genoveva no tenia nada, y Octavio tampoco tenia nada, á menos que las minas de las Cordilleras no volbiesen á producir por un millagro.

Porque la tía no recordaba á su sobrina en el cuarto testamento? Esto no se esplicaba.

Genoveva era el angel, el encanto, la sonrisa de

su vida; ella era quien la daba su brazo para salir á paseo, su voz para leer, su alegría para confortarla. La jóven, sin embargo, tenia sus horas de distraccion, sus movimientos fantásticos y sus tristezas repentinas. En ciertos momentos quizá habia agraviado á su tia sin pensarlo.

—Cual es la fecha del cuarto testamento? preguntó de repente Genoveva.

—El dos de Agosto, respondió el notario.

—Ah! ya comprendo, replicó la señorita de la Chastaigneraye.

Volvióse hacia Octavio y le dijo:

—Recordais nuestro encuentro en Dieppe?

—Sí lo recuerdo!

E inclinándose hácia ella, prosiguió:

—Ni una palabra salida de vuestros lábios en aquel día ha sido para mí olvidada.

—Vaya una ocurrencia de decirme esto á la hora en que estoy desheredada. Pues bien, figuraos mi querido primo, que en aquel dia mi tia que solo me habia concedido quince días, tuvo á bien desheredarme porque en el décimo séptimo dia, yo no me hallé de vuelta en su casa. Pero, tranquilizaos: no dudo que habrá algun otro testamento.

En aquel momento, el notario hubo de dar con un legajo de papeles que llevaban este sobre: *Documentos importantes.*

En ellos habia un testamento en que se decia que la fortuna fué dividida segun los derechos de cada

uno, cuando la señorita Genoveva de la Chastaigneraye hubiese cogido el castillo de La Roche-l' Epine, las haciendas que de él dependian y todos los arrendamientos no pagados. Además de su legitima, las dos niñas debian percibir las alhajas, las perlas y los diamantes, que podian valer unos cien mil francos.

No hablo de un codicilo hallado en el legajo, toda vez que hacia mencion de insignificantes legados hechos al cura de Champauvert y al médico de la Roche-l' Epine.

Otro legajo que llevaba este rótulo: «papeles para quemar» contenia una docena de testamentos de fecha y antigua pero que manifestaban el espíritu inventivo y romántico de la señorita Regina. En uno daba cien mil francos al hombre mas ignorante de las tres aldeas en que radicaba su hacienda; en otro adjudicaba el doble, al sábio que escribiese la mejor memoria para probar que se pueden vivir doscientos años; en otro constituia una renta de doce mil francos al que se encargase de sus perros y sus aves, y en otro, en fin, legaba quinientos mil francos á Luis XVII, pensando, sin duda alguna en que la providencia no abandonaba el vástago real.

Octavio comenzaba á desesperar: por la lectura de aquellos testamentos se convencia de que su nombre era apenas pronunciado por bagatelas, y que en su consecuencia no era en Champauvert donde habia de recobrar su fortuna.

—A lo menos, se decia, yo sentiria algun consue-

lo si la mejor parte de la herencia tocase á mi prima.

—Conozco otro testamento, dijo de pronto Genoveva; no lo he leído pero he visto como mi tia, ya enferma, lo escribia con temblorosa mano.

—Donde está? preguntó el notario.

—Creo que en la caja de labores que fué encerrada en la de las alhajas.

Quitóse el sello á esta caja, abrióse con cierta emocion y se encontró en ella no solo el testamento que Genoveva indicaba, sino tambien otros dos.

El notario dijo en alta voz:

—Leeré los otros testamentos en seguida; mas voy á leer el siguiente, el cual indica por su fecha que constituye la última y suprema voluntad de la señorita Regina de Parisis.

Y leyó:

«Este es mi testamento.

»Lego mi alma á Dios. Que la tierra sea ligera á mi cuerpo!

»Instituyo por mi legatario univerval, á la señorita Ana Genoveva de la Chastaigneraye, mi querida sobrina, que ha sido para mi una hija, que ha sido para mi un ángel. Ella dispondrá de toda mi fortuna sin ninguna reserva de todos mis bienes muebles é inmuebles, cualesquiera que ellos sean, á condicion de dar cien mil francos á cada uno de mis herederos naturales.

»Todos los años en el dia de mi santo ya viva en París, en Champauvert ó en cualquier otro punto, cogerá dos puñados de oro cuando vaya á misa, y los dará al primer pobre que ella encuentre.

»Tal es mi última voluntad.

»3 de Agosto de 1866.

ANGÉLICA REGINA DE PARISIS.»

Despues de leído este testamento, observóse entre los circunstantes un grande y profundo silencio. Todo el mundo comprendió que aquella era la última palabra.

Octavio se levantó solemnemente, cogió las manos de su prima, la besó en la frente y le dijo en voz alta:

—Mi querida Genoveva, he aquí lo que se llama hacer justicia; creo que nadie de aquí protestará contra la última voluntad de mi tia. Lo que está escrito aquí se halla escrito en el cielo.

Estas frases produgeron honda impresion. Había el convencimiento de que salian del fondo del alma.

Octavio era demasiado noble para ser hipócrita. Si su tia le hubiese dejado un millon, no le hubiese agraviado; pero halló tambien corriente que solo le dejara cien mil francos.

La señora Portien no se encontraba á esta altura y la fué imposible ocultar su dolor y su despecho. Balbuceó algunas frases dignas de ella. Le pareció que los testamentos bien hechos no eran los buenos. Ya que la ley, decia, reglamenta las sucesiones se

obraba muy mal al violar por el capricho de un momento las reglas inmutables de la ley y de la naturaleza. En aquella herencia ya que había cinco herederos y cinco millones, lo natural era el dar un millón á cada heredero. En fin, no desesperaba de ver á la señorita Genoveva de la Chasteigneraye con solo algunas ventajas, como por ejemplo el castillo de la Roche-l' Epine, que ella queria mucho, dejando á sus primos y sus primas una parte algo mayor que los cien mil francos indicados en el testamento.

Octavio volvió á tomar la palabra. No comprendia nada de lo que decia la señora Portien; cuando un testamento estaba hecho, se convertia en ley, puesto que la ley autorizaba el testamento.

La señora Portien replicó diciendo, que estaba segura de que Genoveva no pensaba como Octavio.

Genoveva no dijo nada. Su sibilítico rostro no expresaba su pensamiento. Admiraba á Octavio y saboreaba en su corazon todas las alegrías, que su admiración le ocasionaba. Habia recibido hartas pruebas de poca educacion por parte de la señora Portien, para enternecerse y simpatizar con una muger cuya malevolencia no perdonaba á nadie.

La sesión habia sido larga: el notario dijo que iba á levantarla para registrar el testamento.

—Y si se encuentra otro? observó la señora Portien.

—Esto no es imposible, dijo el apoderado de las dos huérfanas.

—No, respondió Genoveva; despues de este testa-

mento, mi tia no me pidió la pluma sino una sola vez.

—Pues bien, dijo la señora Portien, quizá fué para escribir su último testamento.

—No prima mia.

Esta vez Genoveva no pudo disimular su emocion. Así es que añadió:

—Fué para decirme adios y recomendarme algo misterioso.

—Señorita, dijo el notario, no podríais leernos este adios de vuestra tia?

—Nó, caballero, á lo menos por hoy. Fuera de esto, juro por mi alma que este documento en nada acrecienta la fortuna de vuestros representados.

Y volviéndose hácia la señora Portien, añadió:

—Ni la de los otros.

—Respetemos la última voluntad de nuestra tia Regina, observó Octavio.

—Y si es cuestion de dinero en este último escrito? insistió la señora Portien.

—Este es mi secreto, dijo resueltamente Genoveva. Sabiase que era inaccesible é inquebrantable. Levantó su cabeza y nadie volvió á insistir.

Como Octavio estaba cerca de ella le dijo:

—Lo creerias? esta noche... La jóven se calló.

—Nó, prosiguió, no quiero decir nada.

La comida se habia dispuesto para los herederos, los notarios y el cura de Champauvert. La señora de Portien dijo que la aguardaban y pidió su carruaje; el primer notario, que se interesaba por el teniente de

navío, observó que debía autorizar en aquel día un contrato esponsalicio, y pidió su caballo; el segundo notario, que representaba las huérfanas, no sabía que actitud debía tomar y pidió su baston.

Para la comida no quedaba mas que el señor de Parisis y la señorita de la Chastaigneraye.

El cura se hizo aguardar. El primo y la prima se pasearon un rato bajo los castaños.

—Qué soledad tan hermosa! dijo Octavio, cuan feliz se viviría aquí!

Y volviéndose hácia su prima, añadió:

—Si no se viviera solo!

—Es cierto, primo, pero la dicha no es de este mundo.

—Teneis razon, prima. Y cogió su mano.

—Y sin embargo, añadió, cuando pienso que si mi tia me hubiese dado su fortuna, yo quizá me hubiese arrojado á vuestros piés para suplicaros que fueseis mi esposa!

—Quizá!... pues hé aquí mi desgracia, dijo con una sonrisa hechicera la señorita de la Chastaigneraye; quizá yo os hubiese dicho: «Levantaos y dejadme, primo.» Los la Chastaigneraye son tan orgullosos como los Parisis. Si por ejemplo yo os diese mi mano con cinco millones, vos no la admitiriais, no es cierto, primo?

—Nó, nó, prima mia.

—Pues bien, hablemos de política.

XXXIII.

LA DAMA BLANCA.

Octavio y Genoveva hablaban aun de política cuando llegó el cura.

Tenia un corazon de oro y creía en Dios sin saber porque. Nunca habia comprendido bien el Evangelio y no se estraviaba jamás en las sutilezas teológicas. Predicaba sin saber lo que decia, á menos que predicase el bien. No hubiese matado una mosca, pero veia caer, no sin alegría, en las cacerías las liebres, las perdices y los conejos si tenia en ellos su parte. Pero no era tan buen apóstol con los cazadores que no le pagaban el diezmo. Iba todos los dias, como Luis XIV, á echar migas de pan á las carpas de su lago y á los pollos de su gallinero; pero se las comia sin ninguna clase de escrúpulo. Era gastrónomo y no pensaba que el pecado de la gula mortal para sus feligreses pudiese llevarle recto al infierno. Por lo demás era bueno con los pobres aun en los dias que no comia. Era en fin el mejor cura del mundo.

No bien saludó á Parisis y su prima consultó su

navío, observó que debía autorizar en aquel día un contrato esponsalicio, y pidió su caballo; el segundo notario, que representaba las huérfanas, no sabía que actitud debía tomar y pidió su baston.

Para la comida no quedaba mas que el señor de Parisis y la señorita de la Chastaigneraye.

El cura se hizo aguardar. El primo y la prima se pasearon un rato bajo los castaños.

—Qué soledad tan hermosa! dijo Octavio, cuan feliz se viviría aquí!

Y volviéndose hácia su prima, añadió:

—Si no se viviera solo!

—Es cierto, primo, pero la dicha no es de este mundo.

—Teneis razon, prima. Y cogió su mano.

—Y sin embargo, añadió, cuando pienso que si mi tia me hubiese dado su fortuna, yo quizá me hubiese arrojado á vuestros piés para suplicaros que fueseis mi esposa!

—Quizá!... pues hé aquí mi desgracia, dijo con una sonrisa hechicera la señorita de la Chastaigneraye; quizá yo os hubiese dicho: «Levantaos y dejadme, primo.» Los la Chastaigneraye son tan orgullosos como los Parisis. Si por ejemplo yo os diese mi mano con cinco millones, vos no la admitiriais, no es cierto, primo?

—Nó, nó, prima mia.

—Pues bien, hablemos de política.

XXXIII.

LA DAMA BLANCA.

Octavio y Genoveva hablaban aun de política cuando llegó el cura.

Tenia un corazon de oro y creía en Dios sin saber porque. Nunca habia comprendido bien el Evangelio y no se estraviaba jamás en las sutilezas teológicas. Predicaba sin saber lo que decia, á menos que predicase el bien. No hubiese matado una mosca, pero veia caer, no sin alegría, en las cacerías las liebres, las perdices y los conejos si tenia en ellos su parte. Pero no era tan buen apóstol con los cazadores que no le pagaban el diezmo. Iba todos los dias, como Luis XIV, á echar migas de pan á las carpas de su lago y á los pollos de su gallinero; pero se las comia sin ninguna clase de escrúpulo. Era gastrónomo y no pensaba que el pecado de la gula mortal para sus feligreses pudiese llevarle recto al infierno. Por lo demás era bueno con los pobres aun en los dias que no comia. Era en fin el mejor cura del mundo.

No bien saludó á Parisis y su prima consultó su

reloj, lo cual queria decir que era hora de sentarse á la mesa.

—Sí, señor cura, dijo Genoveva, pero os aguardábamos.

—Qué quereis? me llama el catecismo. A los pobres niños es indispensable dirigirlos por el buen camino como á los bueyes. Y el cura echó á andar.

Octavio le hubiese enviado de todo corazón al diablo.

—Tranquilizaos, le dijo la señorita de la Chastagneraye: bajo este rostro vulgar se oculta el alma de un ángel. Hay ciertos momentos en que no carece de talento, fuera de esto mi tía le quería mucho. Tiene un hermoso carácter: creia heredarla; sabe que no tiene nada y no deja por esto de estar alegre.

Genoveva no pudo reprimir esta frase.

—Verdad es que vá á sentarse en la mesa.

—Aunque fuese un ángel, prima mía, yo haria un esfuerzo para que nos dejara solos.

—Os imaginabais quizá que íbamos á comer sin su compañía?

—Porqué no? no he venido aquí para frecuentar el mundo.

—Pues bien, mi buen primo, es necesario que tomeis vuestro partido: comereis no solamente con el señor cura de la Roche-l' Epine, sino tambien con una jóven que cuenta ochenta años, amiga de mi tía, la cual es una especie de Minerva que hoy me toma bajo su égida.

Parisís hizo un gesto que traducía su descontento.

—Vaya, no tengais miedo, jóven sin principios: no os colocaré á su lado y solo os daré una sorpresa.

En aquel momento esta sorpresa apareció en el vestibulo.

Era una jóven de un castillo vecino que habia llegado á Champauvert para asistir á los funerales de la señorita Regina de Parisís; Genoveva habia alcanzado de la madre de esta jóven, la señora de Moncenac, que permanecería un mes en Champauvert, donde la señora de Moncenac debia visitarla con frecuencia.

—Qué es esto? preguntó Octavio con sorpresa.

—Esto, primo mío, es una borgoñona.

La señorita de Moncenac estaba encarnada como una cereza; era de baja estatura, de nariz arremangada, piés enormes y manos de oca. Iba con un traje cortado por una modista de aldea.

—Prima mía, dijo Parisís, sed bastante buena para colocarme al lado de vuestra Minerva.

Se sentaron á la mesa despues de la presentación correspondiente. La conversacion se entabló entre el cura, Genoveva y Octavio. La solterona y la jóven hablaron de modas; el cura recitó una parábola muy ingeniosa para hacer comprender á Octavio y Genoveva que debían restablecer el esplendor de la Roche-l' Epine, de Champauvert, de Belle Fontaine y de Parisís. Eran otros tantos señoríos que carecian de señores. Octavio respondió que lo tendria presente, que iba á partir hácia el Perú de donde su padre habia

traído mucho dinero. La mina estaba casi agotada, pero no desesperaba de encontrar en ella algunos puñados de oro. Prometió solemnemente restaurar entre el esplendor del estilo gótico y del revacimiento Belle Fontaine y Parisis y no dudó que la señorita Genoveva de la Chastaigneraye no le cedería en gusto en la restauración de la Roche-l'Epine y de Champauvert.

Cuando se sirvió el café Octavio pidió sus caballos.

—No, primo, dijo Genoveva: me concederéis el favor de pasar veinticuatro horas á mi lado, puesto que estoy en mi casa.

—Oh! que dicha! exclamó la señorita de Moncenac.

Y aunque casi no era posible, se volvió mas colorada. Temió que no se despreciase aquella exclamación de alegría y prosiguió:

—No es poca dicha el que te halles en tu casa, Genoveva.

—Precisamente he pedido mis caballos, dijo Parisis, porque os hallais en vuestra casa, prima mia.

—Qué diría la otra prima la señora Portien?

—Diría que quiero casarme con vos para arruinar otra fortuna.

—La prima Portier sabe perfectamente que vos no os casareis con una señorita de provincia.

—No conozco en París una parisiense tan parisien-se cual vos.

—Y bien, parisiense ó provinciana, os mando que permanezcáis aquí hasta mañana despues de la misa.

Ireis á ella con el devocionario de mi tia Regina. En él leereis la misa. Tengo mi plan y no quiero que murais en la impenitencia final; quiero, por el contrario, que salveis vuestra alma.

Mañana ejecutareis tan bella acción viniendo conmigo á la misa y así vereis nuestra hermosa iglesia de Champauvert. Quizá ignorais que mi tia hizo en ella maravillas. Así por ejemplo, admirareis un precioso grupo de Bonnassieux, representando la Caridad; nunca el cincel de oro del Renacimiento en Francia ó en Italia ha encontrado una espresion tan maternal y divina. No es esto solo: tenemos un hermoso vidrio de Marechal y una Asuncion de Cabanel, que son dos obras maestras. Mi tia no daba su dinero sino á Dios.

—Quereis hacer como los papas, prima: tratais de conducirme al paraíso por el camino de los artistas. Teneis razon: el lazo de union entre el hombre y Dios es el arte.

—No, primo, es el amor.

—El amor! de qué clase?

—Preguntadlo al señor cura.

El cura acababa de tomar con pasion su segunda taza de café. No decia como el abate de Voisenon: «Un traguito me basta», sino que pedia siempre y por segunda vez de todo lo que aparecia en la mesa. No queria contrariar la naturaleza. Se secó los labios con la lengua, pareció que se recogia y hubo de responder compungido:

—El amor! haré un sermón sobre este tema.

Esta era su manera de contestar á todas las preguntas.

—No es tan bestia, dijo Octavio á Genoveva, pues si hubiese hablado hubiese dicho una torpeza. Quién puede hablar bien sobre este asunto?

—Únicamente los sencillos de espíritu como yo, dijo la señorita de Chastaigneraye.

—Pues bien, prima, para convertirme en un hombre sencillo cual vos, consiento en ir á Champauvert y oír la misa de mañana.

Debo confesaros que hace ya mucho tiempo que no he encontrado á Dios en su iglesia. Y en Paris, fuera de los días de funerales, la iglesia no es del todo católica; se va á ella menos por Dios que para sus criaturas. Hé aquí por que Dios no se digna mostrarse bajo sus bóvedas. Creo que se muestra mejor en las iglesias de aldea.

El cura dijo las Gracias, y luego se levantaron para ir al salón.

—Primo mío, ya que caisteis en la red, dijo la señorita de la Chastaigneraye, id á hacer el whist.

—He jurado obedeceros y cumpliré mi palabra.

—Esta resignación me satisface: equivale á una renuncia y no desespéro de salvaros.

A las once, después de haber perdido tres francos cincuenta céntimos, Octavio, profundamente conmovido por tal pérdida, subía la escalera principal para ir á su dormitorio; conocía ya este último. Era el dor-

mitorio de honor, inmensa estancia tapizada con tela de Persia, donde se fastidiaban dos cuadros al pastel, que representaban un caballero y una dama del tiempo de la Regeñcia, condenados perpétuamente á hacerse compañía.

Octavio al mirarlos hubo de lanzar un suspiro.

—Ah! hé aquí dos que si bajaran de sus cuadros me dirían el secreto de la vida.

Libros nuevos y periódicos diversos adornaban el velador. Octavio, que había dejado Paris hacia dos días, buscó la sección de noticias.

Había leído superficialmente tres ó cuatro diarios, cuando abrió una ventana para respirar el aire puro y escuchar los ruisiñores, á quienes solo conocía por haber oído hablar de ellos. No oyó mas que el silencio. Ignoraba que los ruisiñores no cantaban mas que en la primavera, y que eran tenores que observaban nueve meses de vacaciones.

Esto sin embargo, Octavio sintió un placer al perderse en aquella soledad inmensa que nunca le había invadido. Aquel parque, aquellos bosques, aquellas montañas, aquellos horizontes, aquellas estrellas, todas aquellas elocuencias maravillaban su alma. La naturaleza tiene atracciones y fuerzas que dominan á los mas rebeldes. Octavio comprendió que había vivido demasiado en el torbellino parisiense; adivinó que para él sería dulce y saludable el templar su alma en los lujuriosos valles de su país natal, que son como un ejemplar del paraíso perdido.

Hacia mas de una hora que estaba en la ventana abismado en sus sueños, cuando vió pasar á lo léjos, bajo los árboles, un hombre vestido de negro como vos y yo

Imaginóse en un principio que era el capellan de la Roche-l'Epine, el cual podía haberse detenido en el parque; mas luego vió que era un hombre alto y delgado, y fuera de esto se convenció muy pronto de que su trage no consistia en una sotana. Era ya la media noche. Media noche! una hora increíble en provincias. Qué podia hacer en el parque de Champauvert aquel hombre á media noche?

Octavio no tardó mucho en dirigir esta indiscreta pregunta á las estrellas.

Otra vision blanca se le apareció, errando tambien debajo de los árboles y dirigiéndose hácia el hombre negro.

—Esto es imposible! dijo de pronto Octavio con un furor súbito.

Habia creído reconocer á la señorita Geneveva de la Chastaigneraye.

Se frotó los ojos para ver mejor.

No vió nada.

Eseché y solo oyó el murmullo de las hojas.

—Vamos, vamos, dijo el duque de Parisis: me vuelvo loco ó estoy alucinado. Qué cosa tan triste es no creer en nada!

XXXIV.

LA MISA DE DON JUAN.

Al dia siguiente, cuando Octavio saludó á Geneveva, esta puso en sus manos el devocionario de su tia Regina.

—Vuestra salvacion está aquí, dijo su prima.

Eran las diez y media. El señor de Parisis y Geneveva, seguidos por la señora de ochenta primaveras y la señorita de Moncenac, entraron en la iglesia de Champauvert. Todos los aldeanos se volvieron y saludaron como si Dios hiciera su entrada.

Octavio estaba distraido: le parecia haber visto como Violeta erraba en torno del castillo.

En la capilla de la Virgen la señorita de la Chastaigneraye se arrodilló delante de una silla rústica.

—Si quereis, primo mio, podreis sentaros en el banco de honor con la señorita de Moncenac y la señora Brigida, que son dos orgullosas. Pero yo creo que el mejor puesto es el mas humilde.

Octavio se guardó mucho de dejar á Geneveva.

Tenia en su mano el devocionario. Quiso proseguir la conversacion pero ella le dijo:

Hacia mas de una hora que estaba en la ventana abismado en sus sueños, cuando vió pasar á lo léjos, bajo los árboles, un hombre vestido de negro como vos y yo

Imaginóse en un principio que era el capellan de la Roche-l'Epine, el cual podía haberse detenido en el parque; mas luego vió que era un hombre alto y delgado, y fuera de esto se convenció muy pronto de que su trage no consistia en una sotana. Era ya la media noche. Media noche! una hora increíble en provincias. Qué podia hacer en el parque de Champauvert aquel hombre á media noche?

Octavio no tardó mucho en dirigir esta indiscreta pregunta á las estrellas.

Otra vision blanca se le apareció, errando tambien debajo de los árboles y dirigiéndose hácia el hombre negro.

—Esto es imposible! dijo de pronto Octavio con un furor súbito.

Habia creído reconocer á la señorita Genoveva de la Chastaigneraye.

Se frotó los ojos para ver mejor.

No vió nada.

Eseché y solo oyó el murmullo de las hojas.

—Vamos, vamos, dijo el duque de Parisis: me vuelvo loco ó estoy alucinado. Qué cosa tan triste es no creer en nada!

XXXIV.

LA MISA DE DON JUAN.

Al dia siguiente, cuando Octavio saludó á Genoveva, esta puso en sus manos el devocionario de su tia Regina.

—Vuestra salvacion está aquí, dijo su prima.

Eran las diez y media. El señor de Parisis y Genoveva, seguidos por la señora de ochenta primaveras y la señorita de Moncenac, entraron en la iglesia de Champauvert. Todos los aldeanos se volvieron y saludaron como si Dios hiciera su entrada.

Octavio estaba distraido: le parecia haber visto como Violeta erraba en torno del castillo.

En la capilla de la Virgen la señorita de la Chastaigneraye se arrodilló delante de una silla rústica.

—Si quereis, primo mio, podreis sentaros en el banco de honor con la señorita de Moncenac y la señora Brigida, que son dos orgullosas. Pero yo creo que el mejor puesto es el mas humilde.

Octavio se guardó mucho de dejar á Genoveva.

Tenia en su mano el devocionario. Quiso proseguir la conversacion pero ella le dijo:

—Abrid vuestro libro, primo, ya que no por vos, en recuerdo de mi tía. Leed la misa en su obsequio: esto os hará bien.

Octavio hojeó el devocionario.

Era un antiguo misal con miniaturas dignas de un museo de reyes ó de un tesoro de la iglesia. La caligrafía y las pinturas, recordaban el mejor período del siglo décimo quinto. Nunca se había sido tan delicado y atrevido; jamás se habían traducido con tanta unción y encanto, los grandes pasajes del Evangelio.

Octavio se hallaba admirando aquella obra maestra, cuando un papel de cuatro dobleces se escapó del devocionario y cayó á sus piés.

No llamó al acomodador para recogerlo. Esto lo comprenderéis perfectamente. Su corazón palpitó y sus ojos se iluminaron; no se porque hubo de imaginarse que aquel papel era un billete de Genoveva.

La jóven era tan fantástica que indudablemente había querido hablarle con toda la solemnidad de la Iglesia y del devocionario, bien como si Dios hubiese tratado de consagrar sus palabras.

Genoveva había visto caer el papel y al mismo tiempo que miraba en su libro de misa no perdía ni uno solo de los movimientos de Octavio.

La mugeres tienen ojos que ven, cuando no miran.

Octavio se preguntó si debía abrir aquel pliego. Quien sabe si era para él? no se atrevía á volverse

hacia su prima como si temiese descubrir su emoción. Pero, y si era un billete de ella? si era el secreto de un corazón que jamás se desenmascaraba?

Octavio desdobló el papel á medias. Esto ocasionó algun ruido. Parecióle que Genoveva le miraba. Se volvió hacia ella: sus ojos se encontraron. El jóven no era amigo del misterio.

—Habeis visto, Genoveva? dijo.

—Sí, he visto que un papel caía del devocionario: le habeis cogido y no le habeis leído.

—Sabeis porque no lo he leído?

—Confieso que lo ignoro.

—Porque no es mio.

—Os engañáis: no estaba en el devocionario que es vuestro?

Octavio no se hizo de rogar.

Estaba convencido de que iba á encontrar una hermosa sorpresa de Genoveva.

Pero nada de esto. La sorpresa era de otro género.

Octavio miró á Genoveva con desaliento.

—Ya lo veis! que son estas patas de mosca?

—Estas patas de mosca, primo mio, son letras escritas por mi tía Regina.

—No sé si pobre descifrarlas.

La señorita de la Chastaigneraye dijo con voz dulce:

—No queráis mal á mi tía, pues tengo la seguridad de que escribió ésto en su hora postrera.

Octavio sintió una emoción repentina, y compren-

dió que tenía delante de sus ojos una de las páginas de su destino.

—Aquí se me dirige una súplica, dijo, leyendo las primeras frases:

Genoveva se inclinó hacia él y replicó:

—Es muy posible.

El señor de Parisis leyó:

«En nombre del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo, Amen.

»Cúmplase la voluntad de Dios en la tierra, y la mía, en mi familia.

»Este es mi testamento.

»Reconociendo que la mejor parte de mi fortuna, me viene de la generosidad de mi hermano el señor Raoul de Parisis, cuando su regreso del Perú.

»Creyendo que el gran nombre de Parisis no debe desaparecer:

»Yo, Angela Regina de Parisis, abajo firmada, lego toda mi fortuna comprendida en mis castillos, mis tierras, mis títulos de la deuda, mis obligaciones de caminos de hierro, mis inmuebles y alhajas, á mi querido sobrino Juan Octavio de Parisis; rogándole que venga, aunque no sea mas que una vez al año ante mi tumba, para hacerme las visitas de que me há privado durante mi existencia. Pero yo estoy cierta de que si yo hubiera sido menos rica, hubiera sido mas amigo mio.

»En nombre del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo, Amen.

»En mi castillo de Champauvert, en el lecho de muerte, el 5 de Agosto de 1866.

»REGINA DE PARISIS.»

Al leer por segunda vez: «En nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.» Octavio hizo el señal de la cruz, y dijo:

—Así no sea.

—Ah! gracias á Dios, murmuró Genoveva: la gracia celestial há tocado á D. Juan; acaba de hacer la señal de la cruz: Satanás se ha reconciliado con Dios.

Dos lágrimas brillaban en los ojos de Genoveva.

Parisis que no habia llorado desde mucho tiempo, quiso ocultar las suyas.

—Sabeis porque, Genoveva, dijo, acabo de dar gracias á Dios, y porque hice la señal de la cruz? No es á causa de haber visto el dedo de Dios en el testamento, sino porque he visto en él el dedo de la mas noble y la mas divina de las criaturas: el dedo de Genoveva de la Chastaigneraye.

La jóven quiso ocultar su emocion.

—No os comprendo, Octavio, dijo.

Este nombre, que aun no habia pronunciado al hablarle, resonó en el corazón del mancebo.

—No me comprendéis, Genoveva, ó, mejor dicho, vos no quereis comprenderme. Veo lo que há sucedido; este testamento no expresa la voluntad de mi tia sino la vuestra. Hé aquí porque no lo acepto.

Genoveva hubo de recobrar su acento burlon.

—Os lo agradezco, caballero, dijo, si es mi voluntad debierais obedecerla.

Octavio habia doblado el testamento y lo habia colocado en el devocionario.

—Héle aquí, dijo á Genoveva, cerrándolo con los broches de plata.

—Y bien, caballero, hoy mismo lo llevaré al notario, añadió.

Octavio cogió el devocionario con un movimiento repentino.

—Aguardad, dijo, quiero leerlo otra vez.

Genoveva no adivinó lo que iba á hacer.

Luego desdobló el testamento y besó con dulzura la firma de su tia.

En seguida lo hizo pedazos con una gracia esquisita.

—Hé aquí mi última palabra, dijo sencillamente.

—Octavio! qué estais haciendo?

El jóven dió la mitad del testamento á Genoveva y colocó la otra mitad en el devocionario.

—Guardémoslo los dos para probarnos, si algun dia la nobleza de corazon se pierde en el mundo, que se encuentre entre los Parisis.

En aquel momento el cura de Campauvert cantaba el *Pater noster qui es in celis*.

XXXV.

EL RAMILLETE DE ROSAS.

Celebrada la misa ocurrió en el pórtico de la iglesia una escena imprevista, que borró de pronto, las dulces emociones que sentia el corazon de Octavio y el de Genoveva.

Todo el país sabia ya la historia del testamento—no me refiero al último—y puesto que la señorita de la Chastaigneraye era la legataria universal, natural era que se la manifestase alegría. Las doncellas y los jóvenes aldeanos resolvieron levantarle con ramajes y flores una especie de palanquin, ó, mejor dicho, una silla de manos rústicamente labrada.

Ocho aldeanas vestidas de blanco y coronadas de margaritas habian ido allí al terminar la misa para ofrecerle ramos y suplicarla que ocupara la silla.

Genoveva aceptó con gracia un ramillete de rosas que le presentó la mas jóven de las doncellas, mas no quiso ocupar la silla.

—Haceis mal, prima, la dijo Octavio: resentireis á esta buena gente.

—Tanto peor, respondió Genoveva cogiendo el

—Os lo agradezco, caballero, dijo, si es mi voluntad debierais obedecerla.

Octavio habia doblado el testamento y lo habia colocado en el devocionario.

—Héle aquí, dijo á Genoveva, cerrándolo con los broches de plata.

—Y bien, caballero, hoy mismo lo llevaré al notario, añadió.

Octavio cogió el devocionario con un movimiento repentino.

—Aguardad, dijo, quiero leerlo otra vez.

Genoveva no adivinó lo que iba á hacer.

Luego desdobló el testamento y besó con dulzura la firma de su tia.

En seguida lo hizo pedazos con una gracia esquisita.

—Hé aquí mi última palabra, dijo sencillamente.

—Octavio! qué estais haciendo?

El jóven dió la mitad del testamento á Genoveva y colocó la otra mitad en el devocionario.

—Guardémoslo los dos para probarnos, si algun dia la nobleza de corazon se pierde en el mundo, que se encuentre entre los Parisis.

En aquel momento el cura de Campauvert cantaba el *Pater noster qui es in celis*.

XXXV.

EL RAMILLETE DE ROSAS.

Celebrada la misa ocurrió en el pórtico de la iglesia una escena imprevista, que borró de pronto, las dulces emociones que sentia el corazon de Octavio y el de Genoveva.

Todo el país sabia ya la historia del testamento—no me refiero al último—y puesto que la señorita de la Chastaigneraye era la legataria universal, natural era que se la manifestase alegría. Las doncellas y los jóvenes aldeanos resolvieron levantarle con ramajes y flores una especie de palanquin, ó, mejor dicho, una silla de manos rústicamente labrada.

Ocho aldeanas vestidas de blanco y coronadas de margaritas habian ido allí al terminar la misa para ofrecerle ramos y suplicarla que ocupara la silla.

Genoveva aceptó con gracia un ramillete de rosas que le presentó la mas jóven de las doncellas, mas no quiso ocupar la silla.

—Haceis mal, prima, la dijo Octavio: resentireis á esta buena gente.

—Tanto peor, respondió Genoveva cogiendo el

brazo de Octavio; pensad, que este obsequio se tributa á los cinco millones de mi tia. Vos sí que debierais ocupar la silla.

Y como las doncellas insistiesen, se volvió hácia la señorita de Moncenac y la dijo con gravedad que era ella quien debía ocupar aquel sitio.

—Porqué?

—Porque vos sois tambien un ramillete de rosas.

La señorita de Moncenac era demasiado sencilla para imaginarse que aquello era una sátira dirigida á su semblante y á su traje, donde se veian flores pintadas. Subió sin hacerse de rogar en la silla de flores y se dejó llevar al castillo por las ocho doncellas.

Al llegar frente á su puerta, Genoveva suplicó á Octavio que le dejase tomar de la sucesion de su tia ocho veces mil francos para dotar aquellas niñas.

—Bien lo sabeis, Genoveva, dijo Octavio, que he destrozado el testamento y no ignorais que sois la dueña absoluta de tal fortuna. Dotad á todo el mundo. Si algun dia no os queda ni siquiera para haceros un dote vos misma, yo quizá vendré á pedir vuestra mano.

—Pues bien, quizá algun dia seré vuestra esposa. Genoveva se ruborizó y ocultó su semblante con el ramillete, respirándolo con embriaguez.

Pareciale que en las frases de Octavio respiraba la dicha.

La dicha! El ramillete cayó de sus manos y Octa-

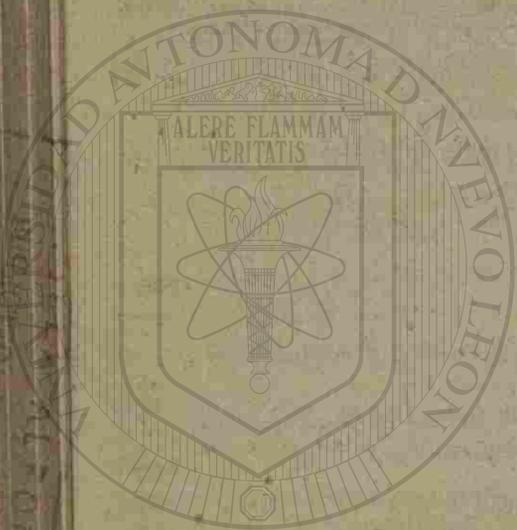
vio, que la contemplaba, vió como la palidez se esparcía á semejanza de una nube en su hermosísimo rostro.

—Octavio! dijo ella tendiéndole su mano: siento que me muero.

Octavio no la comprendió; mas no pudo impedir que Genoveva cayese como herida por el rayo.

—Oh! Dios mio! gritó la señorita de Moncenac: Genoveva ha muerto.

Quién la habia dado el ramillete de rosas?

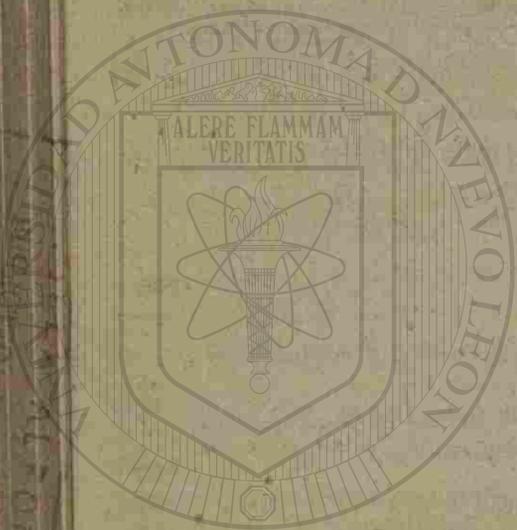


ÍNDICE DEL TOMO PRIMERO.

LIBRO PRIMERO.

UN DON JUAN.

	Pág.
I. Lo que se halla escrito en las hojas del bosque de Bolonia.	5
II. La leyenda de los Parisís	10
III. En que Octavio de Parisís evita su dicha	22
IV. La curiosidad de una hija de Eva.	33
V. La vision de un escéptico	39
VI. La Margarita de las Margaritas	53
VII. El oro, el poder, la gloria y el amor.	56
VIII. El juego de naipes.	60
IX. La dama de Espadas.	68
X. Páginas de una historia familiar.	75
XI. El duque sin un sueldo	90
XII. Donde Octavio busca su dama de Palos	97
XIII. La dama de Palos y la de Espadas.	101
XIV. La vuelta por el lago.	107
XV. Por qué la señorita Aliza de Char-moy se hizo robar	112
XVI. Sobre el hielo	118



ÍNDICE DEL TOMO PRIMERO.

LIBRO PRIMERO.

UN DON JUAN.

	Pág.
I. Lo que se halla escrito en las hojas del bosque de Bolonia.	5
II. La leyenda de los Parisís	10
III. En que Octavio de Parisís evita su dicha	22
IV. La curiosidad de una hija de Eva.	33
V. La vision de un escéptico	39
VI. La Margarita de las Margaritas	53
VII. El oro, el poder, la gloria y el amor.	56
VIII. El juego de naipes.	60
IX. La dama de Espadas.	68
X. Páginas de una historia familiar.	75
XI. El duque sin un sueldo	90
XII. Donde Octavio busca su dama de Palos	97
XIII. La dama de Palos y la de Espadas.	101
XIV. La vuelta por el lago.	107
XV. Por qué la señorita Aliza de Char-moy se hizo robar	112
XVI. Sobre el hielo	118

	Pág.
XVII. La escalera de Onyx	123
XVIII. Violeta	131
XIX. Por qué Octavio sintió una manecita sobre la suya cuando tiró de la cam- panilla en casa de la señora de En- traygues	146
XX. El rey de Thulé	157
XXI. Donde Octavio echa su copa al mar	163
XXII. Una mujer del gran mundo y una mujer del pueblo	165
XXIII. Las dos rivales	174
XXIV. Una reaparición en la Opera	184
XXV. Por qué el señor de Entraygues pre- guntó á su mujer si ponía los guan- tes á Octavio	188
XXVI. Una embajada galante de Octavio.	197
XXVII. El vals de las rosas	217
XXVIII. La última frase de la embajada	232
XXIX. El naufragio del corazón	235
XXX. Las metamorfosis de la señorita Vio- leta de Parma	242
XXXI. El viaje á Dieppe	248
XXXII. Los cinco millones de la señorita Re- gina de Parisís	264
XXXIII. La dama blanca	279
XXXIV. La misa de D. Juan	287
XXXV. El ramillete de rosas	293

OBRAS COMPLETAS DE ARSENIÓ HOUSSAYE.

LAS GRANDES DAMAS.

VERSION CASTELLANA DE

JOSÉ COMAS.

PROSPECTO.

Patrimonio es de los escritores ilustres el crearse desde sus primeras obras, una reputación envidiable y el conquistarse desde sus primeros libros, un glorioso nombre literario.

Tal ha sucedido con Arsenio Houssaye que desde que publicó *La corona de azulejos* y *La Pecadora*, se le consideró como una de las ilustraciones más legítimas con que podía envanecerse la literatura francesa.

Y en efecto: pocos son los autores que como Houssaye reúnan en tan alto grado las cualidades y el talento bastantes para escribir la novela, género donde con frecuencia se estreñan los más brillantes ingenios y tanto más difícil, cuanto se propone fotografiar las costumbres de una sociedad ó una época determinada.

De ahí que Houssaye sea así en Francia como en otras naciones de Europa y de América el novelista de moda, lo cual nada tiene de extraño si se tiene en cuenta que pinta con el estilo plástico de Gautier, conmueve como Alejandro Dumas, padre, dramatiza con el talento de Eugenio Sue y derrama en sus obras la chispa y la gracia con la misma espontaneidad y abundancia con que han caracterizado sus obras los Pignaud-Lebrun, los Paul de Kock y los Henry Munger.

Pero así como estos novelistas han elegido casi siempre para tema de sus creaciones, el pueblo ó la clase media, Arsenio Houssaye se complace más especialmente en elegir el gran mundo, como el teatro donde desenvuelve su fecunda e

inagotable inventiva y las galas de su esplendente y rica fantasía.

Raros son los escritores que como Houssaye alcen con tanta pulcritud y delicadeza la punta del velo que encubre los misterios de la sociedad aristocrática, ni la literatura contemporánea, puede ofrecernos un libro que á semejanza de *Las grandes damas*, retrate con tanta verdad y exactitud, las modas, los caprichos, los amores, los devaneos, ni las grandes pasiones que alimentan las reinas de los salones parisienses.

Veinte años de constante frecuencia a estas mansiones del placer y del amor, y una vida entera paseada al lado de esas aristocráticas damas, que, envueltas en sedas y encajes, en flores y en perfumes, parece que tienen por fin la idealización de la vida, no proporcionarían al lector un concepto tan exacto del gran mundo, como la simple lectura del libro que anunciamos.

Las grandes damas es algo más que una novela: es un estudio de costumbres, el más completo que ha podido salir de la pluma de un autor contemporáneo, una colección de cuadros sociales cuyas frescas y brillantes pinceladas, revelan desde los primeros capítulos al pintor de primer orden, una serie de fotografías tomadas del natural y coloreadas por una imaginación siempre ardiente, poética y lozana.

He aquí porque *Las grandes damas* son tan leídas en Francia. Balzac en sus inmortales novelas, hizo la autopsia al corazón humano; Houssaye en *Las grandes damas* ha hecho la autopsia de una clase. El uno muestra las llagas sociales con la frialdad del anatómico; el otro las muestra con la sonrisa en los labios y cubriéndolas de gasas y de flores. El uno asusta mientras el otro recrea. Ambos enseñan; pero Houssaye utiliza en su paleta colores, más frescos, más vivos y brillantes, y de aquí que sus obras sean tanto ó más leídas que las del fecundo é inmortal autor de *El padre Goriot* y *La piel de Zappa*.

CONDICIONES DE LA PUBLICACION.

La preciosa y muy interesante obra que tenemos el gusto de ofrecer al público ilustrado, constará de cuatro elegantes tomos de unas trescientas páginas, tamaño cuarto menor, impresos en papel superior, esmerada impresión y abundante lectura. El precio de cada tomo, encuadernado con una bonita cubierta de color, será de **seis reales** en toda España.

PUNTOS DE VENTA: Barcelona, Juan Pons, Editor, Olmo, 13, y demás librerías del Reino, Ultramar y Estranjero, donde podrán dirigirse para los pedidos.

OBRAS TERMINADAS EN VENTA.

- Historia de los Papas y de los Reyes*, por Mauricio de La Chatre—Consta de 4 tomos, precio. 272 rs.
- Los Tribunales Secretos*, historia por Pablo Feval, 2 t. 132 »
- Historia de la Prostitucion*, por Pedro Dufour, 2 tomos. 100 »
- Los Misterios de Paris*, por Eugenio Sue, 2 tomos. 100 »
- Misterios de la Inquisicion de España*, por M. de Fereal, 2 tomos. 85 »
- El Hijo del Diablo*, por Pablo Feval, 2 tomos. 78 »
- Historia crítica de la Inquisicion de España*, por D. Juan A. Llorente, 2 tomos. 72 »
- El Parnaso Español*, por Francisco de Quevedo, 1 tomo 47 »
- Memorias de un marido*, por Eugenio Sue 1 tomo. 52 »
- La Reina Margarita*, por Dumas (padre), 1 tomo. 42 »
- Historia de los Estados Unidos*, por D. José Comas, 1 t. 40 »
- Historia del Bandolerismo y la Camorra*, por Mañe y Flaquer, 1 tomo. 40 »
- Historia de las Antillas*, por D. José Comas, 1 tomo. 37 »
- Historia de un joven pobre*, por Octavio Feuillet, 1 tomo 10 »
- Los Derechos del Hombre*, por Eugenio Pelletan, 1 tomo 12 »
- Idea general de la Revolucion en el siglo XIX*, por P. J. Proudhon, 1 tomo. 12 »
- Ignacio el estudiante, ó un deber político*, por Antonio I. Fornesa, 2 tomos. 56 »
- El Expósito del Rodano*, novela moral por D. Victor Rosselló, 1 tomo. 41 »
- Rosa la Cigarrera de Madrid*, por D.^a Faustina Saez de Melgar, 2 tomos. 45 »
- Matilde ó la mujer del gran mundo*, por E. Sue, 2 tomos 44 »
- Historias Extraordinarias*, por Hoffman, Poe, etc., 1 tomo. 72 »

<i>Los Hijos de Familia</i> , por Eugenio Sué, 1 tomo.	40 rs.
<i>El Conde de Monte-Cristo</i> , por Alejandro Dumas, 2 t.	58 »
<i>La Soberanía Nacional ó el último suspiro de un trono</i> , por D. Juan Belza, 2 tomos.	49 »
<i>Historia de XX siglos—Hijos del Pueblo</i> , por E. Sué, 4 t.	142 »
<i>La Condesa de Monte-Cristo</i> , por Du Boys, 2 tomos.	37 »
<i>Los Amores secretos de Napoleon III</i> , por el Autor de la <i>Muger de Cesar</i> , 3 tomos.	18 »
<i>Un caballero particular</i> , por Paul Kock, 1 tomo.	20 »
<i>Jaime el Barbudo</i> , por Sales Mayo, 1 tomo.	26 »
<i>Misericordias Imperiales</i> , por el mismo, 1 tomo	30 »
<i>¡Pobre Madre!</i> , Novela original de D. Juan Belza	52 »
<i>Luisa ó la Providencia</i> , por Peralta.	15 »
<i>Las Siete Virtudes</i> , por F. Bedoya.	20 »
<i>Sanson el Aventurero</i> , por Renato de Castel Leon.	20 »
<i>La Jura en Santa Gadea</i> , por Vicente Garcia	20 »
<i>El Fraile</i> , por Levis.	25 »
<i>Ultimos dias de Sagunto</i> , por Palomera.	35 »
<i>Damian el Monaguillo</i> , por J. Goizueta.	65 »
<i>El Caballero del Silencio</i> , por J. de Dios Mora	45 »
<i>La Huérfana de Ribas</i> , por Rosselló.	18 »
<i>Amor y Gloria</i> , por Teodoro Baró, 2 tomos.	36 »
<i>Paz del Alma</i> , por id. id., 2 tomos	44 »
<i>Aldea de San Lorenzo</i> , por id. id., 2 tomos.	45 »
<i>Asociaciones Obreras</i> , por Fernando Garrido, 2 tomos	30 »
<i>Roma Contemporánea</i> , por Edmundo About, un tomo	8 »
<i>Las Mil y una Noches de Paris</i> , por Arsenio Houssaye, 4 tomos	24 »
<i>Las Grandes Damas</i> , por id. id., 4 tomos	24 »
<i>Memorias de un confesor</i> , un tomo 4 rs. en Barcelona y 5 fuera.	
<i>Cartagena</i> , por S. Gimenez, 1 » 4 » en id. y 5 id.	

EN PRENSA.

Historia del Amor, por Amancio Peratoner, 2 id.
Historia de la Prostitucion, desde 1600 a 1876, por id., 2 id.

PARA PUBLICARSE EN BREVE.

La preciosa obra en cuatro tomos, original de D. ARSENI
 HOUSSAYE,

LAS MUJERES DE PARIS.

Título de los tomos.

- I.
LA MUJER QUE LLAMA.
- II.
LA SEÑORITA FRINÉ.
- III.
LAS MUJERES ADÚLTERAS.
- IV.
LAS MUJERES DECAIDAS.

TE